Franklin D. Roosevelt

Discursos políticos en los años de la guerra

Edición, traducción y estudio introductorio de
José María Rosales

Tercer milenio

tecnos
CLÁSICOS
DEL
PENSAMIENTO

Colección
Clásicos del Pensamiento

fundada por Antonio Truyol y Serra

Director:
Eloy García

Franklin D. Roosevelt

Discursos políticos en los años de la guerra

Edición, traducción y estudio introductorio de
JOSÉ MARÍA ROSALES

tecnos

ÍNDICE

Estudio introductorio: FRANKLIN D. ROOSEVELT: DE LA RETÓRICA DE LA NEUTRALIDAD A LA POLÍTICA DE LA GUERRA (1937-1945)

1. Reencantar la política tras el *New Deal*
2. Estados Unidos entra en guerra
3. La retórica de la neutralidad como política
4. La política de la guerra
5. Sobre esta edición

DISCURSOS POLÍTICOS EN LOS AÑOS DE LA GUERRA

1. Mensaje anual al Congreso, 6 de enero de 1937
2. Discurso inaugural, 20 de enero de 1937
3. Proclamación 2236 – exportación de armas, municiones y material de guerra a España, 1 de mayo de 1937 (Extractos)
4. Charla junto a la chimenea, 14 de abril de 1938
5. Conferencia de prensa, 15 de abril de 1939
6. Entrevista en la radio sobre el gobierno informando al pueblo, 9 de mayo de 1939
7. Charla junto a la chimenea, 3 de septiembre de 1939
8. Orden ejecutiva 8307 – revisando las regulaciones del Servicio Exterior de los Estados Unidos, capítulo XIV. Protección y promoción de los intereses económicos americanos, 19 de diciembre de 1939
9. Conferencia de prensa, 26 de noviembre de 1940
10. Charla junto a la chimenea, 29 de diciembre de 1940
11. Mensaje anual al Congreso, 6 de enero de 1941
12. Llamada al Emperador Hirohito para evitar la guerra en el Pacífico, 6 de diciembre de 1941
13. Proclamación 2525 – japoneses, enemigos extranjeros, 7 de diciembre de 1941 (Extractos)
14. Discurso al Congreso pidiendo una declaración de guerra con Japón, 8 de diciembre de 1941
15. Discurso sobre el estado de la Unión, 6 de enero de 1942
16. Charla junto a la chimenea, 28 de abril de 1942
17. Charla junto a la chimenea, 8 de septiembre de 1943

18. Extractos de la conferencia de prensa sobre el Día-D, 6 de junio de 1944
19. Charla junto a la chimenea, 12 de junio de 1944
20. Discurso en la radio resumiendo el mensaje sobre el estado de la Unión, 6 de enero de 1945
21. Discurso inaugural, 20 de enero de 1945
22. Mensaje al Congreso sobre los Acuerdos de Bretton Woods, 12 de febrero de 1945
23. Extractos de la última conferencia de prensa en Warm Springs, Georgia, 5 de abril de 1945
24. Discurso no pronunciado preparado para el Día de Jefferson, 13 de abril de 1945

Créditos

ESTUDIO INTRODUCTORIO

FRANKLIN D. ROOSEVELT: DE LA RETÓRICA DE LA NEUTRALIDAD A LA POLÍTICA DE LA GUERRA (1937-1945)[1]

por José María Rosales

Con el paso del tiempo los cuatro mandatos presidenciales de Franklin D. Roosevelt, que siguieron a su victoria en las elecciones de noviembre de 1932, se ven como un período político de singular relevancia para entender el siglo xx. Nada escapa a las consecuencias de la crisis económica y financiera mundial de finales de los años veinte, tampoco al desastre de la guerra ni a la reconfiguración de la política y la economía mundiales que siguió a su término. A través de esa serie de cambios, cuyos efectos se extendieron a lo largo de varias décadas, se consagra Estados Unidos como el actor hegemónico de la política y la economía globales. Su protagonismo lo marca con un liderazgo ambivalente como promotor de un orden mundial cuyos hilos manejaría al identificar su construcción con la defensa de sus intereses nacionales.

Un siglo después ese papel lo ocupa China[2]. Su interpretación es diferente, pero bien es cierto que el guion ha cambiado en todos los sentidos. O eso parece. En la tensión permanente entre agrupación y disgregación de las alianzas entre estados los equilibrios del orden mundial se han vuelto mucho más inestables, o menos predecibles, condicionados por retos cuyo abordaje supera la capacidad de reacción aislada de cualquier país y alerta sobre la limitada eficacia en su respuesta de las instituciones internacionales.

Y aunque la mitad de los algo más de doscientos estados que existen tengan regímenes democráticos, sus rivales, que ilustran toda la gradación de regímenes dictatoriales y alojan a más de la mitad de la población del mundo, ofrecen protección social, crecimiento económico y estabilidad en parámetros que igualan o incluso superan a los de democracias consolidadas. Los líderes de ambas partes del mundo compiten menos por ideologías que por los resultados medibles de sus políticas. Por eso, de una forma más pronunciada en momentos de crisis, el precio de sacrificar libertades civiles y políticas se ha podido estimar como un mal menor, siempre transitorio, pues la disyuntiva entre paz y libertad devuelve a los pueblos a tiempos predemocráticos y tarde o temprano acaba por zozobrar.

En esa encrucijada Estados Unidos sigue proporcionando un contrapeso necesario en las relaciones diplomáticas tanto en términos de poder blando como, sobre todo, de poder duro, máxime cuando la Unión Europea parece destinada a operar como un gigante comercial neurotizado por su búsqueda del desarrollo sostenible, pero no logra pasar de ser un actor de reparto en política exterior. Con todo, las primeras décadas del siglo XXI muestran un debilitamiento del liderazgo americano en el plano internacional, a pesar de su papel determinante[3]. En gran medida ese declive ha venido inducido por su giro centrípeto de carácter nacionalista en política interior iniciado tras la crisis crediticia de 2007 que después desembocaría en una crisis financiera.

Conviene aquí recordar el estatus subordinado a la política interior que caracteriza a la política exterior, también en el caso de Roosevelt, aunque sus últimos mandatos tuvieran un marcado perfil internacionalista que cambiaron el sentido de la política exterior sobre los antecedentes del aislacionismo[4]. Para cualquier representante político la clave para su reelección, que es por lo que la inmensa mayoría actúa, difícilmente se cifra en su desempeño en política exterior. Salvo en los casos de grave crisis económica mundial y de guerra. Así, como en todos los órdenes de la política nacional, para sacar adelante sus proyectos el ejecutivo necesita

tanto el respaldo legislativo de la Cámara de Representantes como la autorización presupuestaria del comité correspondiente en el Senado. En el caso de la política exterior las competencias están distribuidas entre las dos cámaras del Congreso (la Cámara de Representantes y el Senado) y el presidente[5], pero la validación financiera de las medidas legales antes aprobadas, y por tanto su *ultima ratio*, depende de las decisiones del Comité de Relaciones Exteriores del Senado[6].

Este sistema de controles y equilibrios, o de contrapesos constitucionales, muestra el margen de maniobra real del poder ejecutivo de la presidencia americana. Formulado a finales del siglo XVIII, reforma la idea tradicional republicana de gobierno mixto y, después, de separación de poderes al reconocer su pugna permanente por invadir sus respectivos ámbitos de competencia. Lo hace al desarrollar un mecanismo de procedimientos que penaliza cualquier intromisión y obliga a cada uno de los poderes del estado a mantener su ámbito de actuación dentro de sus límites constitucionales. En tanto que sistema representativo da una cierta idea, también, sobre la distancia que media entre el diseño de la política exterior, su adaptación legal y su puesta en práctica.

Justo la dificultad para cubrir esa distancia, dado que ni siquiera las mayorías parlamentarias la garantizan por pivotar en cada caso sobre intereses cambiantes, permite entender la necesidad de Roosevelt de negociar para cada medida concreta el respaldo de los representantes políticos. Es decir, para negociarlo tanto dentro de las propias filas del Partido Demócrata como en las del Partido Republicano. Pero también, por los costes para sacar adelante sus políticas con resultados que se calculaban a medio y largo plazo, permite apreciar la necesidad de mantener niveles de popularidad que le aseguraran la reelección. Es más, incluso para las elecciones de noviembre de 1944 ni la edad, pues Roosevelt tenía entonces 62 años, ni su estado de salud, de cuya precariedad nunca hubo información oficial, resultaron factores decisivos. La expectativa realista del final de la guerra lo fue, en cambio.

Las de 1948 serían las últimas elecciones presidenciales no sujetas a la limitación de mandatos. En 1951 entró en vigor la vigésimo segunda enmienda a la Constitución, cuya propuesta había sido aprobada por el Congreso en 1947, pasando después al proceso de ratificación por cada uno de los estados. Revalidar la presidencia en tres ocasiones, por los efectos de su formidable influencia sobre todas las instituciones del estado, había sido el argumento determinante para el debate que condujo a dicha enmienda. Un presidente que acumulara más de dos mandatos tendría la capacidad real para debilitar seriamente la eficacia de los contrapesos constitucionales.

En las tres fases antes mencionadas del diseño, la adaptación legal y la puesta en práctica de la política exterior se libra una batalla entre intereses generales y los intereses organizados de todos los actores privados implicados. La visión en política exterior que Roosevelt defendiera y que la Cámara de Representantes y sucesivos comités del Senado respaldaran hasta su último mandato es deudora de ese proceso en el que compiten las aspiraciones de ambos tipos de intereses. El resultado pivota sobre esa tensión, observable en sus dos dimensiones.

La primera fue la dimensión económica y financiera, finalmente perfilada por los Acuerdos de Bretton Woods de julio de 1944, que se plasmarían en la creación del Fondo Monetario Internacional y del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo[7]. Se insertaban en la estela creciente de instituciones multilaterales para actuar como diques de contención frente a los riesgos de recesión económica. La experiencia de la crisis de 1929 dejó lecciones sobre los efectos económicos, pero también sociales y políticos, de la especulación financiera. Pocas dudas se albergaban en 1944 sobre la previsible posición dominante que Estados Unidos consolidaría en el concierto económico mundial, pero no había alternativas a las funciones para contribuir a la estabilidad financiera y la expansión del comercio que asumiría el Fondo ni para financiar de manera colegiada y monitorizar el crecimiento de economías débiles del Banco Mundial.

Junto a ella, la segunda fue la dimensión política, cuyo último instrumento lo simbolizaba la Organización de las Naciones Unidas. Su creación se planteó como alternativa a la fallida Liga de Naciones de 1920, a la que Estados Unidos no llegó a pertenecer, y se construyó sobre los antecedentes de la Carta Atlántica, suscrita por Gran Bretaña y Estados Unidos en agosto de 1941, y de la Declaración de las Naciones Unidas, acordada en enero de 1942 por veintiséis potencias aliadas. Subordinadas a la alta política de las relaciones internacionales, la promoción y la defensa de los derechos humanos quedaron recogidas en la Carta de las Naciones Unidas firmada en San Francisco en junio de 1945. Roosevelt, sin embargo, pensó que podrían tener un mayor recorrido político. El presidente Truman completó ese designio al confirmar a Eleanor Roosevelt[8] para liderar desde 1946 los trabajos preparatorios que condujeron a la Declaración Universal de los Derechos Humanos en 1948 y, con ello, abrir la senda hacia la internacionalización de los derechos humanos[9].

Pues bien, la suerte posterior de los proyectos de ambas facetas (la económica y financiera, y la política), que ilustraron su visión renovada de un mundo interdependiente (heredada de Theodore Roosevelt y de Woodrow Wilson), resulta instructiva para apreciar los fracasos y los logros que informan su legado. Esa suerte no dependería ya de su liderazgo, pero el paso de los años no ha terminado por desligar a las generaciones del presente de algunas de esas tareas iniciadas en la primera mitad del siglo XX.

1. REENCANTAR LA POLÍTICA TRAS EL *NEW DEAL*

Este trabajo continúa la edición de los *Discursos políticos del New Deal* publicada por Tecnos en 2019, que cubría una selección de las intervenciones públicas de Roosevelt entre 1932 y 1936. El nuevo compendio, *Discursos políticos en los años de la guerra*, presenta materiales de los años 1937 a 1945. Si la primera compilación destaca la estrategia para encauzar el proceso de recuperación

económica en los términos políticos de un nuevo contrato social, esta segunda muestra, con matices nuevos, los usos de la retórica del compromiso moral que Roosevelt asume como gobernante y de la virtud cívica que intenta despertar en su electorado.

Retórica se emplea aquí en un sentido técnico, que revela su afinidad semántica y práctica con las ideas de argumentación y deliberación. Un sentido nada peyorativo, por tanto. Hablar de usos retóricos recuerda que la política es un tipo de experiencia genuinamente argumentativa, aunque contenga otros muchos elementos relacionados con la aspiración al poder y su ejercicio que poseen un cariz distinto, como destacara Max Weber. Recuerda también que la profesión de la política, su desempeño profesional, revela el carácter argumentativo, abierto al disenso y a la razonabilidad, que expresan todas sus manifestaciones.

Justo al comienzo de su segundo mandato, en enero de 1937, rememora en su mensaje al Congreso el argumento central del programa con el que había ganado las elecciones: la recuperación económica se había logrado a medias y alcanzar su objetivo pleno iba a requerir de nuevas medidas legislativas y de nuevos sacrificios. Presentados ambos en términos de coste de oportunidad, con apelaciones a la responsabilidad del electorado hacia las generaciones futuras, Roosevelt reconoce la contradicción interna de una legislación en gran medida intervencionista y, por los tiempos políticos del mandato presidencial, las escasas opciones que sus promesas tenían para ser aceptadas. El primer sondeo que publicara la recién creada Gallup, en octubre de 1935[10], fue el único en aproximarse a esa improbable expectativa ante las elecciones de noviembre de 1936.

Sobre ese trasfondo de tareas incompletas, de búsqueda agónica de apoyos en la clase política y de respaldo social, con la amenaza de guerra en los dos hemisferios presente en la agenda política, las intervenciones públicas de Roosevelt en esos años continúan siendo apelaciones al patriotismo cívico con un dramatismo que se acentúa por momentos. Los textos aquí traducidos habían sido en su mayor parte redactados para ser declamados como discursos, con

escenografía y tiempos parlamentarios en Capitol Hill, la sede del Congreso, y con teatralidad radiofónica en los mensajes a la nación.

Su lectura gana en profundidad histórica y en comprensión política si se hace desde esas coordenadas y se tiene en cuenta que son textos estilísticamente poco sofisticados, con reiteraciones que un estilo académico haría innecesarias, de párrafos breves y con numerosas pausas que invitaban al silencio momentáneo o al cambio de entonación, como los numerosos registros sonoros y fílmicos que se conservan permiten apreciar[11]. Requería de ayuda de carácter tanto técnico como legal como periodístico como literario. Cuando no los dictaba directamente, como, por ejemplo, el discurso que no llegó a pronunciar el 13 de abril de 1945, Roosevelt se reservaba reflejar su impronta personal en las versiones finales. Antes necesitaba pedir consejo y discutir sobre la idoneidad política, la precisión legal y la factura retórica de lo que quería, lo que podía y lo que debía comunicar en público. No podía desprenderse de su origen aristocrático, salvo para defender una agenda liberal en materia de derechos sociales[12], ni pretender expresarse en un estilo impropio de la solemnidad del oficio público de la presidencia. Sus discursos combinan esos rasgos, pero expresan la intención de quien quiere acercarse de una manera respetuosa a su electorado, incluso cuando busca su complicidad.

Entre 1932 y 1945 contó con una variada nómina de escritores de discursos, que es una actividad y hasta una profesión sobrevenida al hilo de acontecimientos políticos cuyo desempeño, necesariamente humilde, exige pensar y actuar en nombre de otro calibrando un delicado equilibrio entre la admiración, la proyección inevitable de las propias ideas, que dejarán de serlo al ser aceptadas, el sentido del deber cívico y el sentido de la realidad. Los equipos se fueron renovando a lo largo de sus mandatos por razones que tuvieron que ver tanto con su disponibilidad como con su identificación con las expectativas del presidente.

Así, en efecto, en esos años ganó y perdió colaboradores a quienes se debe parte de la autoría de sus discursos políticos: desde el antiguo legislador y juez Samuel Rosenman, con quien había

empezado a colaborar en su campaña para gobernador del estado de Nueva York en 1928, hasta el abogado laboralista Donald Richberg, el diplomático William Bullitt, el profesor de derecho y juez del Tribunal Supremo Felix Frankfurter, el general de brigada retirado Hugh Johnson, el profesor Rex Tugwell, miembros de su administración como Adolph Berle y Harry Lloyd Hopkins, abogados como Tom Corcoran y Ben Cohen, o el dramaturgo Robert Emmer Sherwood, pasando por el profesor de derecho público Samuel Moley y el periodista Louis McHenry Howe[13]. Corregidos por Roosevelt para ganar en cercanía, pero también en franqueza informativa, sus discursos tienen el valor de la comunicación inmediata y del estilo de gobierno de un presidente que no llega a vivir nunca en la normalidad política.

Si en su primer mandato, entre 1933 y 1937, recurre de manera persistente a la vía extraordinaria de las órdenes ejecutivas para gobernar, consiguiendo la autorización de ambas cámaras del Congreso, desde 1937 aumenta su obsesión por este recurso, de última instancia en cualquier estado constitucional. Como era previsible, al rutinizarse su empleo, cronificó la situación de emergencia e imprimió a la vida política un tono épico. Para mantenerlo activo, dado que su apuesta se hacía encabalgando mandatos presidenciales y desprendía por eso mismo un aire electoralista, necesitaba inspirar una confianza de una tenacidad extraordinaria que acabaría identificándose con la renovación de la conciencia nacional.

Desde el proyecto del *New Deal* el recurso de apelar al sacrificio compartido para la recuperación económica se refuerza con ingredientes de la retórica decimonónica del «destino manifiesto» (*manifest destiny*), que especulaba con la fabulación de Estados Unidos como la nación elegida para liderar el progreso. Roosevelt explota esa retórica, que seguiría dando sus frutos para la cohesión social hasta el final de la guerra, pero que ya después no volvería a recrear el patriotismo épico, como la experiencia en Vietnam desde 1954 demostraría de manera incuestionable, hasta casi cincuenta

años después tras los atentados terroristas a las torres gemelas y al Pentágono en septiembre de 2001.

Ningún otro presidente ha igualado, ni igualará, la cifra de 3.721 órdenes ejecutivas que promulgara hasta 1945[14]. Los decretos presidenciales se debaten y aprueban por procedimientos de urgencia, cuyo uso continuado debilita en la práctica el sistema de controles parlamentarios en el proceso legislativo. La emergencia por la crisis económica y financiera no acaba nunca de superarse en los años posteriores, pues la reconstrucción del tejido industrial del país es un proyecto a largo plazo que se dirige a consolidarlo como el principal productor mundial de tecnología y servicios. Esa prolongada urgencia se ve acompañada por la necesidad de proteger una neutralidad de marcado carácter voluntarista en las relaciones internacionales desde mediados de los años treinta, a duras penas excusable salvo por su creciente capacidad industrial como potencia armamentista[15]. Y se funde finalmente con la emergencia de la guerra mundial.

Esta edición de los *Discursos políticos en los años de la guerra* trata de cumplir un doble propósito: histórico y analítico. Lo primero, al presentar documentos poco conocidos pero valiosos para explorar la política de su tiempo: desde sus mensajes al Congreso, con clara factura parlamentaria, a sus charlas radiofónicas, que resumen algunas intervenciones ante el Congreso y reproducen algunos de sus despachos a otros líderes internacionales, así como sus ruedas de prensa; no menos informativas son además sus órdenes ejecutivas y sus proclamaciones presidenciales, que siendo textos legales contienen trazos distintivos de sus posiciones políticas. De ellas se han extractado algunos fragmentos que resultan imprescindibles para estimar el alcance de su retórica de la neutralidad, su línea diplomática en busca de acuerdos multilaterales y su determinación política en el curso de la guerra.

Lo segundo, al analizar los argumentos que le llevaron a defender con análoga convicción la neutralidad de Estados Unidos desde 1935 y su implicación plena en la guerra seis años después. Y, en realidad, los argumentos que presentó una y otra vez al Congreso, entre 1933

y 1945, para gobernar por decreto. Todo ello a pesar de que al mismo tiempo rendía cuentas periódicas a la Cámara de Representantes y de que en ruedas de prensa, en las que no se conocían de antemano las preguntas, explicaba las razones que justificaban sus tomas de posición con denodado esfuerzo por persuadir de la necesidad de sus movimientos políticos.

Roosevelt bordeaba los límites de lo que posteriormente se identificaría como un estilo político populista, que operaba sobre la presunción de tener hilo directo con su electorado. En cada ocasión que presentaba un proyecto de decreto debía ganarse la confianza de los representantes políticos, pero ese crédito no era infinito y requería cada vez más garantías de su buen uso. Necesitaba, como refuerzo de su posición, el respaldo simbólico, o legitimación en sentido sociológico, del pueblo americano. A ningún representante político le pasaba eso desapercibido. Lo que marcó la diferencia con los líderes coetáneos de otros países que abrazaron gobernar por decretos de emergencia hasta debilitar el sistema de instituciones de la democracia representativa fue su defensa del orden constitucional[16].

Sus discursos y demás intervenciones públicas iluminan el cambio de papel de Estados Unidos en la política internacional desde la década de 1930. Se elaboran y ejecutan a la luz de hitos en las relaciones internacionales, como la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, celebrada en Buenos Aires entre el 1 y el 23 de diciembre de 1936, de claro alcance regional, o la Declaración de las Naciones Unidas del 1 de enero de 1942, por la que veintiséis estados se comprometieron a cooperar en su defensa conjunta frente a las potencias del Eje. Lo hacen desde la perspectiva de una potencia que basculará en ese tiempo entre la defensa de sus intereses nacionales en todo el mundo y la promoción de un orden multilateral[17].

2. ESTADOS UNIDOS ENTRA EN GUERRA

Tras el ataque de la armada y la aviación japonesas a la base naval norteamericana de Pearl Harbor, en Hawái, el 7 de diciembre de 1941, el Congreso de Estados Unidos declara el estado de guerra. El 6 de diciembre Roosevelt había enviado una apelación urgente al emperador Hirohito para evitar la guerra en el Pacífico. Como explicara dos días más tarde en su discurso al Congreso, el embajador japonés y el secretario de estado norteamericano se encontraban en conversaciones cuando se produjo el ataque. La delegación japonesa había entregado ese mismo día una respuesta a la petición del presidente en la que advertía sobre la inutilidad de las negociaciones diplomáticas, pero sin contener, como señalara Roosevelt, «ninguna amenaza o indicio de amenaza de guerra o de ataque armado»[18]. La declaración de guerra se formalizó con la Proclamación 2525 a Japón el 7 de diciembre, y las Proclamaciones 2526 a Alemania y 2527 a Italia el 8 de diciembre.

El período de entreguerras se ha podido interpretar como un lapso de militarización generalizada que anticipaba el advenimiento de una segunda guerra mundial. La invasión alemana de Polonia en septiembre de 1939, la primera que sufrió ese año, había venido precedida por otras violaciones del derecho internacional en los dos hemisferios: desde la anexión de Austria por Alemania en marzo de 1938 a la invasión alemana de Checoslovaquia en septiembre de ese año, a la invasión italiana de Abisina en octubre de 1935 y de Albania en abril de 1939; junto a eso, la invasión japonesa de China en julio de 1937. Esa escena coral mostraba la fragilidad del proyecto de la Liga de Naciones de 1920. Su paso previo, la firma del Tratado de Versalles en 1919, alumbró una paz que se demostraría demasiado frágil por hacerla depender de un equilibrio geoestratégico poco o nada realista.

Ni siquiera los gobiernos firmantes compartieron la convicción sobre su eficacia para contener una nueva oleada militarista que, con el tiempo, tras poner en jaque el reparto territorial que siguió al final de la gran guerra, permitiría presagiar sus consecuencias inmediatas. La neutralidad de Estados Unidos se afianzó sobre esa expectativa[19]. Recuperar su industria armamentista civil y militar

pivotó sobre una inversión conjunta público-privada que la convirtió en un sector estratégico de la economía nacional y en el principal productor de armas, pero no de tecnología punta, en el comercio internacional.

Puede que no menos significativo que la entrada de Estados Unidos en la guerra más de dos años después de su estallido, sea el cambio de alianzas de la Unión Soviética a partir de junio de 1941, a raíz del inicio de la invasión alemana[20]. En la conferencia de prensa del 15 de abril de 1939[21] Roosevelt explica el contenido de sus llamadas a la paz enviadas a Hitler y a Mussolini, un texto idéntico remitido en sendos despachos el día anterior, en las que se ofrece como «intermediario amistoso», no exactamente como mediador, para participar como actor imparcial en conversaciones diplomáticas que detuvieran la escalada de invasiones en Europa y Asia, y fomentaran en cambio como alternativa el desarrollo del comercio pacífico internacional. El mensaje da una cierta idea sobre su ingenuidad en política exterior.

Roosevelt menciona el precedente de los Acuerdos de Múnich del 30 de septiembre de 1938, firmados por Alemania, Reino Unido, Francia e Italia, sin el concurso de Checoslovaquia, que sancionaron la aspiración alemana a anexionarse el territorio checoslovaco de los Sudetes. Dichos acuerdos afectaron a la cooperación existente entre Checoslovaquia y la Unión Soviética y, más en concreto, propiciaron el cambio de posición de la Unión Soviética con respecto a Alemania. La firma en agosto de 1939 del Pacto Molotov-Ribbentrop garantizaba formalmente la no agresión por parte de Alemania, con el compromiso secreto añadido, sin embargo, de facilitar las anexiones territoriales soviéticas en Europa del este, que arrancarían con la invasión de Polonia en noviembre de ese año.

Entrar en ese juego de pactos bélicos tuvo consecuencias para ambas partes. Alemania no calculó con perspectiva realista el coste de su expansión hacia el este. La Unión Soviética se sumó entonces a las potencias aliadas, manteniendo, no obstante, el objetivo de reservar Europa del este como su espacio de influencia hasta el final de la guerra. Por su parte, Estados Unidos consolidaría su

hegemonía en el mundo occidental. Así quedaría sancionado en las Conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam, celebradas en noviembre y diciembre de 1943, febrero de 1945, y julio y agosto de 1945, respectivamente, las dos primeras mostrando una significativa familiaridad diplomática entre Stalin y Roosevelt.

En efecto, entre 1941 y 1945 ambos mandatarios mantuvieron una amplia correspondencia de despachos públicos y mensajes privados en la que a veces se mezclaron motivos personales, para reforzar sus aspiraciones, a raíz de sus encuentros en las conferencias de Teherán y Yalta. La comunicación se inició mediante los contactos diplomáticos entre ambos países a partir de julio de 1941, que continuaron en los años siguientes tanto a modo de sondeos previos como de confirmaciones y ampliaciones informativas sobre los pasos que iban dando en su acercamiento. En el primer informe diplomático, elaborado por Harry Hopkins, asesor político jefe de Roosevelt, sobre su reunión con Stalin el 30 de julio de 1941, éste habla sin ambages del «dictador de Rusia» con sobriedad descriptiva. Hopkins entregó a Stalin un mensaje de Roosevelt del 26 de julio en el que expresaba «la gran admiración que todos nosotros en Estados Unidos sentimos por la soberbia valentía mostrada por el pueblo ruso en defensa de su libertad y en su lucha por la independencia de Rusia»[22].

El tono de Roosevelt se mantuvo en esa línea en todas sus intervenciones públicas. Con excepción de las ruedas de prensa posteriores a ambas conferencias, fueron siempre referencias al pueblo soviético, a su heroicidad. Curiosamente, en la última conferencia de prensa que dio, el 5 de abril de 1945[23], menciona una conversación con Stalin, que debió haberse producido en la Conferencia de Yalta en febrero de ese año, a propósito de los tres votos, por Rusia, Bielorrusia y Ucrania, que Rusia aspiraba a tener en la conferencia fundacional de la ONU, que se celebraría en San Francisco entre el 25 de abril y el 26 de junio de ese año. Roosevelt lo apoyó, sabiendo de su valor testimonial por no reproducirse en el Consejo de Seguridad. Se le concedieron los tres votos en la

Asamblea General, que se usaron de manera colegiada, hasta la independencia de Bielorrusia y de Ucrania en 1991.

Tras el mensaje conjunto a Stalin de Churchill y Roosevelt tras su firma de la Carta Atlántica el 14 de agosto de 1941, el primer mensaje personal de Roosevelt a Stalin data del 29 de septiembre. Expresa su admiración por la «valerosa defensa de los ejércitos soviéticos» frente al avance alemán. Y termina: «Quiero aprovechar esta ocasión en particular para expresar mi gran confianza en que sus ejércitos finalmente se impondrán a Hitler y para asegurarle nuestra firme determinación para prestarle toda la ayuda material posible»[24]. En su respuesta del 3 de octubre, «Mi estimado Sr. Roosevelt», Stalin concluye: «Como usted, no dudo de que la victoria final sobre Hitler será ganada por todos esos países que están uniendo ahora sus esfuerzos para acelerar la aniquilación del sangriento hitlerismo, una tarea por la que la Unión Soviética asume ahora sacrificios tan grandes y duros»[25].

Sus últimos mensajes recíprocos, en la primavera de 1945, reflejan la desconfianza mutua generada ante el reparto de áreas de influencia tras el esperado final de la guerra, atestiguada también por los informes de sus respectivos equipos diplomáticos. En un mensaje personal y secreto del 7 de abril Stalin exhorta a Roosevelt a contar con la Unión Soviética en las negociaciones con Alemania tras su capitulación, que se produciría el 7 de mayo, en vista de que los representantes americanos y británicos se oponían. Permitirle la entrada a la Unión Soviética, advierte Stalin, «es absolutamente necesario si este Aliado busca participar en esa reunión»[26]. El último mensaje de Roosevelt, fechado el 11 de abril, es para tranquilizar a Stalin sin responder de manera explícita a su solicitud: «En cualquier caso, no debe haber desconfianza mutua y no deberían surgir en el futuro malentendidos menores de este tipo. Tengo la seguridad de que cuando nuestros ejércitos establezcan contactos en Alemania y se unan en una ofensiva final coordinada, los ejércitos nazis se desintegrarán»[27].

3. LA RETÓRICA DE LA NEUTRALIDAD COMO POLÍTICA

Para la opinión pública americana se abría desde los años veinte un tiempo de paz no del todo luminoso, que justificaba el rearme como medida defensiva necesaria. En los años treinta su crecimiento exponencial, al tiempo que la retórica de la neutralidad se hacía omnipresente en las intervenciones públicas de Roosevelt, llevó a conceder que se estaba atravesando en realidad un período de entreguerras de duración bastante incierta. Internamente Roosevelt mantuvo su defensa de la neutralidad, con ese significativo matiz, mientras que sus mandatos fomentaron el rearme de Estados Unidos en el marco de una industrialización masiva que siguió a las dos fases de recuperación económica del *New Deal* entre 1933 y 1934.

Con un éxito improbable ante el rumbo que tomaban las relaciones internacionales, en política exterior Roosevelt administró la retórica de la buena vecindad con los países de América Latina[28] y de la cooperación, también en defensa, con sus socios en los dos hemisferios. A la política nacional trasladó el lenguaje de la diplomacia en un intento por mitigar la inquietud que provocaban los acontecimientos en Europa y en el Pacífico. Como estrategia resultó eficaz para reforzar el patriotismo interno, pero dificultó el reconocimiento de que los intereses nacionales de Estados Unidos alcanzaban en realidad a buena parte del mundo y su defensa no podía delegarse a los socios que tenía sobre el terreno a larga distancia.

En 1935, 1937 y 1939 el Congreso había aprobado sendas leyes de neutralidad, que buscaban tranquilizar a la opinión pública y condicionar los compromisos en política exterior al cumplimiento de dicho estatuto. En la práctica consiguieron lo primero y retrasaron lo segundo. Entretanto, sin embargo, permitieron su implicación decisiva en el comercio internacional de armas. En discursos ante el Congreso, conferencias de prensa y charlas en la radio Roosevelt defendió esa estrategia con un tesón que dejaba traslucir un temor indisimulado por el rearme de Alemania y Japón.

Desde septiembre de 1939, iniciada ya la guerra, siguió enarbolando su defensa de la neutralidad como un último intento agónico por mantener a Estados Unidos como potencia suministradora pero no implicada directamente en unas líneas de batalla que no dejaban de expandirse. Fue durante esos años un tipo de neutralidad pragmática. O dicho de otro modo, un tipo de pacifismo realista y, en esa medida, compatible con su implicación en la escalada armamentista que se desencadenó en el período de entreguerras, sólo que ese doble compromiso no se observó por igual con todos sus socios.

Siempre se podrá especular sobre si la guerra civil española hubiera seguido otro curso y tenido otro desenlace de no haberse aprobado por el Congreso americano la Ley de Neutralidad el 1 de mayo de 1937. Contenía una adenda «para cubrir puntos específicos causados por la desafortunada contienda civil en España», como el propio Roosevelt defendería en su petición al Congreso del 6 de enero[29]. La ley prohibía el suministro de armas a España de forma directa por empresas americanas, pero también a través de países terceros a los que éstas hubieran vendido suministros.

En las guerras el comercio de armas se desarrolla de manera pública y, con incluso mayor actividad, de manera clandestina, pero en la segunda opción no hay reglas para acordar precios salvo la necesidad de quien las demanda, y las oportunidades de alianzas para proveerlas se reducen o simplemente desaparecen. Contrasta la severidad de la ley y de la Proclamación 2236 sobre la exportación de armas, municiones y de material de guerra a España, del 1 de mayo de 1937[30], con respecto a la contienda española con la indulgencia que, estando en vigor la misma ley, se siguió a partir de 1939 con otros países europeos y asiáticos. La razón más evidente no oculta el sesgo que ambas cámaras del Congreso, el presidente, el departamento de estado y la diplomacia americana demostraron al interpretar su implicación en la guerra civil española en unos términos inverosímilmente anti-militaristas.

Roosevelt no decide todos los aspectos de su estrategia comunicativa en los asuntos nacionales e internacionales, pero los

ejecuta y su estilo resultó determinante para defender a ultranza la neutralidad como santo y seña de su política y de su administración. Continuó siéndolo cuando ya no pudo mantenerse y fue necesario cambiar de manera radical el mensaje para lograr la movilización civil tras la declaración por el Congreso del estado de guerra el 8 de diciembre de 1941.

Aunque formen parte de su puesta en escena, los recursos estilísticos no identifican la retórica política. La retórica es política justo porque la política es una actividad argumentativa y comunicativa. Hay más elementos de carácter estratégico, como las negociaciones, pero en los argumentos que se defienden, y en el modo en que se hace, se muestra el signo de la política. Por eso la retórica de los discursos de Roosevelt y, por extensión, del resto de sus intervenciones públicas, de forma muy notable las ruedas de prensa, ejemplifica de modo eminente la dimensión práctica del pensamiento político.

Es cierto que el estudio de la política se hace sobre ideas y argumentos, pero, sin lugar a dudas, también sobre su defensa práctica. Es decir, sobre prácticas políticas reales dentro y fuera de las instituciones, que están históricamente situadas y cuyo funcionamiento no es independiente de los estilos o los liderazgos políticos que las usan, en las democracias constitucionales en régimen de usufructo. Es en las prácticas políticas reales, en las instituciones y fuera de ellas, donde es posible apreciar la continuidad argumental y la discrepancia performativa que se produce siempre entre ideas y acciones políticas concretas.

Esas prácticas concretas aportan, en este caso, la significación política central de la estrategia de Roosevelt para generar un clima de opinión pública favorable a la neutralidad, en contra de la evidencia que la hacía muy difícilmente sostenible por las violaciones continuadas del derecho internacional en Europa y en Asia. Pero, aún más, cuando se desencadena la guerra mundial y los socios de Estados Unidos encuentran que su respaldo se materializa a distancia y ven el significado irónico que entonces adquiere la idea wilsoniana que Roosevelt pretende reeditar de un mundo interdependiente.

4. LA POLÍTICA DE LA GUERRA

Son justamente esas prácticas, en las que la información se acabará fundiendo con la propaganda, las que permiten observar las contradicciones internas de una argumentación política que defiende la neutralidad al tiempo que recomienda, primero, el rearme masivo como garantía para la protección de los intereses americanos y, paulatinamente, la conversión de la industria de armamento en el sector estratégico clave de su tejido productivo. Todo ello como condición para que Estados Unidos partiera de una posición estratégica idónea en el caso previsible de declaración de guerra a las potencias del Eje.

Hacer compatibles la neutralidad con el tipo de rearme emprendido necesitó del refuerzo que proporcionaría la política de comunicación de la administración Roosevelt. La diferencia entre información institucional sobre la estrategia del gobierno y la propaganda que la completaba no era nítida. El presidente personificaba esa política al informar y al exhortar al pueblo americano a sostener la política de neutralidad calculada como condición para la política de guerra[31]. La tarea chocaba contra toda evidencia sobre las prioridades de la economía y ponía en riesgo los avances de la cohesión social, pues en los años treinta el país seguía convaleciente de los efectos de la depresión. La recuperación fue muy lenta y desigual; de hecho, tras 1934, el país no abordaría un plan de nivelación social a gran escala hasta el programa de la Gran Sociedad que el presidente Lyndon Johnson presentara al Congreso en enero de 1965[32].

Pero, además, el rearme pudo llevarse a cabo al potenciar la administración Roosevelt la industria militar a expensas del desarrollo de otras áreas del tejido productivo, que durante ese tiempo no contaron con la inversión ni con la mano de obra necesarias. Se fomentó así un tipo de crecimiento económico alejado de los presupuestos del *New Deal*, que por sus desequilibrios en el mercado de trabajo tendría efectos perjudiciales sobre la hacienda pública ante la caída de ingresos por impuestos.

Para compensar ese coste ya en 1935 el Tesoro planteó la emisión de bonos para financiar el crecimiento dopado de la industria armamentista. En lugar de emitirse para que las entidades financieras compraran la deuda pública, como se había hecho con los primeros bonos de guerra desde 1917, las nuevas emisiones, llamadas «bonos bebé», iban dirigidas a la población en general. Los bancos seguían en pleno proceso de reagrupación y de refundación de entidades. Tenían, de hecho, una capacidad bastante limitada para comprar deuda. Su nuevo secretario, Henry F. Morgenthau, sostenía que ese nuevo enfoque de los bonos, por el que se hacía de la necesidad virtud, ayudaría a implicar al pueblo americano en los asuntos políticos[33]. En momentos de inseguridad económica las llamadas al heroísmo cívico se convierten en el último recurso del que disponen los gobiernos.

Surtieron efecto, pero la declaración de guerra hizo necesaria la emisión de mucha más deuda pública para seguir financiando la maquinaria bélica. Los bonos bebé dieron paso a los bonos de defensa desde 1941, que en la primera mitad de 1942 pasaron a llamarse bonos de guerra. Llegaron en un momento de debilidad crónica en las economías domésticas y mantenerlos como recurso prolongado en el tiempo resultaba muy difícilmente asumible como deber patriótico, pero la victoria en las elecciones de noviembre de 1940 le dio un nuevo espaldarazo[34]. Para animar a la suscripción individual de bonos, se pusieron en marcha campañas para recaudar préstamos de guerra (*war loan drives*), ocho en total: desde la primera, entre el 30 de noviembre y el 23 de diciembre de 1942, y la última, entre el 29 de noviembre y el 8 de diciembre de 1945[35].

Franklin Roosevelt no había participado en la primera guerra mundial. En 1917 el presidente Woodrow Wilson lo eximió de ese deber para permitirle seguir en el puesto que ocupaba desde 1913 como subsecretario de Marina[36]. Poco más de quince años después se convertiría en comandante en jefe de las fuerzas armadas. Sus conocimientos de derecho y su experiencia política lo situaron frente a una situación inédita para las fuerzas armadas y para el país ante la posibilidad real de una nueva guerra mundial. En junio de 1940

nombra a un político republicano, Henry Stimson, como secretario de Guerra. Stimson había sido secretario de Estado con Herbert Hoover. Iniciaba así una estrategia para asegurarse el apoyo bipartidista a su política de neutralidad y a su política de guerra[37].

Si en los años de reconstrucción económica la neutralidad opera como recurso contraintuitivo, vitalmente necesario, para crear la imagen pública de Estados Unidos como baluarte de un orden internacional pacífico, tras 1939 el argumento se empieza a reformular en un sentido cada vez menos idealista. Por eso el tono dramático que adoptan sus mensajes al Congreso y a la nación desde el 7 de diciembre de 1941 no es del todo inesperado. Se asienta sobre la confianza de que el país está listo para una guerra cuya expansión no ha podido contenerse: «El pueblo de Estados Unidos se ha formado ya su opinión y entiende perfectamente sus implicaciones para la propia vida y la seguridad de nuestra nación»[38]. La apertura de su discurso sobre el estado de la Unión del 6 de enero de 1942 resulta elocuente a este respecto: «En cumplimiento de mi deber de informar sobre el estado de la Unión, me siento orgulloso de decirles que el ánimo del pueblo americano nunca ha estado tan elevado como hoy —la Unión nunca ha estado más fuertemente entrelazada— este país nunca ha estado más profundamente decidido a afrontar las solemnes tareas que tiene ante sí»[39].

Estados Unidos afronta su entrada en la guerra con la sociedad dividida y aferrada a la promesa de la neutralidad[40]. Para la administración Roosevelt lo hace con la seguridad relativa que le proporcionaba su rearme a lo largo de dos décadas, el saneamiento de su tejido industrial militar y civil, la financiación necesaria mediante bonos y una política de alianzas que, desde la firma con Gran Bretaña de la Carta Atlántica en agosto de 1941 y la Declaración de las Naciones Unidas del 1 de enero de 1942 para una defensa conjunta entre veintiséis potencias aliadas, le permitía desplegar una doble estrategia ofensiva en el Pacífico y en Europa. Reconoce la ventaja todavía entonces considerable en capacidad militar de las potencias del Eje y el éxito momentáneo de su

agresión por haber conseguido dividir a cada país invadido entre colaboracionistas y patriotas.

De 1942 a 1945 Roosevelt despliega todo su potencial carismático para el que se convertiría en su último reto: conducir al país durante la guerra hasta traer la paz. Solamente en la primera mitad de su primer mandado, entre 1933 y 1935, contó con un apoyo tan amplio dentro de su propio partido, pero también en las filas republicanas y, desde luego, en la opinión pública. La contestación existió, pero oponerse era una postura inconveniente en sentido electoral y hasta una actitud antipatriótica. Esa perspectiva épica ayuda a entender que el Congreso aceptara los términos de una economía de guerra de resultado muy incierto cuando Roosevelt la presenta el 27 de abril de 1942: subida generalizada de impuestos, topes a los precios y a los alquileres, congelación («estabilización») de los salarios y de los precios de los productos agrícolas, emisión masiva de bonos de guerra y racionamiento de bienes esenciales escasos[41].

Esa perspectiva agónica explica, por otro lado, algo de su presencia pública, que cambió con respecto a la de años anteriores, pues la entrada en la guerra representaba el fracaso de su política de neutralidad, por más que eso no dependiera sólo de su liderazgo, que fue la opción pragmática de la administración Roosevelt frente a la opción aislacionista. Ese reconocimiento lo lleva a adoptar una estrategia de activismo incesante. En sus intervenciones públicas Roosevelt se muestra como un gobernante profético: la guerra administrará justicia a las potencias agresoras, los sacrificios llevarán a la victoria de los aliados sobre las potencias agresoras. El mundo entonces habrá cambiado para siempre y las naciones liberadas construirán un orden pacífico alternativo al «nuevo orden» que las potencias del Eje han tratado de imponer. Todo, inevitablemente, se fiará a la victoria final. Roosevelt la presenta a veces, como colofón de sus charlas en la radio, como una esperanza religiosa de la guerra del bien contra el mal, una guerra justa en ese sentido atávico.

En la prensa y en las revistas ilustradas, en la radio y en los noticieros del cine se desarrolla una campaña propagandística que tocará todos los órdenes de la vida pública y privada. Pronto la

atmósfera bélica impregnará las calles y las plazas públicas, y todos los lugares de encuentro: desde los centros de trabajo a los colegios y hospitales. Al comprar en los supermercados cualquiera sabrá que los productos nacionales también forman parte de la campaña de guerra, que no podrán ser más abundantes ni más variados hasta que la guerra haya terminado. Y sabrá, por compartir la misma información, que la guerra la libran los soldados y demás personal en los frentes de batalla, pero que quienes se han quedado en el país la sostienen con su participación, cada cual con su cuota, en el esfuerzo bélico: al contribuir con su trabajo, con sus impuestos y con la inversión de sus ahorros a financiarlo.

El despliegue de efectivos fue masivo, más de 16 millones. Ya en la primavera de 1942, junto a su presencia en el frente europeo, Roosevelt recuerda que «[l]os barcos de guerra americanos están ahora en combate en el norte y el sur del Atlántico, en el Ártico, en el Mediterráneo, en el Océano Índico y en el norte y el sur del Pacífico. Las tropas americanas se han estacionado en Sudamérica, Groenlandia, Islandia, las Islas Británicas, Próximo Oriente, Medio Oriente y el Lejano Oriente, el continente de Australia y muchas islas del Pacífico. Los aviones de guerra americanos, pilotados por americanos, se encuentran en misiones de combate en todos los continentes y en todos los océanos»[42].

Aunque como presidente apela a todos los motivos imaginables para unir al pueblo americano, serán los soldados y los civiles caídos los que muevan de un modo decisivo a la población civil a contribuir a la campaña. Un argumento usado por todos los países, que combinaba elementos cívicos con dosis mitológicas sobre la guerra[43]. Al final de la guerra habrán superado las 400.000 bajas, casi cuatro veces más que en la gran guerra. De ello da cuenta en sus intervenciones públicas agarrándose al ejemplo que crean sus vidas: «Ahora depende de ustedes demostrarles que están contribuyendo con su parte e incluso más»[44]. Dictó su último discurso el 11 de abril de 1945[45]. No llegó a pronunciarlo. Trata sobre la responsabilidad internacional de Estados Unidos, «[H]oy esta nación a la que Jefferson ayudó tanto a construir juega un

papel extraordinario en la batalla por los derechos humanos en todo el mundo», reconociendo que ser una gran potencia implica una gran responsabilidad: «Como americanos no nos cabe elegir negar nuestra responsabilidad. Ni tratar de abandonar nuestra decisión de que, por las vidas de nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos, no haya una tercera guerra mundial. Buscamos la paz, una paz duradera. Más que un final de la guerra, queremos un final para los comienzos de todas las guerras, sí, un final para este método brutal, inhumano y profundamente impráctico para resolver las diferencias entre gobiernos».

5. SOBRE ESTA EDICIÓN

Los documentos seleccionados y traducidos para esta edición proceden de los *Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt*, edición en línea a cargo de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu, 1999[46]. Durante algunos años, salvo para consultas en un plazo de tiempo limitado, su acceso ha sido de pago. De nuevo, desde finales de 2023, tras haberse garantizado en gran parte su financiación mediante donaciones y haberse mejorado la seguridad del sitio de internet, su acceso es gratuito e ilimitado. Frente a la edición impresa, el volumen de documentos digitalizados no ha dejado de crecer y al repositorio se han añadido materiales audiovisuales que acompañan a algunas de sus intervenciones públicas, así como otros escritos referidos a su carrera política a modo de documentación complementaria.

Pero sin duda el complemento que más ha enriquecido esta edición ha sido la labor archivística de materiales audiovisuales realizada por la Biblioteca y Museo Franklin D. Roosevelt[47]. Por un lado, ha compilado registros sonoros de Roosevelt desde 1920, que pueden consultarse en libre acceso en la colección totalmente digitalizada *Recorded Speeches and Utterances of Franklin D.*

Roosevelt, 1920-1945[48]. Por otro lado, presenta una guía para la consulta de registros fílmicos, de los que existen tres catálogos: uno disponible en YouTube (*FDR Library Motion Pictures on YouTube*)[49], otro de grabaciones disponibles en el dominio público[50], y el tercero, alojado en el American Presidency Project Media Archive[51], que es justamente el complemento audiovisual, incompleto, del American Presidency Project usado para esta edición.

Las intervenciones públicas digitalizadas en dicho proyecto cubren desde la notificación por el Partido Demócrata, el 22 de enero de 1932, de la entrada del gobernador Roosevelt en la primera campaña de primarias para la nominación presidencial[52], pasando por los comentarios informales y desde luego elegantes que Roosevelt hiciera en Miami el 15 de febrero de 1933, cuando era todavía presidente electo, tras el intento de asesinato que sufrió[53], hasta el discurso no pronunciado que dictó para el Día de Jefferson el 13 de abril de 1945. Roosevelt fallecería el 12 de abril.

Al principio de cada trabajo en nota a pie de página se indica la URL (*universal resource locator*) del mismo, que es su dirección precisa y estable en internet. La digitalización de los textos permite un acceso universal a las fuentes, algo que ha revolucionado la relación del público lector con los textos traducidos al permitir en cualquier momento su cotejo con los originales. Esa idea ha guiado el trabajo de los *Discursos políticos en los años de la guerra*. Asimismo, en el aparato crítico se han reducido en la medida de lo posible las referencias bibliográficas disponibles solamente en formato impreso. Cada vez más los materiales académicos se publican en formato electrónico y cada vez más es posible acceder a recursos documentales valiosos, de carácter institucional, académico y periodístico, disponibles en libre acceso.

---

[1] Agradezco a Eloy García su propuesta inicial y su apoyo durante todos estos años.

[2] Economist Intelligence Unit, *Democracy Index 2021: The China challenge*, Londres, EIU, 2022, https://www.eiu.com/n/campaigns/democracy-index-2021

[3] Peter Trubowitz y Peter Harris, «The end of the American century? Slow erosion of the domestic sources of usable power», *International Affairs*, 95:3 (2019), pp. 619-639.

[4] David F. Schmitz, *The Sailor: Franklin D. Roosevelt and the Transformation of American Foreign Policy*, Lexington, KY, The University Press of Kentucky, 2021, pp. 95-113.

[5] Jonathan Masters, «U.S. Foreign Policy Powers: Congress and the President», Council on Foreign Relations, 2 de marzo de 2017, https://www.cfr.org/backgrounder/us-foreign-policy-powers-congress-and-president

[6] Sobre sus funciones puede verse https://www.foreign.senate.gov/about/history

[7] «Mensaje al Congreso sobre los Acuerdos de Bretton Woods», de 12 de febrero de 1945, traducido en esta edición.

[8] Mary Ann Glendon, *A World Made New: Eleanor Roosevelt and the Universal Declaration of Human Rights*, Random House, Nueva York, 2001, pp. 21-34.

[9] Christine Fauré, *Ce que déclarer des droits veut dire: histoires*, nueva edición, Les Belles Lettres, París, 2011, pp. 292-310.

[10] Frank Newport, «75 Years Ago, the First Gallup Poll», Gallup, entrada de blog del 20 de octubre de 2010, https://news.gallup.com/opinion/polling-matters/169682/years-ago-first-gallup-poll.aspx

[11] En ambos casos archivados por la Biblioteca y Museo Franklin D. Roosevelt, https://www.fdrlibrary.org/about-av

[12] H. W. Brands, *Traitor to his Class: The Privileged Life and Radical Presidency of Franklin Delano Roosevelt Doubleday*, Nueva York, 2008, pp. 217-475.

[13] Robert Schlesinger, *White House Ghosts: Presidents and their Speechwriters*, Simon & Schuster, Nueva York, 2008, pp. 5-30.

[14] «Executive Orders», ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/data/orders.php

[15] Paul W. Rhode, James M. Snyder, Jr., y Koleman Strumpf, «The arsenal of democracy: Production and politics during WWII», *Journal of Public Economics*, 166 (2018), pp. 145-161.

[16] Véase, por ejemplo, John Yoo, «Franklin Roosevelt and Presidential Power», *Chapman Law Review*, 21:1 (2018), pp. 205-271, https://digitalcommons.chapman.edu/chapman-law-review/vol21/iss1/10

[17] Puede verse la reflexión de Andrew Buchanan, «Globalizing the Second World War», *Past and Present*, 258:1 (2023), pp. 246-281.

[18] Discurso traducido en esta edición.

[19] Steven Casey, «The 1930s and the Road to World War II», en *Oxford Research Encyclopedia of American History*, 2016, https://doi.org/10.1093/acrefore/9780199329175.013.76

[20] Sobre los cambios del contexto político en la guerra y las implicaciones morales que tuvieron sobre las interpretaciones del mismo puede verse Norman Davies, *Europe at War, 1939-1945: No Simple Victory*, Macmillan, Londres, 2006, pp. 56-72.

[21] Traducida en esta edición.

[22] *My Dear Mr. Stalin: The Complete Correspondence Between Franklin D. Roosevelt and Joseph V. Stalin*, editada, con comentarios, por Susan Butler, prefacio de Arthur M. Schlesinger, Jr., Yale University Press, New Haven y Londres, 2005, pp. 35-36.

[23] Varios fragmentos de la misma se traducen en esta edición.

[24] *My Dear Mr. Stalin*, p. 44.

[25] *My Dear Mr. Stalin*, p. 45.

[26] *My Dear Mr. Stalin*, p. 315.

[27] *My Dear Mr. Stalin*, p. 321.

[28] Irwin Gellman, *Good Neighbor Diplomacy: United States Policies in Latin America, 1933-1945*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2019, pp. 127-145, https://muse.jhu.edu/book/67867

[29] Traducido en esta edición.

[30] Varios fragmentos de la misma se traducen en esta edición.

[31] Michael Clark, *American Grand Strategy and National Security: The Dilemmas of Primacy and Decline from the Founding to Trump*, Palgrave Macmillan, Cham, 2021, pp. 175-229.

[32] Julian E. Zelizer, *The Fierce Urgency of Now: Lyndon Johnson, Congress, and the Battle for the Great Society*, Penguin, Nueva York, 2015.

[33] James J. Kimble, *Mobilizing the Home Front: War Bonds and Domestic Propaganda*, Texas A&M University Press, College Station, TX, 2006, pp. 14-19.

[34] Kimble, *Mobilizing the Home Front*, pp. 19-32.

[35] Kimble, *Mobilizing the Home Front*, pp. 38-128.

[36] Puede verse la información abreviada de la Biblioteca y Museo Franklin D. Roosevelt, https://www.fdrlibrary.org/fdr-facts

[37] Peter Shinkle, *Uniting America: How FDR and Henry Stimson Brought Democrats and Republicans Together to Win World War II*, St. Martin's Press, Nueva York, 2022.

[38] «Discurso al Congreso pidiendo una declaración de guerra con Japón», 8 de diciembre de 1941, traducido en esta edición.

[39] Traducido en esta edición.

[40] Marc Wortman, *1941, Fighting the Shadow War: A Divided America in a World at War*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 2016.

[41] Franklin D. Roosevelt, «Message to Congress on an Economic Stabilization Plan», 27 de abril de 1942, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210539

[42] Charla junto a la chimenea del 28 de abril de 1942, traducida en esta edición.

[43] George L. Mosse, *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford University Press, Oxford, 1990, pp. 201-225.

[44] Charla junto a la chimenea del 8 de septiembre de 1943, traducida en esta edición.

[45] Franklin D. Roosevelt, «Undelivered Address Prepared for Jefferson Day», 13 de abril de 1945, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210105. Traducido en esta edición.

[46] Todas las direcciones de internet han sido comprobadas en enero de 2024.

[47] Puede consultarse la información catalográfica en https://www.fdrlibrary.org/about-av

[48] https://www.fdrlibrary.org/utterancesfdr. En 1920 Roosevelt dimite como subsecretario de Marina para concurrir como candidato a la vicepresidencia en las elecciones presidenciales junto a James M. Cox. El candidato republicano Calvin Coolidge resultaría vencedor.

[49] https://www.youtube.com/user/FDRLibrary#p/u/7/JXkbnv9I4Dg

[50] https://www.fdrlibrary.org/documents/356632/390886/moviesfdr.pdf/a86fac91-a905-4b79-b809-eb236e8e189a

[51] https://www.presidency.ucsb.edu/media

[52] Hon. F. W. McLean, «The Governor Enters the First Primary Campaign for the Presidential Nomination», 22 de enero de 1932, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/288102

[53] Franklin D. Roosevelt, «Informal Extemporaneous Remarks Preceding Attempted Assassination of the President-Elect», 15 de febrero de 1933, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/288095

DISCURSOS POLÍTICOS
EN LOS AÑOS DE LA GUERRA

Franklin D. Roosevelt

1. MENSAJE ANUAL AL CONGRESO, 6 DE ENERO DE 1937[1]

Sr. Presidente, Sr. Portavoz[2], Miembros del Congreso de los Estados Unidos:

Por primera vez en nuestra historia nacional un presidente da su mensaje anual a un nuevo Congreso dentro de la primera quincena tras expirar su mandato. Este año no hay cambios en la presidencia. El cambio llegará en los años futuros. A mi juicio, bajo esta nueva práctica constitucional el presidente deberá cada cuarto año, en la medida en que parezca razonable, revisar el estado actual de los asuntos nacionales y perfilar grandes problemas futuros, proponiendo recomendaciones concretas para legislación futura que asumirá el presidente recién investido.

En este momento, sin embargo, las circunstancias me llevan a pedir la consideración inmediata de: primero, medidas para extender la vigencia de ciertas autorizaciones y poderes que, bajo los estatutos actuales, expiran en varias semanas; segundo, una adenda a la actual Ley de Neutralidad para cubrir puntos específicos causados por la desafortunada contienda civil en España[3]; y tercero, un proyecto de ley para una asignación de gastos no prevista cuya estimación presentaré esta semana.

En marzo de 1933 los problemas que afectaban a nuestra nación, y que solamente nuestro gobierno nacional tenía recursos para afrontarlos, eran más serios de lo que parecía.

No se trataba solamente de que el mecanismo visible de la vida económica hubiera quebrado. Más perturbador era el hecho de que una prolongada falta de atención a los menos favorecidos hubiera llevado a demasiados conciudadanos a dudar sobre la adaptación eficaz de nuestras tradiciones históricas al complejo mundo moderno. Ahí radicaba un reto a nuestra propia forma de gobierno democrático.

Fue nuestra la tarea de comprobar que se podía hacer funcionar a la democracia en el mundo de hoy de un modo tan eficaz como en el mundo más simple de hace un siglo. Fue nuestra la tarea de hacer más que defender una teoría. Los tiempos requirieron la respuesta segura de rendimiento a quienes su fe instintiva en la humanidad les hacía querer creer que a largo plazo la democracia demostraría ser superior a formas de gobierno más extremas como proceso para lograr una acción cuando la acción era sabiduría, sin los sacrificios espirituales que esas otras formas de gobierno exigen.

Hemos afrontado ese reto. Hacerlo requería de actividades sin precedentes bajo el liderazgo federal para erradicar abusos, recuperar una gran dosis de prosperidad material, dar nueva fe a millones de nuestros ciudadanos a quienes tradicionalmente se les había enseñado a esperar que la democracia proporcionara continuamente mayores oportunidades y continuamente una mayor seguridad en un mundo en el que la ciencia continuamente hacía más accesibles al hombre las riquezas materiales.

En los muchos métodos de ataque con los que hicimos frente a estos problemas, ustedes y yo, de mutuo acuerdo y con la determinación de cooperar, se ayudó a hacer que la democracia prevaleciera al rehusar permitir que surgieran desacuerdos innecesarios entre dos de nuestras ramas de gobierno[4]. Ese espíritu de cooperación hizo posible sortear dificultades de extraordinarias magnitud y consecuencias con pocos errores destacables, y a un coste desdeñable si se mide con las necesidades inmediatas y los resultados que produjo.

Espero que continúe esa cooperación durante los próximos cuatro años. También espero que continúe la base de esa cooperación: el

respeto mutuo por la esfera de funcionamiento propia de cada cual en una democracia que está funcionando bien, y el reconocimiento de sentido común de la necesidad de jugar en las juntas de conexión de la máquina. Sobre esa base es un derecho del Congreso determinar cuáles de entre las nuevas actividades se continuarán o abandonarán, aumentarán o se reducirán.

Sobre esa misma base, el presidente tiene la responsabilidad exclusiva por su administración. Creo que esta tarea de gestión por parte del ejecutivo ha alcanzado el punto en el que nuestra maquinaria administrativa necesita una puesta a punto completa. Por tanto, en breve me dirigiré al Congreso con mayor detalle sobre la modernización y la mejora de la rama ejecutiva de los poderes del estado[5].

Esa cooperación de los cuatro años pasados entre el Congreso y el presidente ha tratado de realizar una doble política: primero, la recuperación económica mediante muchos tipos de ayuda a la agricultura, la industria y la banca; y segundo, la decidida mejora en la seguridad personal y las oportunidades de la gran masa de nuestro pueblo.

La recuperación que buscábamos no trataba de ser meramente temporal. Fue una recuperación a salvo de las causas de desastres previos. Con ese objetivo a la vista —prevenir una crisis similar en el futuro— ustedes y yo nos unimos para una serie de leyes: banca segura y moneda estable, garantía de los depósitos bancarios, protección al inversor en títulos de bolsa, retirada de la amenaza a los superávits de la agricultura, insistencia en la negociación colectiva, ilegalización de las fábricas explotadoras, del trabajo infantil y de prácticas comerciales abusivas, y los comienzos de la protección social para mayores y trabajadores.

Ni la recuperación que buscábamos fue meramente un runruneo de maquinaria sin sentido. Es importante, por supuesto, que cada hombre y cada mujer en el país puedan encontrar trabajo, que cada fábrica funcione, que los negocios y la agricultura en su conjunto obtengan beneficios. Pero el gobierno de una nación democrática no existe solamente, o incluso primariamente, para ese propósito.

No es suficiente con que las ruedas giren. Deben conducirnos en la dirección de una mayor satisfacción en la vida del hombre medio. El propósito más profundo de un gobierno democrático es asistir a tantos de sus ciudadanos como sea posible, especialmente a quienes más lo necesitan, para mejorar sus condiciones de vida, para retener toda la libertad personal que no afecte de manera negativa a sus vecinos, y para buscar la felicidad que viene con la seguridad y con una oportunidad para el ocio y la cultura.

Incluso con nuestra recuperación actual estamos lejos del objetivo de ese propósito más profundo. Todavía tenemos problemas de más largo alcance para los que la democracia debe encontrar soluciones, si quiere considerarse exitosa.

Por ejemplo, muchos millones de americanos viven todavía en viviendas que no sólo no logran proporcionar los beneficios físicos de la civilización moderna, sino que generan enfermedad y obstaculizan la salud de las generaciones futuras. La amenaza existe no sólo en los suburbios de las grandes ciudades, sino también en muchas pequeñas ciudades. Existe en cientos de miles de granjas, en diverso grado, en cada parte del país.

Otro ejemplo es la prevalencia de un tipo no-americano de arrendatario de granja. No estoy sugiriendo que cada granja familiar tenga la capacidad de ganarse la vida de un modo satisfactorio con sus propios recursos. Pero muchos miles de granjeros arrendatarios, en realidad la mayoría, con alguna ayuda financiera y con algún asesoramiento y entrenamiento, pueden hacerse autosuficientes en la tierra que puede finalmente ser de su propiedad. La nación haría bien en ofrecerles esa ocasión en lugar de dejarles seguir como hasta ahora, año tras año, sin seguridad futura como arrendatarios ni esperanza sobre la propiedad de sus casas ni expectativas de mejorar la suerte de sus hijos.

Otro problema nacional es el desarrollo inteligente de nuestro sistema de seguridad social[6], la ampliación de los servicios que presta y la mejora práctica de su funcionamiento. En muchas naciones en las que tales leyes están en vigor, el éxito al cumplir las

expectativas de la comunidad ha llegado a través de enmiendas frecuentes a la ley original.

Y, por supuesto, el problema de mayor alcance y el más inclusivo de todos es el desempleo y la falta de equilibrio económico del que el desempleo es a la vez resultado y síntoma. La cuestión inmediata del rescate adecuado a los parados necesitados que pueden desempeñar un trabajo útil lo trataré con el Congreso en los próximos meses. La tarea más amplia de prevenir el desempleo es un asunto de política evolutiva de largo alcance. A eso debemos dedicarles nuestros mejores pensamientos y esfuerzos. No podemos asumir que la actividad industrial y comercial inmediata que mitiga las presiones actuales justifique al gobierno de la nación esta vez para archivar el problema del desempleo en un armario de cuestiones resueltas.

Las fluctuaciones en el desempleo están vinculadas a otras fluctuaciones de despilfarro en nuestro mecanismo de producción y distribución. Uno de esos despilfarros es la especulación. En valores de bolsa o en mercancías mientras mayor es el volumen de la especulación, mayores son las oscilaciones hacia arriba y hacia abajo y más cierto el resultado que a la larga habrá más pérdidas que ganancias en la riqueza de la comunidad.

Y, como ahora es de todos bien conocido, la misma pérdida neta para la sociedad viene de una sobreproducción temeraria y de una subproducción monopolística de bienes naturales y manufacturados.

La sobreproducción, la subproducción y la especulación son tres hermanas malignas que destilan los problemas de una inflación incontrolada y una desastrosa deflación. Es en interés de la nación hacer que el gobierno ayude a la empresa privada a ganar niveles generales de precios sólidos y proteger esos niveles frente a amplias fluctuaciones peligrosas. Ahora sabemos que si a principios de 1931 el gobierno hubiera dado los pasos que dio dos y tres años después, la depresión nunca habría llegado a las profundidades de inicios de 1933.

Pensándolo de nuevo con serenidad nos reafirma a la mayoría en la creencia de que los grandes objetivos de la Ley para la

Recuperación Nacional eran sólidos[7]. Ahora sabemos que sus dificultades surgieron del hecho de que trató de hacer demasiado. Por ejemplo, no fue sensato esperar que la misma agencia regulara la duración de la jornada laboral, los salarios mínimos, el trabajo infantil y la negociación colectiva, por un lado, y las complicadas cuestiones de las prácticas comerciales abusivas y del control de los negocios, por otro lado.

El estatuto de la Ley para la Recuperación Nacional ya no está en vigor. Los problemas no. Siguen todavía con nosotros.

Que condiciones decentes y salarios adecuados, e ingresos justos para la agricultura, puedan asegurarse mediante una acción paralela y simultánea entre cuarenta y ocho estados es una imposibilidad demostrada. Es igualmente imposible poner frenos al monopolio, a las prácticas comerciales abusivas y a la especulación sólo mediante la acción del estado. Hay quienes, sincera o insinceramente, todavía se fían de la acción del estado como una esperanza teórica. Pero la experiencia con la realidad deja claro que es necesario que leyes federales suplementen a las leyes estatales para ayudar a resolver los problemas que se derivan de la invención moderna aplicada en una nación industrializada que lleva sus negocios con escaso miramiento de las líneas estatales.

Durante este pasado año ha habido una creencia creciente de que poca culpa se le puede achacar a la Constitución de los Estados Unidos tal como está hoy. La necesidad vital no es alterar nuestra ley fundamental, sino una visión crecientemente ilustrada con respecto a ella. Han crecido dificultades en torno a su interpretación, pero considerada de un modo correcto, puede usarse como un instrumento de progreso y no como un mecanismo para prevenir actuar.

Merece la pena leer y releer el preámbulo de la Constitución, y su artículo I que confiere los poderes legislativos al Congreso de los Estados Unidos. También merece la pena leer de nuevo los debates de la Convención Constitucional de hace ciento cincuenta años. De esa lectura extraigo el pensamiento nítido de que los miembros de la Convención eran plenamente conscientes de que la civilización

traería problemas para el propuesto nuevo gobierno federal que ellos mismos no podían ni imaginar; y que fueron su intención y su expectativa claras que una interpretación liberal daría al Congreso en los años venideros los mismos poderes relativos sobre nuevos problemas nacionales que ellos mismos dieron al Congreso sobre los problemas nacionales de su tiempo.

Al presentar a la Convención el primer borrador básico de la Constitución, Edmund Randolph explicaba que su propósito fue «insertar sólo principios esenciales, no sea que el funcionamiento del gobierno se obstruya por hacer permanentes e inalterables esas condiciones que deben acomodarse a los tiempos y a los acontecimientos.»

Con un mejor entendimiento de nuestros propósitos, y un reconocimiento más inteligente de nuestras necesidades como nación, no hay que asumir que habrá un fallo prolongado para armonizar las acciones legislativa y judicial. Deben encontrarse los medios para adaptar nuestras formas legales y nuestra interpretación judicial a las necesidades reales del presente de la mayor democracia progresista del mundo moderno.

Ese pensamiento conduce a una consideración de problemas mundiales. Sin ir más lejos que a principios de este siglo, hombres y mujeres en todo el mundo buscaban condiciones de vida muy diferentes de las que eran comunes antes de que se hubieran desarrollado los inventos modernos, la industria moderna y las comunicaciones modernas. La guerra mundial, a pesar de su tragedia, ha incentivado esas demandas y estimulado la acción para cumplir estos nuevos deseos.

Muchos gobiernos nacionales parecían incapaces de responder adecuadamente; y, a menudo con el asentimiento imprudente de sus propios pueblos, se establecieron nuevas formas de gobierno con la oligarquía tomando el lugar de la democracia. En las oligarquías ha avanzado el militarismo, mientras que en las naciones que han conservado la democracia el militarismo se ha debilitado.

He visitado recientemente tres de nuestras repúblicas hermanas en Sudamérica. Las muy cordiales recepciones con las que he sido saludado han sido un tributo a la democracia. Para mí la observación

destacada de esa visita fue que los pueblos de todas las Américas están convencidos de que la forma democrática de gobierno se puede hacer para prosperar y no desean sustituirla por ninguna otra forma de gobierno. Creen que las democracias son las más capaces para hacer frente a los problemas cambiantes de la civilización moderna, y que las democracias son las más capaces para mantener la paz entre ellas.

La Conferencia Interamericana[8], operando sobre estos principios fundamentales de la democracia, hizo mucho para asegurar la paz en este hemisferio. Se mejoró la maquinaria existente para la paz. Se adoptaron nuevos instrumentos para mantener la paz y eliminar las causas de la guerra. Se proporcionó una protección más amplia de los intereses de las repúblicas americanas en caso de que la guerra fuera del hemisferio occidental. Se fortalecieron el respeto y la observancia de los tratados internacionales y del derecho internacional. Como parte del programa general de paz se ampliaron las relaciones intelectuales y culturales entre las repúblicas americanas.

En un mundo que desafortunadamente piensa en términos de guerra, los representantes de veintiuna naciones se sentaron alrededor de una mesa, en una atmósfera de completa confianza y entendimiento, discutiendo con sinceridad medidas para mantener la paz. Se produjo aquí un logro grande y permanente que afecta directamente a las vidas y la seguridad de doscientos cincuenta millones de seres humanos que viven en este hemisferio occidental. Hubo aquí un ejemplo que debería tener un efecto considerable sobre el resto del mundo.

En un sentido muy real la Conferencia de Buenos Aires lanzó un mensaje en nombre de todas las democracias del mundo a las naciones que viven de otro modo. Dado que esos gobiernos son quizá más espectaculares, había llegado la hora de que la democracia se afirmarse a sí misma.

Porque todos creemos que nuestra forma democrática de gobierno puede hacer frente de un modo adecuado a los problemas modernos cuando surgen, es patriótico y también lógico que

comprobemos si podemos afrontar nuevas necesidades nacionales con nuevas leyes de conformidad con nuestro marco histórico constitucional, claramente abierto a recibir una interpretación liberal no estrecha.

Los Estados Unidos de América, entre sí, deben continuar la tarea de hacer que la democracia triunfe.

En esa tarea la rama legislativa del estado continuará, como confío, satisfaciendo las necesidades de la democracia tanto si se trata de sofocar abusos, de extender la ayuda a quienes necesitan ayuda, como de mejorar los re-sultados de nuestras economías interdependientes.

Así también la rama ejecutiva del estado debe ir hacia adelante en esta tarea y, al mismo tiempo, proporcionar una mejor gestión para las acciones administrativas de todo tipo.

El pueblo también le pide a la rama judicial cumplir su parte para hacer que la democracia triunfe. No les pedimos a los tribunales que creen poderes inexistentes, sino que tenemos el derecho a esperar que los poderes conferidos o los implicados legítimamente se conviertan en instrumentos eficaces para el bien común.

El proceso de nuestra democracia no debe ponerse en peligro por negarle al gobierno libre poderes esenciales.

Su tarea y la mía no es terminar con el final de la depresión. El pueblo de los Estados Unidos ha dejado claro que espera que continuemos nuestros esfuerzos activos en nombre de su avance pacífico.

En ese espíritu de esfuerzo y servicio saludo al 75.º Congreso a comienzos de este propicio año nuevo.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Annual Message to Congress», 6 de enero de 1937, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209043

[2] Presidente del Senado y Portavoz de la Cámara.

[3] La Ley de Neutralidad de 1 de mayo de 1937 revisó la Ley de Neutralidad de 28 de febrero de 1936.

[4] Se refiere al ejecutivo y al legislativo. *Government* en el original. Su traducción por gobierno sólo tiene sentido en determinados contextos, y así se indicará. Habitualmente, como en este caso, *government* en inglés americano significa estado. En otros casos tiene el sentido de administración.

[5] «[…] the Executive branch of the Government» en el original.

[6] En Estados Unidos *social security*, la seguridad social, no se refiere al sistema público sanitario (*Medicare* y *Medicaid*), sino al sistema conjunto de pensiones y prestaciones por desempleo e incapacidad.

[7] Ley Nacional de Recuperación Industrial (*National Industrial Recovery Act*) de 16 de junio de 1933.

[8] Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, celebrada en Buenos Aires entre el 1 y el 23 de diciembre de 1936.

2. DISCURSO INAUGURAL, 20 DE ENERO DE 1937[1]

Cuando hace cuatro años nos reunimos para inaugurar la presidencia, la República, absorta en su ansiedad, estuvo aquí en espíritu. Nos dedicamos al cumplimiento de una visión: acelerar el tiempo en el que hubiera para todo el mundo esa seguridad y paz que son esenciales en la búsqueda de la felicidad. Nosotros, la República, nos prometimos expulsar del templo de nuestra antigua fe a quienes la habían profanado; a terminar mediante nuestra acción, sin descanso y sin miedo, con la parálisis y la desesperanza de ese día. Hicimos esas dos cosas lo primero.

Nuestro pacto con nosotros mismos no se detuvo ahí. De modo instintivo reconocimos una necesidad más profunda: la necesidad de encontrar a través del estado[2] el instrumento de nuestro propósito común de resolver para el individuo los problemas crecientes de una civilización compleja. Repetidos intentos para solucionarlo sin la ayuda del estado nos habían dejado perplejos y desconcertados. Pues, sin esa ayuda, habíamos sido incapaces de crear esos controles morales sobre los servicios de la ciencia que son necesarios para hacer de la ciencia una servidora útil en lugar de un amo de la humanidad sin escrúpulos. Para hacer eso supimos que debíamos encontrar controles prácticos sobre fuerzas económicas ciegas y sobre hombres ciegamente egoístas.

Nosotros como ciudadanos de la República percibimos la verdad de que el gobierno democrático tiene capacidad innata para proteger a su pueblo frente a desastres que en otro tiempo se consideraban inevitables, para resolver problemas antes considerados insolubles.

No admitiríamos que no podíamos encontrar el modo de controlar las epidemias económicas justo como, tras siglos de sufrimiento fatalista, encontramos el modo de controlar las epidemias de enfermedades. Nos negamos a dejar que los problemas de nuestro bienestar común quedaran a expensas de los vientos de la fortuna y de los huracanes del desastre.

En esto como americanos no estábamos descubriendo ninguna verdad totalmente nueva; estábamos escribiendo un nuevo capítulo en nuestro libro del autogobierno.

Este año se celebra el ciento cincuenta aniversario de la Convención Constitucional que nos convirtió en una nación. En esa Convención nuestros antepasados encontraron el modo de salir del caos que siguió a la Guerra de la Independencia; crearon un estado fuerte con poderes de acción común suficientes entonces y ahora para resolver problemas mucho más allá de soluciones individuales o locales. Hace un siglo y medio fundaron el gobierno federal para promover el bienestar general y asegurar las bendiciones de la libertad para el pueblo americano.

Hoy invocamos esos mismos poderes del estado para alcanzar los mismos objetivos.

Cuatro años de una nueva experiencia no han defraudado nuestro instinto histórico. Mantienen la clara esperanza de que el gobierno en las comunidades, el gobierno en los diferentes estados y el gobierno de los Estados Unidos pueden hacer lo que requieren los tiempos sin ceder su democracia. Nuestras tareas en los cuatro últimos años no forzaron unas vacaciones de la democracia.

Casi todos reconocemos que a medida que aumentan las complejidades de las relaciones humanas, el poder para gobernarlas debe aumentar también el poder para parar el mal, el poder para hacer el bien. La democracia esencial de nuestra nación y la seguridad de nuestro pueblo dependen no de la ausencia de poder, sino de conferirlo a quienes el pueblo puede cambiar o mantener periódicamente mediante un sistema de elecciones honesto y libre. La Constitución de 1787 no hizo impotente a nuestra democracia.

De hecho, en estos cuatro últimos años hemos hecho más democrático el ejercicio de todos los poderes, pues hemos

empezado a subordinar los poderes autocráticos privados al gobierno de lo público. La leyenda de que eran invencibles por encima y más allá de los procesos de la democracia ha quedado hecha añicos. Han sido cuestionados y vencidos.

Nuestro progreso tras la depresión es obvio. Pero eso no es todo lo que ustedes y yo entendemos por el nuevo orden de cosas. Nuestra promesa no fue solamente hacer un trabajo de retazos con materiales de segunda mano. Al usar nuevos materiales de justicia social hemos asumido erigir sobre los antiguos cimientos una estructura más duradera para el mejor uso de las generaciones futuras.

Para ese propósito nos han ayudado logros de la mente y del espíritu. Hemos aprendido de nuevo antiguas verdades; hemos desaprendido antiguas falsedades. Siempre hemos sabido que un egoísmo irresponsable era una mala moral; ahora sabemos que es una mala economía. Del colapso de una prosperidad cuyos constructores fanfarronearon sobre su sentido práctico ha venido la convicción de que a largo plazo la moralidad económica trae cuenta. Estamos empezando a borrar la línea que separa lo práctico de lo ideal, y al hacerlo le estamos dando forma a un instrumento de poder inimaginable para fundar un mundo moralmente mejor.

Este nuevo entendimiento debilita la antigua admiración del éxito mundano como tal. Estamos empezando a abandonar nuestra tolerancia al abuso de poder de quienes traicionan por los beneficios las decencias elementales de la vida.

En este proceso maldades antes aceptadas no se perdonarán fácilmente. La tozudez no justificará fácilmente la dureza de corazón. Nos encaminamos hacia una era de buenos sentimientos, pero nos damos cuenta de que no podrá haber era de buenos sentimientos excepto en hombres de buena voluntad.

Por estas razones me veo justificado para creer que el mayor cambio del que hemos sido testigos es el cambio en el clima moral de América[3].

Entre hombres de buena voluntad, la ciencia y la democracia juntas ofrecen al individuo una vida cada vez más rica y una

satisfacción cada vez mayor. Con este cambio en nuestro clima moral y nuestra redescubierta capacidad para mejorar nuestro orden económico hemos puesto nuestros pies en el camino de un progreso duradero.

¿Pararemos ahora y daremos la espalda al camino que tenemos delante? ¿Lo llamaremos la tierra prometida? O ¿continuaremos nuestro camino? Pues «cada edad es un sueño que muere o uno que va a nacer»[4].

Se oyen muchas voces cuando afrontamos una gran decisión. La comodidad dice, «Retrásala un tiempo». El oportunismo dice, «Éste es un buen sitio». La timidez pregunta, «¿Qué dificultad tiene el camino que tenemos delante?».

Es cierto, hemos llegado lejos desde los días de estancamiento y desesperanza. Se ha preservado la vitalidad. Se han recuperado el coraje y la confianza. Se han extendido los horizontes mental y moral.

Pero nuestras ganancias actuales las hemos conseguido bajo la presión de circunstancias nada ordinarias. El avance se convirtió en imperativo bajo el aguijón del miedo y del sufrimiento. Los tiempos estuvieron del lado del progreso.

Aferrarnos hoy al progreso es, sin embargo, más difícil. Una conciencia adormecida, la irresponsabilidad y un egoísmo implacable ya han reaparecido. ¡Tales síntomas de prosperidad pueden convertirse en augurios del desastre! La prosperidad pone a prueba ya la persistencia de nuestro propósito progresista.

Preguntémonos de nuevo: ¿Hemos logrado el objetivo de nuestra visión de aquel 4 de marzo de 1933? ¿Hemos encontrado nuestro valle feliz?

Veo una gran nación en un gran continente, bendecida con una gran riqueza de recursos naturales. Sus ciento treinta millones de habitantes están en paz consigo mismos; están haciendo de su país un buen vecino entre las naciones. Veo unos Estados Unidos que pueden demostrar que, con métodos democráticos de gobierno, los ingresos nacionales pueden traducirse en un volumen creciente de comodidades humanas hasta ahora desconocidas, y los estándares

de vida más bajos pueden elevarse muy por encima del nivel de la mera subsistencia.

Pero aquí está el reto para nuestra democracia: en esta nación veo a decenas de millones de sus ciudadanos —una parte sustancial de su población total— a quienes en este preciso momento se les niega la mayor parte de lo que los estándares más bajos de hoy llaman las necesidades de la vida.

Veo a millones de familias que tratan de vivir con ingresos tan modestos que la sombra del desastre familiar se ciñe sobre ellos día tras día.

Veo a millones cuyas vidas cotidianas en la ciudad y en el campo continúan bajo condiciones que la así llamada sociedad educada de hace medio siglo etiquetaría como indecentes.

Veo a millones a quienes se les niega la educación, el tiempo libre y la oportunidad de mejorar su suerte y la suerte de sus hijos.

Veo a millones que carecen de los medios para comprar los productos del campo y de las fábricas y que, debido a su pobreza, niegan trabajo y productividad a muchos otros millones.

Veo a un tercio de una nación mal alojado, mal vestido y mal alimentado.

No es con desesperación como les dibujo este retrato. Lo dibujo con esperanza, pues la nación, viendo y entendiendo la injusticia que alberga, propone dibujarlo. Estamos decididos a hacer de cada americano el sujeto del interés y la preocupación de su país, y nunca tomaremos como superfluos a ningún grupo fiel y respetuoso con la ley dentro de nuestras fronteras. La prueba de nuestro progreso no es si añadimos más abundancia a la de quienes tienen mucho; es si proporcionamos lo suficiente a quienes tienen demasiado poco.

Si algo conozco del espíritu y la determinación de nuestra nación es que no escucharemos a la Comodidad, al Oportunismo ni a la Timidez. Seguiremos adelante.

De un modo abrumador en la República somos hombres y mujeres de buena voluntad; hombres y mujeres que tienen más que corazones cálidos de entrega; hombres y mujeres que tienen la cabeza fría y manos dispuestas para propósitos prácticos también.

Insistirán en que cada agencia del gobierno popular use instrumentos eficaces para llevar a cabo su voluntad.

El gobierno es competente cuando todos quienes lo componen trabajan como fiduciarios del pueblo en su conjunto. Puede lograr un progreso constante cuando se mantiene al tanto de todos los hechos. Puede recibir apoyo justificado y crítica legítima cuando el pueblo recibe información veraz de todo lo que el gobierno hace.

Si conozco algo de la voluntad de nuestro pueblo es que pedirá que esas condiciones para un gobierno eficaz se creen y se mantengan. Pedirán una nación no corrompida por los cánceres de la injusticia y, por tanto, fuerte entre las naciones en su ejemplo de la voluntad de paz.

Hoy consagramos de nuevo nuestro país a ideales muy admirados en una civilización que de repente ha cambiado. En cualquier tierra hay siempre en juego fuerzas que disgregan a los hombres y fuerzas que los unen. En nuestras ambiciones personales somos individualistas. Pero en nuestra búsqueda de progreso económico y político como nación, o todos ganamos o todos perdemos como un único pueblo.

Mantener una democracia del esfuerzo requiere de una enorme cantidad de paciencia al tratar con diferentes métodos, una enorme cantidad de humildad. Pero de la confusión de muchas voces surge un entendimiento de la necesidad pública dominante. Puede entonces el liderazgo político darles voz a los ideales comunes y ayudar en su realización.

Al prestar de nuevo juramento como presidente de los Estados Unidos asumo la obligación solemne de liderar al pueblo americano por el camino que ha elegido para avanzar.

Mientras este deber descanse sobre mí haré todo lo posible para expresar su propósito y cumplir su voluntad, buscando la guía divina para que nos ayude a todos y a cada uno a alumbrar a quienes se sientan en la oscuridad y a guiar nuestros pasos hacia la vía de la paz.

[1] Franklin D. Roosevelt: «Inaugural Address», 20 de enero de 1937, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209135

[2] *Government* en el original.

[3] América, en el original, se usa aquí y en otros contextos como uno de los nombres de Estados Unidos.

[4] *Oda* de Arthur William Edgar O'Shaughnessy, de su libro de 1874 *Music and Moonlight*.

3. PROCLAMACIÓN 2236 – EXPORTACIÓN DE ARMAS, MUNICIONES Y MATERIAL DE GUERRA A ESPAÑA, 1 DE MAYO DE 1937 [1] (Extractos)

[…] Siempre que el presidente encuentre que un estado de guerra civil existe en un estado extranjero y que dicha guerra civil es de una magnitud o se desarrolle bajo condiciones tales que la exportación de armas, municiones o material de guerra desde Estados Unidos a ese estado extranjero amenazara o pusiera en peligro la paz de los Estados Unidos, el presidente hará público ese hecho y será por tanto ilegal exportar, o intentar exportar, o causar la exportación de armas, municiones o material de guerra desde cualquier lugar de los Estados Unidos a ese estado extranjero, o a cualquier estado neutral para su transbordo a, o para el uso de, dicho estado extranjero […]

[…] Ahora, por tanto, yo, Franklin D. Roosevelt, presidente de los Estados Unidos de América, actuando bajo y en virtud de la autoridad que se me confiere por la citada resolución conjunta[2], por la presente proclamo que existe desafortunadamente un estado de guerra civil en España, y que dicha guerra civil es de una magnitud o se desarrolla bajo condiciones tales que la exportación de armas, municiones o material de guerra desde Estados Unidos a España amenazaría o pondría en peligro la paz de los Estados Unidos. Por la presente, exhorto a los ciudadanos de los Estados Unidos, o de cualquiera de sus posesiones, y a todas las personas que residen o se encuentran en el territorio o la jurisdicción de los Estados Unidos, o en sus posesiones, a abstenerse de cualquier violación de las condiciones de la resolución conjunta arriba mencionada, por la

presente hechas efectivas y aplicables a la exportación de armas, municiones o material de guerra desde cualquier lugar de los Estados Unidos a España o a algún otro estado para su transbordo a, o para el uso de, España [...]

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Proclamation 2236 – Export of Arms, Ammunition, and Implements of War to Spain», 1 de mayo de 1937, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209537

[2] Resolución conjunta del Congreso de 1 de mayo de 1937 por la que se aprueba la La Ley de Neutralidad.

4. CHARLA JUNTO A LA CHIMENEA, 14 DE ABRIL DE 1938[1]

Han pasado cinco meses desde que hablé por última vez al pueblo sobre el estado de la nación. Había pensado ser capaz de postergar esta charla hasta la semana que viene porque, como todos sabemos, estamos en Semana Santa. Pero lo que quiero decirles a ustedes, el pueblo de este país, es de una necesidad tan inmediata y está relacionado de manera tan estrecha con las vidas de seres humanos y la prevención del sufrimiento humano, que he sentido que no debía retrasarlo. En esta decisión me ha fortalecido el pensamiento de que al hablar esta noche puede haber una mayor paz de espíritu y la esperanza de la Pascua puede ser más real en torno a las chimeneas en todas partes, y que no es inapropiado animar a la paz cuando tantos de nosotros pensamos en el Príncipe de la Paz.

Hace cinco años nos enfrentamos a un problema muy serio de recuperación económica y social. Durante cuatro años y medio esa recuperación ha avanzado a ritmo acelerado. Ha sido sólo en los últimos siete meses que ha recibido un visible contratiempo.

Y ha sido sólo en los últimos dos meses, pues hemos esperado pacientemente a ver si las fuerzas de los negocios lo contrarrestaran, que se ha visto que el estado por sí solo no puede dejar de dar con seguridad pasos agresivos para hacerle frente.

Esta recesión no nos ha devuelto a los desastres y el sufrimiento de principios de 1933. Su dinero está a salvo en el banco; los agricultores ya no están en una profunda angustia y tienen una mayor capacidad económica; los peligros de la especulación en bolsa se han minimizado; los ingresos nacionales son casi un cincuenta

por ciento mayores que en 1932; y el estado tiene una responsabilidad establecida y aceptada por la ayuda.

Pero sé que muchos de ustedes han perdido sus trabajos o han visto a sus amigos o miembros de sus familias perder sus trabajos, y no quiero proponer que el estado pretenda no ver esas cosas. Sé que el efecto de nuestras dificultades actuales ha sido irregular; que han afectado a algunos grupos y a algunas localidades seriamente, mientras que apenas se han sentido en otras. Pero entiendo que el primer deber del estado es proteger el bienestar económico de toda la gente en todos los sectores y en todos los grupos. Dije en mi mensaje de apertura de la última sesión del Congreso[2] que si la iniciativa privada no creaba puestos de trabajo esta primavera, el estado daría lo máximo de sí —que yo no defraudaría al pueblo—. Todos hemos aprendido la lección de que el estado no puede permitirse esperar hasta que ha perdido su poder para actuar.

Por ello he enviado un mensaje de la mayor importancia al Congreso[3]. Quiero leerles esta noche ciertos pasajes de ese mensaje, y hablarles sobre ellos.

En ese mensaje analizaba las causas del colapso de 1929 con estas palabras: «la sobreespeculación en, y la sobreproducción de, prácticamente cualquier artículo o instrumento usado por el hombre [...] millones de personas se habían puesto a trabajar, pero los productos de sus manos habían excedido la capacidad de compra de sus bolsillos [...] Bajo la inexorable ley de la oferta y la demanda, los suministros superaron tanto a la demanda para pagarla, que la producción se vio obligada a parar. Eso resultó en desempleo y fábricas cerradas, y de ahí los años trágicos entre 1929 y 1933.»

Señalaba al Congreso que la riqueza nacional[4] —no los ingresos del estado, sino el total de los ingresos de todos los ciudadanos individuales y familias de los Estados Unidos— cada granjero, cada trabajador, cada banquero, cada profesional y cada persona que vivía de ingresos derivados de inversiones, que la riqueza nacional ascendía en el año 1929 a ochenta y un mil millones de dólares, una remontada muy buena desde un nivel bajo.

Dije entonces esto al Congreso:

«La producción en muchas líneas importantes de bienes superó a la capacidad del público para comprarlos. Por ejemplo, a lo largo del invierno y la primavera de 1937 las fábricas de algodón en cientos de casos estaban funcionando con tres turnos, apilando las prendas de algodón en la fábrica y en manos de intermediarios y comerciantes. Por ejemplo, también, las fábricas de automóviles no sólo produjeron un incremento normal de coches, sino que animaron al incremento normal hasta cifras anormales usando todos los métodos conocidos para subir sus ventas. Eso significó, por supuesto, que las acerías de la nación funcionaban las veinticuatro horas, y las compañías de neumáticos y las compañías de algodón aceleraron para cumplir con el mismo tipo de demanda estimulada de un modo anormal. La capacidad de compra de la nación se quedó por detrás.

»Así, para el otoño de 1937 la nación tenía existencias disponibles que el público consumidor no podía comprar porque la capacidad de compra del público consumidor no iba a la par con la producción.

»Durante el mismo período los precios de muchos productos vitales habían subido más rápido de lo justificado […] En el caso de muchas mercancías el precio para el consumidor subió muy por encima de los precios del boom inflacionario de 1929. En muchas líneas de mercancías y materiales los precios subieron tanto que compradores y constructores dejaron de comprar o de construir.

»[…] El proceso económico de elaborar las materias primas, manufacturarlas y llegar a los productos finales, venderlos a los comerciantes, venderlos al consumidor y, por último, usarlos se desequilibró.

»[…] El despido de trabajadores se nos vino encima el pasado otoño y ha continuado a un ritmo tal desde entonces que todos, el estado y la banca y los negocios y los trabajadores, y todos los que se enfrentan a la indigencia, reconocemos la necesidad de actuar.»

He dicho todo esto al Congreso hoy y lo repito ante ustedes, el pueblo del país, esta noche.

Continué señalando al Senado y a la Cámara de Representantes que todas las energías del estado y de los negocios deben dirigirse a aumentar la riqueza nacional, a que más gente trabaje en el sector

privado, a dar seguridad y un sentimiento de seguridad a todo el mundo en todas las profesiones.

Estoy pensando continuamente en todo nuestro pueblo —parados y también empleados— en sus problemas humanos de alimento y ropa y vivienda y educación y salud y vejez. Ustedes y yo estamos de acuerdo en que la seguridad es nuestra mayor necesidad; la ocasión para trabajar, la oportunidad de obtener un beneficio razonable —ya sea en un negocio muy pequeño o en uno más grande— la posibilidad de vender los productos del campo por un dinero suficiente para que nuestras familias vivan decentemente. Sé que éstas son las cosas que deciden el bienestar de todo nuestro pueblo.

Por ello estoy decidido a hacer todo lo que esté en mi poder para ayudarles a conseguir esa seguridad, y porque creo que el pueblo mismo tiene una profunda convicción de que ese tipo de prosperidad segura no puede ser duradera a menos que lo sea sobre una base de trato justo en los negocios y una base donde todos, de arriba abajo, compartan esa prosperidad, repetí hoy al Congreso que ni él mismo ni el ejecutivo jefe pueden permitirse «debilitar o destruir las grandes reformas que, durante los cinco años pasados, se han realizado en nombre del pueblo americano. En nuestra rehabilitación de la estructura bancaria y de la agricultura, en nuestras provisiones para un crédito adecuado y más económico para todos los tipos de negocios, en nuestra aceptación de la responsabilidad nacional para la ayuda al desempleo. En nuestro fortalecimiento del crédito del gobierno estatal y local, en nuestro incentivo para la vivienda, el acondicionamiento de zonas degradadas y la propiedad de viviendas, en nuestra supervisión de la bolsa y el *holding* de compañías de servicios públicos y en la emisión de nuevos valores bursátiles, en nuestra provisión para la seguridad social, el electorado de América no quiere que demos pasos hacia atrás.

»Hemos reconocido el derecho de sindicación de los trabajadores, a la negociación colectiva; y la maquinaria para tratar las relaciones laborales ya existe. Están establecidos los principios incluso aunque todos podamos admitir que, con el paso del tiempo, la administración y las prácticas pueden mejorarse. Esa mejora puede

producirse rápidamente y del modo más pacífico mediante esfuerzos sinceros para entender y ayudar por parte tanto de líderes laborales como de empleadores.

»La evolución que no cesa de la sociedad humana traerá sin duda nuevos problemas que requerirán nuevos ajustes. Nuestra tarea inmediata es consolidar y mantener las ganancias conquistadas.

»En esta situación no hay razón ni ocasión para que ningún americano permita que sus miedos afloren o que su energía y emprendimiento se paralicen por la duda o la incertidumbre».

Llegué a la conclusión de que los problemas actuales requieren acción tanto del estado como del pueblo, que sufrimos más que nada de un fallo en la demanda al consumo por una falta de capacidad adquisitiva. Depende de nosotros crear un giro económico.

«¿Cómo y dónde puede y debe el estado ayudar a empezar una espiral hacia arriba?»

Continué proponiendo tres grupos de medidas. Voy a resumirles las recomendaciones.

Primero, pedí ciertas asignaciones dirigidas a mantener los gastos del estado para la ayuda al empleo y propósitos similares durante el próximo año fiscal con un nivel de gastos similar al actual. Eso incluye dinero adicional para la Administración para el Progreso de las Obras Públicas[5]: fondos adicionales a la Administración para la Seguridad Agrícola[6]; asignaciones adicionales para la Administración para la Juventud Nacional[7], y más dinero para el Cuerpo de Conservación Civil[8], para que pueda mantener el número de campamentos que funcionan en la actualidad.

Estas asignaciones, necesarias debido al incremento del paro, costarán aproximadamente mil millones y cuarto más que las estimaciones que envié al Congreso el 3 de enero.

Segundo, dije al Congreso que la administración propone dejar disponibles reservas bancarias adicionales para las necesidades de crédito del país. En torno a mil cuatrocientos millones de dólares en oro ahora en el Tesoro se usarán para pagar esos gastos adicionales del estado, y tres cuartos de mil millones de dólares se ofrecerán a

los bancos para reducir las reservas que ahora requiere el Consejo de la Reserva Federal.

Estos dos pasos, asumir las necesidades de ayuda y aumentar los créditos a la banca, son a nuestro juicio insuficientes por sí solos para iniciar a la nación en un movimiento sostenido hacia arriba.

Por tanto, llegué así al tercer tipo de acción del estado que considero vital. Dije al Congreso:

«Ustedes y yo no nos podemos permitir equiparnos con dos rondas de municiones donde tres rondas son necesarias. Si detenemos la ayuda y el crédito, puede que nos encontremos sin munición para derrotar al enemigo. Si nos equipamos por completo con una tercera ronda de municiones, estaremos en posición de ganar la batalla a la adversidad.»

La tercera propuesta es hacer adiciones definidas a la capacidad de compra de la nación al proporcionar nuevo trabajo además de continuar con el antiguo trabajo.

Primero, para permitir a la Autoridad de Vivienda de Estados Unidos llevar a cabo la construcción inmediata, con alrededor de trescientos millones de dólares, de proyectos adicionales para el acondicionamiento de zonas degradadas.

Segundo, para renovar un programa de obras públicas al acometer del modo más rápido posible mejoras públicas urgentes por valor de mil millones de dólares en estados, condados y ciudades.

Tercero, para añadir cien millones de dólares a la estimación de la ayuda federal para autopistas que recomendé en enero.

Cuarto, para añadir treinta y siete millones de dólares a la estimación anterior de sesenta y tres millones de dólares para el control de inundaciones y la recuperación.

Quinto, para añadir veinticinco millones de dólares adicionales para edificios federales en varias partes del país.

Al recomendar este programa estoy pensando no sólo en las necesidades económicas inmediatas del pueblo de la nación, sino también en sus libertades personales, la posesión más preciada de todos los americanos. Estoy pensando en nuestra democracia y en la

tendencia reciente en otras partes del mundo que se desvían del ideal democrático.

La democracia ha desaparecido de varias grandes naciones, no porque los pueblos de esas naciones tuvieran aversión a la democracia, sino porque se habían cansado del desempleo y la inseguridad, de ver a sus hijos hambrientos mientras ellos se sentaban indefensos frente a la confusión del estado y a la debilidad del estado por su falta de liderazgo. Por último, con desesperación, han elegido sacrificar la libertad con la esperanza de recibir algo para comer. Nosotros en América sabemos que nuestras instituciones democráticas pueden conservarse y funcionar. Pero para conservarlas necesitamos actuar unidos, para afrontar con firmeza los problemas de la nación y para demostrar que el funcionamiento en la práctica de un estado democrático es igual a la tarea de proteger la seguridad de su pueblo.

No sólo nuestra solidez económica futura, sino la solidez misma de nuestras instituciones democráticas depende de la determinación de nuestro gobierno para dar empleo a los desempleados. El pueblo americano está de acuerdo en defender sus libertades a cualquier precio, y la primera línea de esa defensa se sitúa en la protección de la seguridad económica. Su gobierno, al buscar proteger la democracia, debe demostrar que el estado es más fuerte que las fuerzas de la depresión en los negocios.

La historia prueba que las dictaduras no crecen de estados fuertes y exitosos, sino de estados débiles e indefensos. Si mediante métodos democráticos el pueblo logra un estado lo suficientemente fuerte como para protegerlo del miedo y del hambre, su democracia triunfa; pero si no lo logran, se impacientan. Por ello, la única protección segura para que continúe habiendo libertad es un estado lo suficientemente fuerte como para proteger los intereses del pueblo, y un pueblo lo suficientemente fuerte y bien informado como para mantener su control soberano sobre su gobierno.

Somos una nación rica; podemos permitirnos pagar por la seguridad y la prosperidad sin tener que sacrificar nuestras libertades en la negociación.

En el primer siglo de nuestra república teníamos escasez de capital, de trabajadores y de producción industrial, pero éramos ricos en tierra libre, en madera libre y en riqueza minera libre. El gobierno federal asumió correctamente el deber de promover los negocios y de aliviar la depresión al dar subsidios para la tierra y otros recursos.

Así, desde nuestros primeros días tenemos una tradición de ayuda sustancial del estado a nuestro sistema de empresa privada. Pero hoy el estado ya no posee grandes extensiones de tierra fértil para darlas y hemos descubierto que debemos pagar grandes sumas para proteger nuestras tierras frente a la erosión y nuestros bosques frente a la deforestación. La situación es también muy diferente de las de los días del pasado, porque ahora tenemos mucho capital, bancos y compañías de seguros cargados con dinero no invertido, una gran capacidad de producción industrial y varios millones de trabajadores buscando trabajo. Es seguir tanto la tradición como la necesidad, si el estado trata de poner a trabajar el dinero no invertido y a desempleados, aumentar nuestra riqueza nacional y aumentar la salud y la fuerza del pueblo, y para contribuir a que nuestro sistema de empresa privada funcione.

Va a costarnos Algo [en mayúscula] salir de la recesión de este modo, pero el beneficio de lograrlo compensará varias veces su coste. El tiempo de trabajo perdido es dinero perdido. Cada día que un trabajador sigue desempleado, o una máquina no se usa, o una organización empresarial está inactiva, es una pérdida para la nación. Debido al desempleo y a la inactividad económica esta nación ha perdido cien mil millones de dólares entre 1929 y la primavera de 1933. Este año ustedes, el pueblo de este país, están produciendo unos doce mil millones de dólares menos que el año pasado.

Si piensan en las experiencias de los primeros años de esta administración, recordarán las dudas y miedos expresados sobre los gastos crecientes del estado. Pero para sorpresa de escépticos, a medida que pusimos en marcha el programa que incluía las obras públicas y la ayuda al trabajo, el país se hizo más rico en lugar de empobrecerse.

Merece la pena recordar que los ingresos del pueblo fueron de treinta mil millones de dólares más en 1937 que en 1932. Es cierto que la deuda nacional aumentó en dieciséis mil millones de dólares, pero tengan en cuenta que en ese incremento deben incluirse bienes por valor de varios miles de millones de dólares que finalmente reducirán la deuda y que muchos miles de millones de dólares de mejoras públicas permanentes —escuelas, carreteras, puentes, túneles, edificios públicos, parques y una multitud de otras cosas— se muestran a la vista en cada uno de los tres mil cien condados de los Estados Unidos.

No hay duda de que les dirán que el programa de gastos del estado durante los cinco años pasados no produjo el aumento de la riqueza nacional. Les dirán que los negocios revivieron a causa del gasto y de la inversión privadas. Eso es cierto en parte, pues el estado gastó sólo una parte del total. Pero el gasto del estado actuó como desencadenante de la actividad privada. Eso es por lo que la suma total de nuestra producción y la riqueza nacionales ha sido mucho mayor que la contribución misma del estado.

En cumplimiento de esa idea he dicho al Congreso hoy: «Quiero dejar claro que no creemos que podamos lograr una subida adecuada de la riqueza nacional meramente al invertir, prestar o gastar fondos públicos. Es esencial en nuestra economía que los fondos privados se activen y que todos reconozcamos que dichos fondos tienen derecho a un beneficio justo.»

A medida que la riqueza nacional crezca, «no olvidemos que los gastos del estado bajarán y los ingresos por impuestos subirán».

La contribución estatal de tierras que una vez hicimos a la industria eran tierras de todo el pueblo. Y la contribución estatal de dinero que ahora hacemos a la industria proviene en última instancia del trabajo del pueblo en su conjunto. Es, por tanto, sólo una moralidad sólida y una distribución sensata de la capacidad de compra, que los beneficios de la prosperidad provenientes de este uso del dinero de todo el pueblo deban distribuirse entre todo el pueblo, tanto en la parte inferior como en la superior. Por eso estoy de nuevo expresando mi esperanza de que el Congreso apruebe en esta legislatura una ley sobre el trabajo y sus horarios que fije un

mínimo para los salarios de la industria y un límite de horas de trabajo, para asegurar una mejor distribución de nuestra prosperidad, una mejor distribución del trabajo disponible, y una distribución juiciosa de la capacidad de compra.

Ustedes pueden tener todo tipo de impresiones sobre el coste total de este nuevo programa, o con respecto a la cantidad que se añadirá a la deuda nacional neta.

Es un gran programa. El otoño pasado en un esfuerzo sincero por equilibrar los gastos con los ingresos del estado, el presupuesto que preparé planteaba bajadas claras del gasto estatal.

A la luz de las condiciones actuales esas estimaciones fueron demasiado bajas. Este nuevo programa añade dos mil sesenta y dos millones de dólares a los gastos directos del Tesoro y otros novecientos cincuenta mil millones de dólares en préstamos del estado. Esta segunda cantidad, dado que son préstamos, volverá al Tesoro en el futuro.

El efecto neto sobre la deuda estatal es éste: entre hoy y el 1 de julio de 1939 —quince meses— el Tesoro tendrá que recaudar menos de mil quinientos millones de dólares en dinero nuevo.

Ese añadido a la deuda neta de los Estados Unidos no tiene por qué preocupar a ningún ciudadano, pues volverá al pueblo de los Estados Unidos muchas veces más en mayor poder adquisitivo y finalmente en muchos mayores ingresos estatales por impuestos debido al aumento de los ingresos de la ciudadanía.

Lo que he dicho al Congreso al cierre de mi mensaje se lo repito:

«Reconozcamos de manera unánime el hecho de que la deuda federal, ya sea de veinticinco mil o de cuarenta mil millones, sólo podrá pagarse si la nación obtiene ingresos ciudadanos enormemente aumentados. Repito que, si estos ingresos ciudadanos pueden subir a ochenta mil millones de dólares al año, el gobierno nacional y la inmensa mayoría de los gobiernos estatales y locales "saldrán de números rojos". Mientras mayor sea el ingreso nacional, más rápido podremos reducir el total de las deudas federal, estatal y local. Visto desde cualquier ángulo, el poder adquisitivo de hoy —los ingresos de los ciudadanos hoy— no es suficiente para conducir el sistema económico a una velocidad mayor. La responsabilidad del

estado requiere de nosotros en este momento suplementar los procesos normales y, al hacerlo, asegurar que lo que se añade es adecuado. Debemos iniciar de nuevo una pendiente ascendente larga y constante en los ingresos nacionales.

»[…] Y en ese proceso, que creo que está listo para comenzar, evitemos los errores del pasado: la sobreproducción, la sobreespeculación y en realidad todos los extremos que no conseguimos evitar en 1929. En todo esto el estado no puede y no debe actuar solo. Los negocios deben ayudar. Estoy seguro de que los negocios ayudarán.

»Necesitamos más que materiales para la recuperación. Necesitamos una voluntad nacional unida.

»Necesitamos reconocer como nación que las demandas de ningún grupo, por más justas que sean, no pueden satisfacerse a menos que ese grupo esté preparado para compartir en encontrar un modo de producir los ingresos con los que pagar a todos los grupos […] Ustedes como el Congreso y yo como presidente debemos, en virtud de nuestros oficios, buscar el bien nacional al conservar el equilibrio entre todos los grupos y todas las secciones.

»Tenemos a nuestra disposición los recursos nacionales, el dinero, la capacidad manual e intelectual para elevar nuestro nivel económico, los ingresos de nuestros ciudadanos. Sólo nuestra capacidad para trabajar juntos limita nuestra capacidad. Lo que necesitamos es voluntad.

»Ha llegado el momento para llevar esa voluntad a la acción con todas las fuerzas propulsoras a nuestro mando. Y estoy decidido a cumplir mi parte.

»[…] Ciertos requisitos positivos me parece que acompañarán a la voluntad, si tenemos esa voluntad.

»Sobre todos nosotros se sitúa el deber de la autocontención […] Ésa es la disciplina de la democracia. Cada ciudadano patriota debe decirse a sí mismo o a sí misma que declaraciones inmoderadas, apelaciones a prejuicios, la creación de la mezquindad son ofensas no contra un individuo o contra individuos, sino ofensas contra toda la población de los Estados Unidos.

»La autocontención implica contención por una opinión pública articulada, entrenada para distinguir hechos de falsedades, entrenada para creer que la amargura no es nunca un instrumento útil en los asuntos públicos. No puede haber dictadura de un individuo o de un grupo en esta nación, a menos que el odio propicie la división. Nunca debe existir una división así.»

Por último, querría dirigirles unas palabras personales.

Nunca olvido que vivo en una casa propiedad del pueblo americano y que éste me ha otorgado su confianza.

Trato siempre de recordar que sus problemas más profundos son humanos. Constantemente hablo con quienes vienen a contarme sus propios puntos de vista; con quienes gestionan las grandes industrias e instituciones financieras del país; con quienes representan a agricultores y trabajadores; y a menudo con ciudadanos de a pie sin posiciones elevadas que vienen a esta casa. Constantemente trato de mirar, más allá de las puertas de la Casa Blanca, más allá de la burocracia de la capital de la nación, a las esperanzas y los miedos de hombres y mujeres en sus hogares. He viajado por el país muchas veces. Mis amigos, mis enemigos, mi correo diario me informan sobre lo que ustedes están pensando y esperando. Quiero asegurarme de que ni las batallas ni las cargas del oficio me cegarán a un conocimiento íntimo del modo en que el pueblo americano quiere vivir y los simples motivos por los que me pusieron aquí.

Ante estos grandes problemas del gobierno trato de no olvidar que lo que realmente cuenta en el fondo de todo es que los hombres y mujeres que quieren trabajar puedan tener un trabajo digno para cuidar de sí mismos, de sus hogares y de sus hijos de forma adecuada; que el agricultor, el trabajador de la fábrica, el tendero, el empleado de la gasolinera, el manufacturero, el comerciante —grande o pequeño— el banquero que se precia de la ayuda que presta para construir su comunidad, que todos ellos puedan estar seguros de un beneficio razonable y de la seguridad para los ahorros que ganan, no hoy ni mañana sólo, sino tan lejos en el tiempo como puedan ver.

Puedo oír su asombro no declarado sobre hacia dónde nos encaminamos en este mundo atribulado. No puedo esperar que todo el mundo comprenda los problemas de toda la gente, pero mi trabajo es tratar de comprender esos problemas.

Trato siempre de recordar que reconciliar las diferencias no puede satisfacer a todo el mundo por completo. Porque no espero demasiado, no me siento decepcionado. Pero sé que no debo rendirme nunca, que nunca debo defraudar el interés general del pueblo, meramente porque ésa pudiera ser en un momento dado la salida personal más fácil.

Creo que hemos acertado en la vía que hemos abierto. Abandonar nuestro propósito de construir una América mayor, más estable y tolerante sería perder la corriente y quizá el puerto. Propongo navegar hacia adelante. Estoy seguro de que sus esperanzas y su ayuda están conmigo, pues para llegar a puerto, debemos navegar —navegar, no permanecer anclados— navegar, no ir a la deriva.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Fireside Chat», 14 de abril de 1938, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209619

[2] Mensaje anual al Congreso, 3 de enero de 1938.

[3] Mensaje al Congreso sobre el estímulo a la recuperación: Franklin D. Roosevelt: «Message to Congress on Stimulating Recovery», 14 de abril de 1938, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209601

[4] *National income* equivale al producto interior bruto. Con posterioridad, la expresión *gross national income* es el resultado de sumar el producto interior bruto a las ganancias que provienen del exterior: https://data.oecd.org/natincome/gross-national-income.htm

[5] *Works Progress Administration* es una de las agencias públicas creadas en 1935, y activa hasta 1943, en el marco de la segunda fase (1935-1936) del *New Deal*. Para mayor información sobre las agencias y los programas del *New Deal* puede consultarse la web *The Living New Deal* gestionada por personal del Departamento de Geografía de la Universidad de California en Berkely, en https://livingnewdeal.org/what-was-the-new-deal/programs

[6] *Farm Security Administration*, agencia pública creada en 1937 y operativa hasta 1946.

[7] *National Youth Administration*, agencia pública creada en 1935 y operativa hasta 1939 como parte de la *Works Progress Administration*.

[8] *Civilian Conservation Corps*, programa operativo entre 1933 y 1942.

5. CONFERENCIA DE PRENSA, 15 DE ABRIL DE 1939[1]

Llamadas a la paz enviadas a Hitler y a Mussolini.

Presidente: Buenos días.

Pregunta: Buenos días, Sr. presidente.

Presidente: Falta mucha gente hoy.

Presidente: Sí, esta vez los corresponsales reales. Dios mío, ¿eso es todo lo que hay? No saben lo que se están perdiendo.

La causa de esto —que voy a leerles— es que por segunda o tercera vez siento que en este país no debemos dejar de remover piedras para prevenir la guerra y, habiendo tomado esta decisión, el Departamento de Estado[2], el secretario de estado y yo nos fuimos a dormir anoche con una conciencia más clara de lo que teníamos delante.

Con otras palabras, al hacerlo estamos haciendo lo que podemos para salvar a la humanidad de la guerra.

A las nueve en punto de anoche enviamos los siguientes dos despachos: el primero directamente de mí al canciller Hitler. El otro, del secretario de estado —aproximadamente el mismo mensaje— al primer ministro Mussolini. Entenderán la razón para eso, pues él es el premier y el canciller Hitler es el jefe de estado.

Los mensajes eran idénticos excepto por la transposición en uno o dos lugares de la palabra «Italia» por «Alemania».

Al repasarlo pensé que había una o dos pequeñas cosas de trasfondo que podía darles mientras lo leía. Es algo muy, muy breve, pero permítanme intercalarlo a medida que avanzo. Esta [interpolación] no es para citarse o atribuirse, es información de trasfondo para ustedes[3].

«LA CASA BLANCA
»14 de abril de 1939
»Su Excelencia
»Adolf Hitler,
»Canciller del Imperio Alemán,
»Berlín, Alemania
»Aceptará, estoy seguro, que en el mundo cientos de millones de seres humanos viven hoy con el constante temor a una nueva guerra o incluso a una serie de guerras.
»La existencia de este temor —y la posibilidad de dicho conflicto— son una clara preocupación para el pueblo de los Estados Unidos en cuyo nombre hablo, como también lo son para los pueblos de las demás naciones de todo el hemisferio occidental.»
«Usted notará que no asumo hablar en su nombre», dije, «pues ellos deben también hacerlo».
«Todos saben que cualquier gran guerra, incluso aunque estuviera confinada a otros continentes, debe afectarles seriamente.»
No dije «todos los pueblos del hemisferio occidental» ni «seriamente sobre ellos mientras dure y también para las generaciones venideras».
«Debido al hecho de que tras la aguda tensión en la que el mundo ha estado viviendo durante las últimas semanas pudiera haber al menos una relajación momentánea —pues de momento no hay tropas en marcha— éste puede ser un momento oportuno para enviarle este mensaje.»
Bien, con otras palabras —esto está sobre el final de fondo— siempre ha sido un problema para nosotros en este país, si queremos intentar hacer algo mediante un mensaje o una llamada para evitar la guerra, hacerlo en un momento con las mayores

expectativas de éxito. Y hay, desde luego, menos expectativas de éxito al hacer un llamamiento cuando las tropas ya están en marcha o de hecho han invadido otro país.

Creo que podemos recordar que, en los dos últimos casos del final de la independencia de dos naciones, ambos incidentes ocurrieron tan rápido y con tan poca advertencia que no hubiéramos tenido tiempo para hacer un llamamiento. Así fue en el caso de la invasión de Checoslovaquia y también en la invasión de Albania. Fue un hecho consumado antes de que se pudiera enviar un cable a la otra parte; y, por tanto, éste parece ser un momento adecuado para hacer este llamamiento, porque de momento no hay tropas que estén realizando la invasión de, o hayan invadido, algún estado vecino. Es, digámoslo así, un momento de paz.

«En una ocasión previa me he dirigido a usted en nombre de una solución a problemas políticos, económicos y sociales mediante métodos pacíficos y sin el recurso a las armas.»

Ésa fue cuando lo de Múnich[4], el otoño pasado.

«Pero el curso de los acontecimientos parece haber vuelto a la amenaza de las armas. Si esas amenazas continúan, parece inevitable que una gran parte del mundo deba verse envuelta en una ruina común. Todo el mundo, las naciones vencedoras, las naciones derrotadas y las naciones neutrales sufrirán.»

Si estuviera escribiendo una historia, destacaría la palabra «neutral» —«naciones neutrales»— en reconocimiento del hecho de que habría, sin duda, muchas naciones neutrales, pero que ellas también sufrirían.

«Me niego a creer que el mundo sea, por necesidad, semejante prisionero del destino. Por el contrario, está claro que los líderes de las grandes naciones tienen en su poder librar a sus pueblos del desastre que acecha. Está igualmente claro que en sus propias mentes y en sus propios corazones los pueblos desean que sus miedos terminen.»

Creo que eso vale para los pueblos de todas las naciones del mundo, literalmente sin excepción. «Es, sin embargo,

desafortunadamente necesario tomar conciencia de hechos recientes.

»Tres naciones en Europa y una en África han visto terminada su existencia independiente. Un enorme territorio de otra nación independiente del Lejano Oriente ha sido ocupado por un estado vecino. Informes, que pensamos que no son ciertos, insisten en que todavía se contemplan futuros actos de agresión contra otras naciones independientes. Claramente el mundo se está moviendo hacia un punto en el que esta situación debe terminar en catástrofe a menos que encontremos una forma más racional de guiar los acontecimientos.»

En conexión con esto, sólo como trasfondo, creo que algunos de ustedes recordarán que de camino hacia Cayo Hueso dije que sería posible que tuviera que acortar mi crucero y regresar aquí. Mucha gente se rio cuando lo dije. Por supuesto, no era alarmista, era simplemente un hecho claro y simple. No era necesario que regresara, pero, por supuesto, después de que Checoslovaquia dejara de existir y, cuando una cosa como esa ocurre, nadie puede decir lo lejos que llegará el fuego.

Hay mucho que ha salido en la prensa sobre el peligro de lo que está pasando en el otro lado; y por supuesto esas historias publicadas se componen para nosotros por la información confidencial que recibimos de nuestra propia gente desde el otro lado. Creo que reconocemos no sólo por lo que leen, sino también por lo que añaden lo que conocemos como fuentes del gobierno, que se trata de un momento muy peligroso e inquietante en Europa.

«Usted ha afirmado repetidas veces que ni usted ni el pueblo alemán desean la guerra. Si eso es cierto, no es necesario que haya guerra.

»Nada puede convencer a los pueblos de la tierra de que ningún poder gobernante tenga ningún derecho o necesidad para infligir las consecuencias de la guerra sobre su propio pueblo o cualquier otro salvo en la causa de una evidente defensa del hogar.»

Usé las palabras «defensa del hogar» porque nadie puede evitar eso. Eso significa «defensa del hogar» y no significa una defensa a miles y miles de millas de distancia.

«Al hacer esta declaración, como americanos no hablamos a través del egoísmo o del miedo o de la debilidad. Si hablamos ahora es con la voz de la fuerza y con amistad para la humanidad. Tengo claro que los problemas internacionales pueden resolverse en la mesa redonda.

»No es por tanto una respuesta a la petición de una discusión pacífica por una de las partes pedir que a menos que reciban una confirmación de antemano de que el veredicto será suyo, no depondrán las armas. En salas de conferencias, como en los juzgados, es necesario que ambas partes entren en la discusión de buena fe, asumiendo que la justicia sustancial se acumulará para ambas; y es costumbre y necesidad que dejen sus armas fuera de la sala en la que consultan.»

Me hubiera gustado usar la expresión americana, pero no lo hubieran entendido: «dejen sus armas fuera». Sin embargo, es un modo diplomático de decir lo mismo.

«Estoy convencido de que la causa de la paz del mundo avanzaría mucho si las naciones del mundo lograran una declaración firme sobre la política presente y futura de sus gobiernos.

»Puesto que Estados Unidos, en tanto que una de las naciones del hemisferio occidental, no está implicada en las controversias inmediatas que han surgido en Europa, confío en que usted tenga a bien aceptar hacerme dicha declaración de política como gobernante de una nación muy alejada de Europa para que yo, actuando sólo con la responsabilidad y la obligación de un intermediario amistoso, pueda comunicar esa declaración a las demás naciones ahora preocupadas por el curso que la política de su gobierno pueda tomar.»

Quiero dejar clara una cosa. Ustedes saben inglés tan bien como yo. Aquí dije, «actuando sólo con la responsabilidad y la obligación de un intermediario amistoso». Quiero decir «intermediario» y no «mediador». Son palabras totalmente distintas. ¿Ven ustedes la cuestión? Por supuesto, habrá riesgo de que —y esto es desde luego información no oficial— algunos de nuestros amigos en [Capitol] Hill y algunos propietarios de periódicos tratarán de hacer que parezca que voy a mediar. No hay nada de eso en absoluto. Soy correos, la

oficina de telégrafos; en otras palaras, el método de comunicación. Eso es lo que quiero decir con «intermediario.»

«¿Está usted dispuesto a dar seguridad?»

He aquí la cuestión:

«¿Está usted dispuesto a dar seguridad de que sus fuerzas armadas no atacarán o invadirán el territorio o las posesiones de las siguientes naciones independientes?»

Ahora concretemos y nombrémoslas.

«Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Suecia, Noruega, Dinamarca, Países Bajos, Bélgica, Gran Bretaña e Irlanda, Francia, Portugal, España, Suiza, Liechtenstein, Luxemburgo, Polonia, Hungría, Rumanía, Yugoslavia, Rusia, Bulgaria, Grecia, Turquía, Irak, las Arabias, Siria, Palestina, Egipto e Irán.»

Ahora ya lo saben ustedes. Sin evasivas; aquí lo tienen todo.

«Dicha seguridad debe aplicarse con claridad no sólo hoy en día, sino también a un futuro lo suficientemente largo como para dar todas las oportunidades para trabajar con métodos pacíficos para una paz más permanente. Sugiero, por tanto, que usted interprete que la palabra "futuro" se aplique a un período mínimo de no agresión asegurada —diez años al menos— un cuarto de siglo, si nos atrevemos a mirar así de lejos.»

«Si su gobierno da esa seguridad, la transmitiré inmediatamente a los gobiernos de las naciones que he nombrado.»

Y ahora lo que corresponde a esa lista desde el otro lado.

«[Y] de modo simultáneo consultaré, algo de lo que estoy razonablemente seguro, si cada una de las naciones arriba enumeradas dará a su vez una seguridad similar para transmitírsela a usted.

»Las seguridades mutuas tales como las que he esbozado traerán al mundo una medida inmediata de alivio.

Propongo que si eso llega, dos problemas esenciales se discutirán pronto en las gestiones pacíficas resultantes, y en esas conversaciones el gobierno de Estados Unidos participará con gusto.»

Ahora, ¡tengan cuidado! ¡Tengan cuidado! Dije «dos problemas esenciales» en cuyas conversaciones participaríamos.

«Las conversaciones que tengo en mente se refieren a la manera más eficaz e inmediata mediante la cual los pueblos del mundo puedan obtener un alivio progresivo de la carga aplastante de armamento que cada día está llevándolos más cerca del borde de un desastre económico.»

No hay, por supuesto, nada nuevo en nuestra participación pues lo hemos estado haciendo desde hace mucho tiempo.

Lo otro es la siguiente frase:

«Simultáneamente el gobierno de Estados Unidos estaría preparado para tomar parte en conversaciones para encontrar el modo más práctico de abrir vías para el comercio internacional con el fin de que cada nación de la tierra pueda comprar y vender en términos de igualdad en el mercado mundial, así como poseer la seguridad de obtener materiales y productos de una vida económica pacífica.»

Desde luego, no hay nada nuevo en esto porque, como ustedes saben, siempre hemos estado dispuestos a conversar y hemos mantenido muchas conversaciones sobre el aspecto económico de los problemas internacionales. Por tanto, en eso no hay nada, absolutamente nada, nuevo que no hayamos venido haciendo. Llegamos ahora a la tercera cosa:

«Al mismo tiempo.»

Esto es después de que las seguridades recíprocas se hayan dado.

«Al mismo tiempo, esos gobiernos distintos de los Estados Unidos que están directamente interesados podrían emprender conversaciones políticas que consideren necesarias o deseables.»

Bien, por supuesto, todos ustedes que cubren el Departamento de Estado saben lo que significa. «Conversaciones políticas» se refiere a fronteras y territorios y demás. No entramos, por supuesto, en ese tipo de discusiones. No lo hemos hecho desde París y no hay expectativas de que lo vayamos a hacer.

Ahora, por último, unas frases breves:

«Reconocemos complejos problemas mundiales que afectan a toda la humanidad, pero sabemos que su estudio y la discusión de los mismos deben realizarse en una atmósfera de paz.»

Lo mismo de siempre: «Dejen sus armas afuera.»

«Tal atmósfera de paz no puede crearse si las negociaciones se ensombrecen por la amenaza de fuerza o por el miedo a la guerra.

»Pienso que usted no malinterpretará el espíritu de franqueza en el que le envío este mensaje. Los jefes de grandes gobiernos en este momento son literalmente responsables del destino de la humanidad en los próximos años. No pueden dejar de oír las oraciones de sus pueblos para que se les proteja del previsible caos de la guerra. La historia los hará responsables de las vidas y de la felicidad de todos, incluso hasta del más pequeño.

»Espero que su respuesta hará posible que la humanidad pierda el miedo y recupere la seguridad durante muchos años venideros.

»Un mensaje similar se va a enviar al jefe del gobierno italiano.

»FRANKLIN D. ROOSEVELT.»

Bien, creo que esto lo cubre.

Pregunta: ¿Cuándo se ha enviado este mensaje?

Presidente: A las 9:00 en punto de la pasada noche.

Pregunta: ¿Lo han recibido hoy?

Presidente: Eran las tres en punto de la mañana en Berlín y Roma cuando lo han recibido.

Pregunta: ¿Puedo preguntar si la Unión Panamericana o, mediante otros canales, los gobiernos latinoamericanos fueron avisados de que se había dado este paso?

Presidente: No se ha avisado a nadie. Se les ha avisado por cable durante la noche a través de nuestros ministros y embajadores allí y sin duda en este momento estarán recibiéndolo. Y al mismo tiempo nuestras embajadas y legaciones en Europa fueron avisadas por cable esta pasada noche.

Pregunta: ¿No ha habido consultas sobre este asunto entre los [gobiernos] de América Latina?

Presidente: [interrumpiendo] Desde luego que no. Gran Bretaña, Francia y ninguna otra nación en el mundo han sido consultadas de ninguna manera y no sabían nada al respecto. Ya «tienen un bocado»; es mejor que corran.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Press Conference», 15 de abril de 1939, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209531.

[2] Ministerio de Asuntos Exteriores.

[3] En su primera conferencia de prensa como presidente, el 8 de marzo de 1933, Roosevelt cambió el protocolo al suprimir la costumbre de que las preguntas se enviaran por escrito con antelación. Quiso mantener su costumbre como gobernador del estado de Nueva York de hablar de modo no oficial (*off the record*), con dos puntualizaciones: «La primera es la "información de trasfondo" (*background information*), que se refiere al material que todos ustedes pueden usar bajo su propia autoridad y responsabilidad, pero que no se atribuirá a la Casa Blanca [...] La segunda es la información "no oficial", que significa, por supuesto, información confidencial que se da sólo a quienes vienen a una conferencia de prensa»: Franklin D. Roosevelt: *Discursos políticos del New Deal*, ed. José María Rosales, Tecnos, Madrid, 2019, pp. 32-34.

[4] Los Acuerdos de Múnich, de 30 de septiembre de 1938, entre Alemania, Reino Unido, Francia e Italia, dieron el beneplácito a que Alemania se anexionara el territorio de los Sudetes de Checoslovaquia.

6. ENTREVISTA EN LA RADIO SOBRE EL GOBIERNO INFORMANDO AL PUEBLO, 9 DE MAYO DE 1939[1]

Lowell Mellett [director ejecutivo del Consejo Nacional de Emergencia]: Sr. presidente, es el propósito del Consejo Nacional de Emergencia, gracias a la cooperación generosa de las emisoras de radio en todos los estados, presentar informes de los miembros de su gabinete sobre el trabajo de sus respectivos departamentos. El primero de esos informes lo hará el secretario [Cordell] Hull la semana que viene cuando trate sobre el trabajo del Departamento de Estado.

Dado que este programa está bajo su dirección, le pedimos que haga el anuncio inicial. El *Manual del Gobierno de los Estados Unidos*, publicado por mi departamento, precio de 1.75 dólares —el mismo para usted que para cualquier otro ciudadano— lleva este prólogo sobre su firma (cito): «Sólo mediante una comprensión clara por cada ciudadano de los objetivos, la organización y la disponibilidad de las agencias del gobierno, pueden de verdad prestar un servicio eficaz y asegurar el progreso hacia la seguridad económica.» Entiendo que eso resume las razones para estas emisiones de radio, pero se le pide ahora explicar la teoría que las informa y, si usted puede, decirlo todo de nuevo con menos palabras.

Presidente: Puedo decirlo con otras palabras y, si no más breves, mejores, las palabras de George Washington. En su discurso de despedida al pueblo de los Estados Unidos dijo: «Promoverlas como

objeto de la mayor importancia, instituciones para la difusión general del conocimiento [...] En la medida en que la estructura del estado da fuerza a la opinión pública, es esencial que la opinión pública esté informada.»

La vía abierta por nuestro primer presidente ha sido desde su tiempo seguida de un modo consistente. Las instituciones para la promoción general del conocimiento se han promovido de muchas maneras. El gobierno —[en sus niveles] federal, estatal y local— ha construido escuelas, las ha apoyado financieramente y las ha ayudado en sus esfuerzos para hacer de América una nación de gente educada.

La otra institución más importante para la difusión del conocimiento durante la mayor parte de este período ha sido la prensa. La relación del gobierno con la prensa ha sido diferente de su relación con los colegios. Aparte de alguna ayuda financiera, ha sido en la forma de tarifas postales por debajo de los costes reales. El gobierno ha apoyado a la prensa principalmente al proteger su libertad. Si tenemos o no las mejores escuelas del mundo —y muchos de nosotros pensamos que sí— difícilmente puede cuestionarse que tenemos la prensa más libre. Las restricciones del gobierno a la prensa radican en poco más que leyes para prevenir la publicación de material obsceno y de artículos calculados para incitar a la rebelión. La prensa es tan libre como quiera o como sus condiciones económicas le permitan.

Pero ahora, en nuestro tiempo, ha llegado otra gran institución para la difusión general del conocimiento: la radio. Todavía en su infancia, ya rivaliza en importancia con las escuelas y con la prensa. El gobierno, como agente del pueblo, ha tenido y tiene ahora una relación con la radio todavía diferente de la que tiene con las escuelas y con la prensa. Ha animado y ayudado a su desarrollo, por un lado, y, por otro, ha fijado controles para su operación necesarios para prevenir una confusión completa en las ondas. En todos los demás aspectos, la radio es tan libre como la prensa.

El gobierno ha tratado siempre de seguir la sugerencia de George Washington de que el público se eduque. A lo largo de los años a través de la prensa ha puesto a disposición información esencial

para el pueblo. Pero ha habido y hay ahora un límite para la cantidad de dicha información que los periódicos pueden imprimir. Esto es particularmente cierto de periódicos publicados en ciudades de tamaño menor al metropolitano. Los periódicos son instituciones de negocios, que viven de los ingresos por publicidad, y pueden ser tan grandes o pequeños como su volumen de publicidad requiera o permita. Esto es cierto y debe reconocerse con independencia de lo serio o frívolamente que un editor individual asuma su responsabilidad de mantener al público imparcialmente informado.

Así, el gobierno en nuestro tiempo está recurriendo a la radio como un medio adicional para cumplir su obligación para con el pueblo. He observado con interés y aprecio la manera en que el Consejo Nacional de Emergencia en los meses recientes ha llevado a cabo a través de la radio la difusión de conocimiento fáctico sobre las operaciones del gobierno. ¿Puedo pedirle, Sr. director, que informe sobre sus operaciones?

Mellett: Todas nuestras emisiones, Sr. presidente, han sido desde estaciones locales, no desde las redes. Han tomado la forma en la mayor parte de los casos de conversaciones entre directores estatales y representantes en el terreno de varias agencias federales. El esfuerzo se ha centrado en responder cualquier cuestión que pueda tener en mente cualquier ciudadano con respecto a cualquier fase del trabajo del gobierno. Nuestra oficina en Washington recibe multitud de dichas cuestiones. Algunas agencias incluso reciben más consultas. Por eso pensamos que llevamos razón al saber lo que implica que la gente quiera saber. En estas emisiones tratamos de responder a ese deseo.

Empezando el verano pasado con la cooperación de algunas emisoras en algunos estados, para el invierno nuestra tarea había crecido hasta el punto de que emisoras de cuarenta y dos estados estaban trabajando con nosotros.

Presidente: ¿Qué agencias del gobierno han hecho estos informes para el pueblo?

Mellett: El Cuerpo Civil de Conservación, la Administración para las Obras Públicas, el Servicio de Empleo de los Estados Unidos, la Corporación de Préstamos a Propietarios de Viviendas, los Ingenieros del Ejército.

Presidente: Parece una lista larga. ¿Cuántas hay en total?

Mellett: Cuarenta en total. La emisión actual, Sr. presidente, y las que seguirán por miembros de su gabinete, adoptan una forma algo diferente. Serán transcripciones eléctricas, hechas aquí y distribuidas a las emisoras. Emisoras de todos los estados se han comprometido a difundirlas a sus oyentes.

Presidente: Me resulta difícil imaginar un método de difusión del conocimiento que hubiera cumplido de un modo más exacto el propósito que nuestro primer presidente tenía en mente, incluso aunque no se hubiera soñado en su tiempo con la radio.

Estoy seguro de que los jefes de los departamentos del gobierno no defraudarán al hacer un buen uso de la radio. Me gusta la idea de mantener las emisiones con carácter enteramente fáctico y el esfuerzo de responder a las cuestiones que preocupan a la gente.

Cuando fui gobernador de Nueva York aprendí que el gobierno del estado desarrollaba unas 120 diferentes funciones ejecutivas. Aquí en Washington el gobierno federal lleva a cabo aproximadamente el mismo número de funciones, la mayoría en formas diferentes o suplementarias de las funciones usuales de los estados. Me parece importante que antes de que el pueblo pase a preguntar sobre el tamaño o la cuestión de la continuidad de esas funciones, deberían tener la oportunidad de obtener información fáctica sobre las mismas. El pueblo, a través del Congreso, tiene el derecho en cualquier momento a hacer terminar cualquier función individual, a ampliarla o a añadir nuevas funciones. Por eso el conocimiento de lo que el gobierno hace hoy es tan importante.

Debería ser posible, también, a través de sus emisiones, corregir el tipo de desinformación a la que a veces se da carta de naturaleza por una razón o por otra. En algunas comunidades se da el hecho

desafortunado de que sólo a través de la radio es posible contrarrestar falsedades proclamadas en voz alta o medias verdades muy exageradas.

Mientras que, para estar seguros, el pueblo ha aprendido muy bien a distinguir entre las cosas como son y la ficción emocionante, tiene el derecho a esperar que su gobierno le presente las cosas como son de todas las maneras posibles. Ha sido alentador oír su informe sobre las preguntas que el pueblo hacía a las agencias del gobierno. En relación con ello, por favor, dé las cifras de su operación en este campo.

Mellett: Nuestro Servicio de Información de Estados Unidos recibió durante 1938 algo más de cien mil cartas sobre una amplia variedad de cuestiones. El Superintendente de Documentos de Estados Unidos recibió casi tres veces esa cantidad con respecto a las publicaciones del gobierno. No tengo información sobre todos los departamentos y agencias, pero una indicación del interés del pueblo viene dada por el hecho de que sólo el Departamento de Agricultura recibe unas 7.500 consultas al día, o más de dos millones al año.

Presidente: Ojalá el interés del pueblo en el gobierno nunca descienda. Estoy seguro de que no, pues el pueblo sabe que el gobierno es su gobierno.

Es un buen trabajo el que está haciendo el Consejo Nacional de Emergencia, Sr. director. Siga adelante.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Radio Interview on Government Reporting to the People», 9 de mayo de 1939, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209650

7. CHARLA JUNTO A LA CHIMENEA, 3 DE SEPTIEMBRE DE 1939[1]

Mis compatriotas y amigos:

Esta noche mi único deber es hablar a toda América.

Hasta las cuatro y media de esta mañana había esperado contra toda esperanza que algún milagro evitara una devastadora guerra en Europa y pusiera fin a la invasión de Polonia por Alemania.

Durante cuatro largos años una sucesión de guerras reales y de crisis constantes han agitado al mundo entero y han amenazado en cada caso con provocar el gigantesco conflicto que hoy es desafortunadamente un hecho.

Es justo que traiga a sus mentes los esfuerzos continuos y a veces exitosos de su gobierno en estas crisis para arrojar todo el peso de los Estados Unidos a la causa de la paz. A pesar de las guerras que se expanden, pienso que tenemos todo el derecho y la razón para mantener como política nacional la moralidad fundamental, las enseñanzas de la religión y la continuidad de los esfuerzos para recobrar la paz, pues algún día, aunque ese tiempo sea distante, podremos ser incluso de mucha mayor ayuda a una humanidad traumatizada.

Es justo también destacar que los desgraciados acontecimientos de estos últimos años se han basado sin duda en el uso de la fuerza y en la amenaza de la fuerza. Y para mí está claro, incluso ante el estallido de esta gran guerra, que la influencia de América deberá ser continua para buscar a la humanidad una paz final que elimine, en la medida en que sea posible, el uso continuado de la fuerza entre las naciones.

Es desde luego imposible predecir el futuro. Tengo mi flujo constante de información de representantes americanos y de otras fuentes a lo largo del mundo. Ustedes, el pueblo de este país, reciben noticias a través de sus emisoras de radio y de sus periódicos a cada hora del día.

Creo que ustedes son el pueblo con mayor educación y el mejor informado del mundo en este momento. No están sujetos a censura de noticias y quiero añadir que su gobierno no tiene información que les retenga o que tenga pensado retenerles.

Al mismo tiempo, como dije en mi conferencia de prensa del viernes, es de la mayor importancia que la prensa y la radio usen la máxima precaución para distinguir entre, por un lado, un hecho realmente verificado y un mero rumor, por otro.

Puedo añadir a eso diciendo que espero que el pueblo de este país distinguirá del modo más cuidadoso entre noticia y rumor. No crean necesariamente todo lo que oigan o lean. Compruébenlo primero.

Ustedes deben desde el principio controlar un hecho inalterable en las relaciones exteriores modernas entre naciones. Cuando la paz se ha quebrado en algún sitio, la paz de todos los demás países en todo el mundo está en peligro.

Es fácil para ustedes y para mí encogernos de hombros y decir que conflictos que tienen lugar a miles de millas de los Estados Unidos continentales y, en realidad, a miles de millas de todo el hemisferio americano, no afectan seriamente a las Américas, y que todo lo que Estados Unidos tiene que hacer es ignorarlos y seguir con sus ocupaciones. Por más pasionalmente que podamos desear la distancia, nos vemos forzados a reconocer que cada palabra que nos llega por el aire, cada barco que navega por el mar, cada batalla que se libra afecta al futuro americano. Que ningún hombre o mujer hable, irreflexiva o falsamente, de que Estados Unidos envíe sus ejércitos a territorios europeos. En este momento se está preparando una proclamación de neutralidad americana. Esto se habría hecho incluso aunque no hubiera estatuto de neutralidad en los registros legales, pues esta proclamación es conforme al derecho internacional y a la política americana.

A esta proclamación le seguirá una proclamación requerida por la actual Ley de Neutralidad. Y confío en que en los próximos días nuestra neutralidad pueda convertirse en una neutralidad auténtica.

Es de la mayor importancia que el pueblo de este país, con la mejor información del mundo, piense las cosas a fondo. Los enemigos más peligrosos de la paz americana son quienes, sin información bien elaborada sobre todo el amplio asunto del pasado, del presente y del futuro, se lanzan a hablar con supuesta autoridad, a hablar en términos de generalidades llamativas, para dar a la nación seguridades o profecías que son de poco valor en el presente o en el futuro.

Yo mismo no puedo y no profetizo el curso de los acontecimientos en el exterior, y la razón es que, dado que por necesidad tengo una imagen tan completa de lo que está ocurriendo en cada parte del mundo, no me atrevo a hacerlo. Y otra razón es que pienso que es honesto por mi parte ser honesto con el pueblo de los Estados Unidos.

No puedo profetizar el efecto económico inmediato de esta nueva guerra sobre nuestra nación, pero diré que ningún americano tiene el derecho moral a obtener beneficios a expensas de sus compatriotas o de hombres, mujeres y niños que están viviendo y muriendo en medio de la guerra en Europa.

Sabemos algunas cosas. La mayoría de nosotros en Estados Unidos creemos en valores espirituales. La mayoría de nosotros, con independencia de a qué iglesia pertenezcamos, creemos en el espíritu del Nuevo Testamento, una gran enseñanza que se opone al uso de la fuerza, de la fuerza armada, de ejércitos en marcha y bombas que caen. La inmensa mayoría de nuestro pueblo busca la paz, la paz en casa y la suerte de paz en otros países que no ponga en peligro nuestra paz en casa.

Tenemos ciertas ideas y ciertos ideales de seguridad nacional y debemos actuar para preservar esa seguridad hoy, y para preservar la seguridad de nuestros hijos en los años futuros.

Esa seguridad está y seguirá ligada a la seguridad del hemisferio occidental y de los mares limítrofes. Tratamos de mantener la guerra alejada de nuestras chimeneas al evitar que la guerra llegue a las

Américas. Para eso contamos con un precedente histórico que data de la Administración del presidente George Washington. Ya es lo suficientemente serio y trágico para cada familia americana en cada estado de la Unión vivir en un mundo roto por guerras en otros continentes. Esas guerras afectan hoy a cada hogar americano. Es nuestro deber como nación emplear todos los esfuerzos para mantenerlas alejadas de las Américas.

Y en este momento permítanme pedirles que el partidismo y el egoísmo queden en suspenso, y que la unidad nacional sea el pensamiento que subyazga a todos los demás.

Esta nación seguirá siendo una nación neutral, pero no puedo pedir que cada americano permanezca neutral también en sus pensamientos. Incluso alguien neutral tiene derecho a hacerse cargo de los hechos. Incluso a alguien neutral no se le puede pedir que cierre su mente y su conciencia.

No he dicho una, sino muchas veces que he visto la guerra y que odio la guerra. Lo digo una y otra vez.

Espero que Estados Unidos se mantenga fuera de esta guerra. Creo que así será. Y les doy seguridad y tranquilidad de que todos los esfuerzos de su gobierno se dirigirán hacia ese fin.

En la medida en que dependa de mi poder prevenirlo, no habrá apagón de paz en Estados Unidos.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Fireside Chat», 3 de septiembre de 1939, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209990

8. ORDEN EJECUTIVA 8307 – REVISANDO LAS REGULACIONES DEL SERVICIO EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS, CAPÍTULO XIV. PROTECCIÓN Y PROMOCIÓN DE LOS INTERESES ECONÓMICOS AMERICANOS,
19 DE DICIEMBRE DE 1939[1]

En virtud de y de acuerdo con la autoridad investida en mí por la sección 1752 de los Estatutos Revisados de los Estados Unidos (U.S.C., título 22, sección 132), se ordena que las Regulaciones del Servicio Exterior de los Estados Unidos se modifiquen por la presente al prescribir el siguiente como Capítulo XIV de las mismas:

CAPÍTULO XIV
PROTECCIÓN Y PROMOCIÓN DE LOS INTERESES ECONÓMICOS AMERICANOS

XIV-1. Protección de los intereses americanos. Los oficiales del Servicio Exterior protegerán los derechos e intereses de los Estados Unidos en sus relaciones internacionales, agrícolas, comerciales y financieras. En cumplimiento de este deber:

a) Protegerán frente a la vulneración de derechos a ciudadanos americanos en materias relacionadas con el comercio y la navegación, que se basan en la costumbre, el derecho internacional o en tratados.

b) Observarán, informarán y, cuando sea posible, tratarán de eliminar las discriminaciones contra los intereses americanos agrícolas, comerciales e industriales en otros países.

[…] Protegerán la reputación comercial nacional de los Estados Unidos.

XIV-2. Promoción de los intereses americanos. Los oficiales del Servicio Exterior promoverán los intereses agrícolas y comerciales de los Estados Unidos:

a) Al estudiar cuidadosamente e informar sobre las potencialidades de sus distritos como un mercado para los productos americanos o como un competidor de los productos americanos en el comercio internacional.

b) Al investigar y presentar Informes del Directorio del Comercio Mundial sobre la situación general y la capacidad de distribución de las empresas extranjeras en sus distritos.

c) Al preparar y presentar bajo petición listados de empresas comerciales en sus distritos.

d) Al mantenerse constantemente en alerta para presentar informes inmediatos sobre oportunidades concretas de comercio.

e) Al tratar de crear, dentro del ámbito de deberes que les son asignados, una demanda por los productos americanos dentro de sus distritos.

f) Al facilitar e informar sobre visitas propuestas de hombres de negocios extranjeros a los Estados Unidos.

g) Al dar los pasos adecuados para facilitar la promoción de dicha importación a los Estados Unidos según puedan requerir los intereses económicos de los Estados Unidos.

XIV-3. Servicios para los ciudadanos y las organizaciones empresariales americanas en conexión con el curso del comercio exterior. Los oficiales del Servicio Exterior desarrollarán los siguientes servicios enumerados para los ciudadanos y las organizaciones empresariales americanas en conexión con el curso del comercio exterior, sujetos a las reglas y limitaciones que pueda prescribir el secretario de Estado:

a) Responder a las consultas del comercio.

b) Prestar ayuda directa a los ciudadanos y a las empresas americanas.

c) Incentivar y apoyar el establecimiento de cámaras de comercio americanas.

d) Prepararse para y, según instrucciones, realizar trabajos de conferencias de comercio cuando estén en excedencia o de otro modo en los Estados Unidos.

XIV-4. Presentación de informes sobre desarrollos económicos en su distrito. Los oficiales del Servicio Exterior prepararán y presentarán informes en conexión con sus deberes de proteger y promover los intereses agrícolas y comerciales americanos y para el propósito de proporcionar información general sobre desarrollos económicos en sus respectivos distritos para los Departamentos de Estado, Agricultura y Comercio, y para otros departamentos y agencias del gobierno, de conformidad con dichas reglas y regulaciones que el secretario de Estado pueda prescribir.

CANCELACIÓN DE REGULACIONES

Las siguientes cláusulas de las Regulaciones del Servicio Exterior de los Estados Unidos quedan por la presente canceladas:

PARTE I

Secciones VIII-13, XI-7, XVI-7, XVI-14 y XVI-17.

PARTE II

Secciones XI-187A, XXVIII-589 a XXVIII-594 incluida, XXVIII-597 a XXVIII-603E incluida, XXVIII-603G, XXVIII-603H, XXVIII-603J a XXVIII-603M incluida.

REVOCACIÓN DE ORDEN EJECUTIVA

La Orden Ejecutiva Número 3987, de 4 de abril de 1924, queda por la presente derogada.

FRANKLIN D. ROOSEVELT

LA CASA BLANCA,

19 de diciembre de 1939

Orden Ejecutiva 8307, 4 FR 4910, 1939 WL 4048 (Pres.)

[1] Franklin D. Roosevelt: «Executive Order 8307 – Amending the Foreign Service Regulations of the United States Chapter XIV Protection and Promotion of American Economic Interests», 19 de diciembre de 1939, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210820.

9. CONFERENCIA DE PRENSA, 26 DE NOVIEMBRE DE 1940[1]

Presidente: Creo que no tengo nada; le he preguntado a Steve [Sr. Early][2] y ha dicho que no tenía nada.

Pregunta: Sr. presidente, ¿nos dirá algo sobre los oficiales de defensa en [los Departamentos de] Guerra y Marina?

Presidente: No tengo mucho que decirles al respecto; tuvimos una buena conversación, pero sin noticias…

Pregunta: ¿Trató con los hombres de defensa sobre la situación general del trabajo?

Presidente: Sólo en general, nada específico.

Pregunta: ¿Puede comentarnos algo sobre su conversación de ayer con el Dr. Prebisch sobre la misión financiera?

Presidente: Simplemente le dije, «¿Qué tal está?» Eso es todo.

Pregunta: ¿Dijo él algo? (Risas)

Presidente: Estuvo tremendamente encantado de verme y yo le correspondí.

Pregunta [Sr. Godwin]: Sr. presidente, estos jóvenes caballeros quieren saber algo sobre el Sr. Dies, la huelga en Vultee[3], los comunistas, los sindicatos, el sabotaje, el programa de defensa, etcétera, etcétera; ¿puedo preguntarle si le preocupa decir algo

sobre estos asuntos que han estado en la prensa pública ayer y hoy? El Sr. Dies[4] le ha telegrafiado.

Presidente: [interrumpiendo] Lo he visto.

Pregunta: ¿Es eso todo, señor? (Risas)

Presidente: No, de hecho, probablemente voy a tener una charla con Martin Dies tan pronto como él vuelva aquí, y por supuesto será una conversación —una mesa redonda— con el Departamento de Justicia y el Departamento de Estado para tratar de encauzar algunas cosas con respecto a asuntos de procedimiento. Está claro, por supuesto, que el Comité de la Cámara tiene todo el derecho del mundo para realizar cualquier investigación, pero el Comité de la Cámara no puede asumir las funciones que el gobierno tiene de acuerdo con la Constitución. En algún sitio por allí hay una línea de demarcación donde la cooperación es sin duda necesaria. Pienso que lo conseguiremos, muy bien.

Pregunta: ¿Puedo hacerle otra pregunta, señor?

Presidente: Sí.

Pregunta: ¿Está usted satisfecho con los informes que el FBI ha preparado, satisfecho con su trabajo?

Presidente: Oh, sí. Verá, hay una cosa que tengo que decir que es extraoficial, sólo como guía, podría decir usted. Hay un montón de cosas, creo, un montón de cosas que llegan de vez en cuando sobre actividades comunistas o sobre la creencia de que algunos individuos podrían sabotear algo de lo que el gobierno está haciendo, información que no es suficiente en un juzgado para solicitar una imputación, pero en la que podría haber peligro. Siempre hay una línea muy delgada cuando te encuentras con gente que es sospechosa con respecto a lo que puedes hacer: si debieras ponerlas bajo vigilancia o simplemente exonerarlas. Es en esos casos donde con la ley actual no puedes obtener una condena.

Cada caso debe determinarse por sus méritos. Déjeme ilustrarlo. Fue sugerido al hablar sobre este asunto no por el Comité Dies, sino por una fuente enteramente externa. ¿Qué es exactamente un comunista? Bien, probablemente hay gente en esta sala que ha firmado peticiones de candidaturas comunistas. Yo no debería sorprenderme. ¿Eso te convierte en comunista?

Bien, supongamos que el Sr. Bill Jones, al fondo de la sala, es sorprendido firmando una petición de candidatura comunista. Lo tenemos en la habitación. Le decimos, «Usted es un comunista». Él dice, «En absoluto, pero creo que de acuerdo con la ley tienen derecho a su lugar en la urna; por tanto, en favor de mi creencia en elecciones libres he firmado su petición. No he votado por el candidato comunista, sino que he firmado para que pueda presentarse a las elecciones.»

No se puede condenar a un hombre por comunista, por haber hecho una cosa de ese tipo. Cada caso debe determinarse por sus méritos. Y es perfectamente absurdo decir que hay 300.000 individuos peligrosos en este país. Me atrevería a decir que algunos me darían sus nombres y los hechos por los cuales yo tendría que separarlos del servicio público o de las industrias de defensa.

No, es una cuestión de administración ordenada. Le daré otro ejemplo. Ha habido casos, como sabe, con gente no solamente sospechosa de actividades subversivas, sino en los que probablemente hemos tenido un caso claro. De acuerdo, pero puede ser recomendable no arrestarlos y dejarlos en cambio en libertad, pues al vigilarlos podemos obtener información de sus conexiones con otra gente. Es un asunto para la discusión, es un asunto para agentes de la autoridad del gobierno. Por supuesto, si aireamos todos estos casos, automáticamente le hacemos un gran daño al orden público. En algunos casos es bueno airearlos, pero no en todos.

Pregunta: Sr. presidente, ¿hay alguna ley o interpretación legal por la que se pueda evitar que en las industrias de defensa entren comunistas?

Presidente: Oh, sí.

Pregunta: ¿Hay una ley?

Presidente: Oh, sí, alegando que su retención en el astillero o en el arsenal de la marina podría ser peligroso.

Pregunta: Me refiero a quienes tienen contratos del gobierno.

Presidente: No hay ninguna ley sobre eso, pero puede llevarse a efecto mediante otro proceso. Tomemos un caso. ¿Qué es una planta que está en las inmediaciones? La factoría Martin en Baltimore a la que miramos, como saben. Supongamos que el inspector del gobierno para los aviones del ejército y de la marina tuviera que escoger cuatro o cinco individuos, comunistas o no, de los que sospechara muy seriamente de algo subversivo, algún tipo de conjura, y que tuviera un caso claro. Podría ir a Glenn Martin [el fundador de la compañía aeronáutica] y decirle: «Escuche, no debería mantener más a esos trabajadores, pues soy inspector del gobierno y mi trabajo es que este contrato se cumpla sin ninguna explosión.» Glenn Martin hace su inspección y si verifica nuestra inspección, a estos individuos se los licencia.

Pregunta: Pero suponga que alguien es simplemente miembro del Partido Comunista y que no hay caso en su contra.

Presidente: Dependerá de cada caso. Podría tratarse de alguien perfectamente inocente del que nunca se sospechara haber matado a una mosca.

Pregunta: Sr. presidente, yo debería entonces pensar que probablemente la cosa más importante en toda esta controversia y discusión es mantener abiertas las fábricas.

Presidente: Eso es cierto: abiertas y sin daños.

Pregunta: Sr. presidente, ¿todas estas observaciones eran extraoficiales?

Presidente: Sí, todas son extraoficiales. Pienso, francamente, que es algo sobre lo que no hay mucho que discutir; no puedo ver que haya una gran controversia sobre este problema.

Pregunta: Sr. presidente, ¿puedo repetir una pregunta que le hice la semana pasada?

Presidente: Sí.

Pregunta: Usted dice que el objetivo es mantener las fábricas abiertas y sin daños. Se ha hablado en Capitol Hill [la sede del Congreso, que es el Parlamento bicameral] en los tres o cuatro últimos días sobre la necesidad de alguna legislación adicional, alguna ley que prevenga las huelgas en las industrias de defensa. ¿Puede decir si como resultado de sus sucesivas conversaciones hay necesidad de nueva maquinaria?

Presidente: Ahora mismo está bajo estudio diario. Por hoy debo decir que no le hemos pedido al Congreso legislación adicional; por hoy.

Pregunta: Señor, la observación que ha hecho sobre mantener las fábricas abiertas y sin daños, ¿es extraoficial?

Presidente: Puede usted usarla.

Pregunta: Sr. presidente, ¿presentó el embajador británico algunas peticiones específicas de ayuda adicional?

Presidente: Lo siento, tendré que decepcionar a muchos periódicos; a ese respecto no se mencionó nada en absoluto, ni una sola cosa, ya fueran barcos o cera para sellar o cualquier otra cosa. (Risas)

Pregunta: Sr. presidente, según lo he entendido, ¿podemos usar lo que ha dicho sobre sentar a la mesa al Sr. Dies?

Presidente: Puede usarlo; de hecho, espero que el Sr. Dies venga este próximo viernes pues, como saben, en algún momento de la semana que viene debería salir. Pero no sé.

Pregunta: ¿Alguna decisión sobre adónde?

Presidente: [interrumpiendo] Ninguna decisión sobre cuándo ni dónde.

Pregunta: Usted ha dicho que los Departamentos de Justicia y de Estado se sentarían a la mesa.

Presidente: Sí.

Pregunta: ¿Significa eso que se hablará sobre las actividades de los agentes consulares?

Presidente: No lo creo.

Pregunta: ¿Podría responder a una pregunta más sobre aviación? Como usted ha señalado con claridad, se ha hablado de reducir —si no parar— la producción de aviones comerciales. Algunas compañías piensan que sería contrario al interés general, que evitaría el desarrollo normal si todo el énfasis se pusiera sobre la producción militar.

Presidente: Creo que una respuesta muy imparcial a esto es que queremos mantener operativa la aviación comercial sobre su base actual; con otras palabras, hasta donde podemos decir, la construcción de nuevas naves comerciales debería continuar —¿qué debo decir?— al nivel de 1940; pero entre aumentar la producción de naves comerciales sobre esa cantidad y sustraerla así del programa militar, el programa militar debe venir primero; no quiero tener que pronunciarme sobre prioridades. Creo que es un asunto

que los productores de estas grandes naves comerciales verán que no necesitan que tengamos que tomarlas en términos de prioridades, y que deben proceder como lo están haciendo, y poner todas las instalaciones aumentadas a disposición de las necesidades militares del país.

Pregunta: Gracias.

Presidente: Eso no quiere decir suprimirlas por completo; significa que no deben incrementarse…

Pregunta: ¿Puede decirnos cuándo verá al Sr. Carmody[5] sobre las vías públicas en el marco de la defensa? Entiendo que él ha preparado algo.

Presidente: No lo he visto. Puedo contarles ahora una historia sobre eso que también podría filtrarse. Me ahorraría algunos problemas si se filtra a muchos congresistas y senadores entre hoy y enero. Ahorraría mucho tiempo aquí. La política general en el próximo presupuesto va a ser reducir hasta los huesos en obras públicas civiles, porque creemos que en el curso de la primavera y el verano el programa de defensa va a usar el mayor número de gente que está sin trabajo, que quieren trabajar y que pueden trabajar; con otras palabras, reducir el número total de desempleados necesitados que pueden trabajar. También, desde un punto de vista financiero, estamos gastando un montón de dinero y debemos concentrarnos tanto como sea posible en la defensa más que en las obras públicas civiles.

Ahora, sobre esas obras públicas civiles vamos a emplear una cantidad de dinero muy pequeña para perfeccionar el proyecto desde el punto de vista de la planificación; con otras palabras, esperamos tener un sobre —una carpeta— para esos proyectos que todo el mundo ha aprobado, incluido el Congreso. Esperamos tenerlos en un grado tal, con todo el trabajo preliminar de ingeniería hecho, que podamos colocar la carpeta en una estantería; entonces, cuando este gran empleo en la defensa finalice —como esperamos

que ocurra algún día— tan pronto como se despida a la gente de las fábricas de municiones, podremos retomar estos proyectos que están planeados y cuya ingeniería está completada, listos para disparar, para sacarlos de la estantería y emplear a la gente que ha estado trabajando en cosas de defensa de nuevo en estas útiles obras públicas que se han aplazado, ocupando de esa forma los puestos vacantes y evitando una seria depresión.

Ésa va a ser la política general y eso significa que vamos a poner tan poco dinero para autopistas como sea posible, solamente lo justo para cumplir las obligaciones asumidas por este anterior Congreso y por el Congreso del año pasado. Los recortes del Congreso de este año y del anterior en nuevas obras en ríos y puertos no están conectados con defensa.

Ahora, ustedes tienen que recordar esto: que si congresistas de una parte de la Bahía de Chesapeake quisieran profundizar tal y tal arroyo desde cuatro a seis pies, para que los barcos de ostras puedan faenar de una manera más cómoda, probablemente recibiríamos todo tipo de instrucciones para probar que se trataba de un asunto vital para la defensa nacional. En casi todo lo que tiene que ver con obras públicas hay gente que trata de vincularlo con la defensa nacional. Sin embargo, estoy tratando de fijar una regla muy estricta: que la defensa nacional significa en realidad defensa nacional, principalmente municiones, y no cosas como las autopistas.

Pregunta: ¿Y ostras?

Presidente: Y ostras.

Pregunta: Sr. presidente, ¿implicaría eso modificar la política que usted presentó hace un año de no poner más obras públicas en la estantería hasta que se hubieran quitado algunas?

Presidente: Oh, voy a rellenar esa estantería sin quitar nada de momento; por ejemplo, espero ahorrar dinero en la cosa en la que usted está interesado, Pete [Sr. Brandt]: la compra de tierras

públicas, parques y bosques, cosas de ese tipo. Éste no es el momento para gastar dinero en ese tipo de proyectos —parques, carreteras, senderos de bosques nacionales— excepto para la prevención de incendios; eso es una cosa diferente.

Pregunta: Lo que tenía en mente era que no hubiera nada en esta política para evitar autorizaciones del Congreso para [obras] futuras…

Presidente: [interrumpiendo] Oh, no, ninguna objeción en absoluto.

Pregunta: Parece que la PWA [Administración de Obras Públicas] está en vías de desaparición, o al menos muy disminuida.

Presidente: Sí y no; estamos aumentando el porcentaje de obras de defensa hechas por la WPA [la Administración del Progreso de las Obras]. Por supuesto, nadie ha estado nunca dispuesto a admitirlo: tenemos, digamos, un millón novecientos mil trabajadores en la WPA; ¿por qué no ha bajado? La razón es que tenemos tres cuartos de millón —quizá un millón— que están en la lista de espera de la WPA. Con otras palabras, hemos tenido que absorber gradualmente a tanta gente como hemos podido del 1.900.000 y a tanta gente como ha sido posible de los 750.000 que están en la lista de espera. Usted no puede hacer que ciertos editores admitan que ese problema existe. Lo han pasado por alto muy cuidadosamente. No se dice la verdad si uno se refiere a un lado de eso sin referirse a la lista de espera también.

Pregunta: He visto algunas cifras sobre una mitad de los trabajadores de la WPA en defensa nacional; ¿entiendo que es su idea aumentar eso en la WPA?

Presidente: Esto es algo que no tendría que decir, es como ilustración. Supongamos que tenemos dos millones y tres cuartos de millón de trabajadores en la WPA o en la lista de espera; y supongamos que lo reducimos en el curso del invierno y de la

primavera hasta tener un millón y medio en total; de ese millón y medio, en lugar de tener trescientos o cuatrocientos mil que están ahora trabajando en cosas de defensa, podríamos tener seiscientos o setecientos mil trabajando en proyectos de defensa, un porcentaje incrementado.

Pregunta: Sr. presidente, ¿la prohibición de autopistas incluye la llamada proposición de autopistas de defensa, como los arcenes de aparcamiento?

Presidente: ¿Arcenes de aparcamiento?

Pregunta: Sí, ampliando el borde, supuestamente para permitir que los civiles aparquen cuando los militares pasan.

Presidente: ¿No querrá usted decir lugares para besuquearse? (Risa prolongada).

Sr. Godwin: ¡Hora de marcharse, creo! (Más risas).

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Press Conference», 26 de noviembre de 1940, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209374.

[2] Stephen Early, tercer secretario de prensa de Franklin D. Roosevelt (1933-1945).

[3] Huelga de doce días en la planta de la Corporación Aeronáutica Vultee, en Downey, California, en demanda de subidas salariales finalizada el 27 de noviembre de 1940 (https://www.nytimes.com/1940/11/27/archives/agreement-ends-the-vultee-strike-airplane-workers-return-to-plant.html).

[4] Martin Dies, congresista demócrata por Texas, había acusado al FBI de «laxitud» al investigar el papel de los «rojos» y los «quintacolumnistas» en

dicha huelga (https://www.thecrimson.com/article/1940/11/25/laboring-for-defense-pten-days-ago).

[5] John M. Carmody, administrador de la Agencia Federal de Obras Públicas. En junio de 1940 el presidente Roosevelt le ancarga un informe sobre el papel estratégico de la red de autopistas en la defensa nacional. El informe, *Highways for the National Defense*, fue presentado el 1 de febrero de 1941 (https://en.wikisource.org/wiki/Highways_for_the_National_Defense).

10. CHARLA JUNTO A LA CHIMENEA, 29 DE DICIEMBRE DE 1940[1]

Amigos:

Ésta no es una charla junto a la chimenea acerca de la guerra. Es una charla acerca de la seguridad nacional, porque la clave del propósito de su presidente es mantenerles ahora, y a sus hijos más adelante, y a sus nietos mucho más adelante, al margen de una guerra a ultranza para preservar la independencia americana y todo lo que la independencia americana significa para ustedes, para mí y para nosotros.

Esta noche, ante la crisis mundial, mi mente retrocede ocho años a una noche en medio de una crisis nacional. Fue un tiempo en el que las ruedas de la industria americana estaban chirriando hasta pararse por completo, en el que todo el sistema bancario de nuestro país había dejado de funcionar.

Recuerdo bien que cuando me senté en mi estudio de la Casa Blanca, preparándome para hablar al pueblo de los Estados Unidos, tenía ante mi vista la imagen de todos esos americanos con quienes he estado hablando[2]. Veía a los trabajadores en los molinos, las minas, las fábricas; a la chica detrás del mostrador, al pequeño tendero, al granjero haciendo su siega de primavera, las viudas y los ancianos preguntándose por los ahorros de sus vidas.

Traté de explicar a la gran masa del pueblo americano lo que la crisis de los bancos significaba en sus vidas diarias.

Esta noche quiero hacer lo mismo, con el mismo pueblo, en esta nueva crisis que afronta América. Hicimos frente al problema de 1933 con coraje y realismo.

Hacemos frente a esta nueva crisis —esta nueva amenaza a la seguridad de nuestra nación— con el mismo coraje y realismo.

Nunca antes desde Jamestown[3] y Plymouth Rock[4] ha estado nuestra civilización americana tan en peligro como ahora.

Porque el 27 de septiembre de este año, 1940, por un acuerdo firmado en Berlín, tres naciones poderosas, dos en Europa y una en Asia, se han unido en la amenaza de que si los Estados Unidos de América interfieren con o bloquean el programa de expansión de estas tres naciones —un programa dirigido a controlar el mundo— se unirían en una acción definitiva contra Estados Unidos.

Los gobernantes nazis de Alemania han dejado claro que no sólo intentan dominar la vida y el pensamiento en su propio país, sino también esclavizar a toda Europa y después usar los recursos de Europa para dominar al resto del mundo.

Fue sólo hace tres semanas que su líder declaró esto: «Hay dos mundos enfrentados entre sí.» Y entonces, en respuesta desafiante a sus opositores, dijo esto: «Otros tienen razón cuando dicen: con este mundo no podemos reconciliarnos […] puedo vencer a cualquier otro poder del mundo.» Eso dijo el líder de los nazis.

En otras palabras, el Eje no admite meramente, sino que el Eje proclama que no puede haber finalmente paz entre su filosofía, su filosofía de gobierno y nuestra filosofía de gobierno.

A la vista de la naturaleza de esta innegable amenaza puede afirmarse, con propiedad y categóricamente, que Estados Unidos no tiene derecho o razón para auspiciar conversaciones de paz mientras no llegue el día en el que haya una clara intención por parte de las naciones agresoras de abandonar todo pensamiento de dominar o conquistar el mundo.

En este momento las fuerzas de los estados coaligados frente a todos los pueblos que viven en libertad están alejadas de nuestras costas. Los alemanes y los italianos están siendo bloqueados al otro lado del Atlántico por los británicos, por los griegos y por miles de soldados y marineros que lograron escapar de países sometidos. En Asia los japoneses están siendo contenidos por la nación china en otra gran defensa. En el Océano Pacífico es nuestra flota.

Algunos de los nuestros quieren creer que las guerras en Europa y en Asia no nos conciernen. Pero es una cuestión de la mayor relevancia para nosotros que quienes hacen la guerra en Europa y Asia no ganen el control de los océanos que llevan a este hemisferio.

Hace ciento diecisiete años nuestro gobierno ideó la Doctrina Monroe como una medida de defensa frente a la amenaza de una alianza en la Europa continental contra este hemisferio. Desde entonces montamos guardia en el Atlántico con los británicos como vecinos. No hubo tratado. No hubo «acuerdo no escrito».

Y, sin embargo, teníamos la impresión, confirmada por la historia, de que como vecinos podíamos resolver cualquier disputa de un modo pacífico. Lo cierto es que durante todo este tiempo el hemisferio occidental ha permanecido libre de agresiones desde Europa o desde Asia.

¿Cree alguien seriamente que necesitamos temer un ataque en cualquier lugar de las Américas mientras una Gran Bretaña libre continúa siendo nuestro vecino naval más poderoso en el Atlántico? ¿Cree alguien seriamente, por otro lado, que podríamos descansar con tranquilidad si las potencias del Eje fueran nuestras vecinas?

Si Gran Bretaña cae, las potencias del Eje controlarán los continentes de Europa, Asia, África, Australasia[5] y alta mar, y estarán en una posición de aprovisionar enormes recursos militares y navales contra este hemisferio. No es exagerado decir que todos nosotros, en todas las Américas, estaríamos viviendo a punta de pistola, una pistola cargada con balas explosivas, tanto económicas como militares.

Entraríamos en una nueva y terrible era en la que el mundo entero, incluido nuestro hemisferio, estaría gobernado por amenazas de fuerza bruta. Para sobrevivir en ese mundo, tendríamos que convertirnos permanentemente en una potencia militarizada basada en una economía de guerra.

Algunos de nosotros queremos creer que incluso si Gran Bretaña cae, seguiremos a salvo, debido a la gran extensión del Atlántico y del Pacífico. Pero la amplitud de esos océanos no es la que era en los días de los barcos clíperes. En un punto entre África y Brasil la

distancia con Washington es menor que entre Washington y Denver, Colorado, cinco horas para el tipo de bombardero más reciente. Y en el extremo norte del Océano Pacífico, América y Asia casi se tocan.

En relación con eso, hoy tenemos aviones que pueden volar desde las Islas Británicas a Nueva Inglaterra y volver sin repostar. Y recuerden que el rango del bombardero moderno aumenta continuamente.

Durante la semana pasada mucha gente de todos los lugares de la nación me ha dicho lo que querían que dijera esta noche. Casi todos han expresado un deseo enérgico de oír la pura verdad sobre la gravedad de la situación. Un telegrama, sin embargo, expresó la actitud de una pequeña minoría que no quiere ver el mal ni oír el mal, incluso aunque sepan en sus corazones que el mal existe. Ese telegrama me pedía que no contara de nuevo la facilidad con la que nuestras ciudades americanas podían ser bombardeadas por cualquier potencia hostil que hubiera ganado bases en este hemisferio occidental. La esencia de ese telegrama era: «Por favor, Sr. presidente, no nos asuste contándonos los hechos.»

Con franqueza y con claridad, se avecina un peligro, un peligro frente al cual debemos prepararnos. Pero sabemos bien que no podemos escapar al peligro, o al miedo al peligro, arrastrándonos hasta la cama tapándonos la cabeza con las colchas.

Algunas naciones en Europa estaban comprometidas por solemnes pactos de no intervención con Alemania. A otras naciones Alemania les había asegurado que no tenían que temer nunca una invasión. Con independencia de que hubiera o no pacto de no intervención, lo cierto es que han sido atacadas, invadidas, lanzadas a una esclavitud moderna en el plazo de una hora, o incluso sin previo aviso. Como un líder exiliado de una de esas naciones me dijo el otro día, «el aviso fue una cifra negativa. Fue dado por mi gobierno dos horas después de que las tropas alemanas se hubieran infiltrado en mi país en un centenar de lugares.»

El destino de estas naciones nos dice lo que significa vivir a punta de pistola nazi.

Los nazis han justificado esas acciones mediante varios fraudes piadosos. Uno de esos fraudes es la aseveración de que están

ocupando una nación con el propósito de «restaurar el orden.» Otro es que están ocupando o controlando una nación con la excusa de que la están «protegiendo» frente a una agresión externa.

Por ejemplo, Alemania ha dicho que estaba ocupando Bélgica para salvar a los belgas de los británicos. ¿Dudaría entonces en decir a cualquier país de Sudamérica, «Lo estamos ocupando para protegerlo frente a una agresión de Estados Unidos»?

Bélgica hoy está siendo usada como una base de invasión frente a Gran Bretaña, que lucha ahora por su vida. Y cualquier país de Sudamérica en manos nazis constituiría siempre una base de ataque alemán sobre cualquiera de las demás repúblicas de este hemisferio.

Analicen por sí mismos el futuro de otros dos lugares incluso más cercanos a Alemania si los nazis ganaran. ¿Podría resistir Irlanda? ¿Se permitiría la libertad irlandesa como una excepción de mascotas en un mundo no libre? ¿O las Islas Azores, en las que desde hace cinco siglos todavía ondea la bandera de Portugal? Ustedes y yo pensamos en Hawái como un puesto avanzado de defensa en el Pacífico. Sin embargo, las Azores están más cerca de nuestras costas en el Atlántico que Hawái en el Pacífico.

Hay quienes dicen que las potencias del Eje nunca desearían atacar al hemisferio occidental. Es la misma forma peligrosa de buenos deseos que ha destruido la capacidad de resistencia de tantos pueblos conquistados. Los hechos crudos son que los nazis han proclamado una y otra vez que todas las demás razas les son inferiores y que están por tanto sometidas a sus órdenes. Y lo más importante de todo, los enormes recursos y la riqueza de este hemisferio americano constituyen el botín más tentador de todo el mundo.

No nos ceguemos más ante el hecho innegable de que las fuerzas del mal, que han aplastado, debilitado y corrompido a tantas otras, están dentro de nuestras fronteras. Su gobierno sabe mucho de ellas y cada día les sonsaca información.

Sus emisarios secretos están activos en nuestro país y en países vecinos. Buscan agitar sospechas y disenso para causar tensiones internas. Tratan de enfrentar a empresarios con trabajadores, y a la inversa. Tratan de despertar enemistades raciales y religiosas

dormidas durante mucho tiempo, que no deberían tener cabida en este país. Están activos en todos los grupos que promueven la intolerancia. Explotan para sus propios fines nuestro rechazo natural a la guerra. Estos cultivadores de problemas sólo tienen un propósito. Es dividir a nuestro pueblo; dividirlo en grupos hostiles y destruir nuestra unidad y destrozar nuestra voluntad para defendernos.

Hay también ciudadanos americanos, muchos en puestos importantes, que, inconscientemente en la mayoría de los casos, están ayudando e instigando el trabajo de estos agentes. No acuso a estos ciudadanos americanos de ser agentes extranjeros, pero los acuso de estar haciendo exactamente el tipo de trabajo que los dictadores quieren que haga Estados Unidos.

Esta gente no sólo cree que podemos salvar el pellejo cerrando los ojos al destino de otras naciones. Algunos van más lejos que eso. Dicen que podemos y debemos hacernos amigos e incluso socios de las potencias del Eje. Algunos incluso sugieren que deberíamos imitar los métodos de las dictaduras. Pero los americanos nunca podremos y nunca lo haremos.

La experiencia de los dos últimos años ha demostrado más allá de toda duda que ninguna nación puede apaciguar a los nazis. Nadie puede domesticar a un tigre en un gatito a latigazos. No puede haber apaciguamiento sin crueldad. No puede haber razonamientos con una bomba incendiaria. Ahora sabemos que una nación puede estar en paz con los nazis sólo al precio de la rendición total.

Incluso el pueblo italiano ha sido forzado a convertirse en cómplice de los nazis; pero en este momento no saben lo pronto que sus aliados los abrazarán hasta morir.

Los apaciguadores americanos ignoran la advertencia que se encuentra en los destinos de Austria, Checoslovaquia, Polonia, Noruega, Bélgica, los Países Bajos, Dinamarca y Francia. Te dicen que las potencias del Eje van a ganar de todas formas; que todo este baño de sangre en el mundo podría ahorrarse; que Estados Unidos podría al menos también arrojar su influencia sobre la balanza de una paz dictada, y sacarle todo el partido que podamos.

Lo llaman una «paz negociada». ¡Es un sinsentido! ¿Es una paz negociada si una banda de forajidos rodea tu comunidad y bajo amenaza de exterminio te hace pagar un tributo para que salves tu propio pellejo?

Esa paz dictada no sería en absoluto paz. Sería solamente otro armisticio, que conduciría a la más gigantesca carrera armamentística y a las más devastadoras guerras de comercio de toda la historia. Y en estas contiendas las Américas ofrecerían la única resistencia real a las potencias del Eje. Con toda su cacareada eficiencia, con todo su desfile de propósitos piadosos en esta guerra, todavía están en su trasfondo el campo de concentración y los siervos de Dios encadenados.

La historia de los años recientes prueba que los disparos y las cadenas y los campos de concentración no son simplemente instrumentos provisionales, sino los auténticos altares de las dictaduras modernas. Pueden hablar de un «nuevo orden» en el mundo, pero lo que tienen en mente es sólo un restablecimiento de la peor y más antigua tiranía. En ella no hay libertad, no hay religión, no hay esperanza.

El «nuevo orden» propuesto es todo lo contrario a los Estados Unidos de Europa o a los Estados Unidos de Asia. No es un gobierno basado en el consentimiento de los gobernados. No es una unión de hombres y mujeres corrientes que se respetan a sí mismos para protegerse y para proteger su libertad y su dignidad de la opresión. Es una alianza profana de poder para dominar y esclavizar a la raza humana.

El pueblo británico y sus aliados están hoy luchando contra esta alianza profana. Nuestra propia seguridad futura depende mucho del resultado de esa lucha. Nuestra capacidad para «mantenernos fuera de la guerra» se va a ver afectada por ese resultado.

Pensando en términos de hoy y de mañana, hago la declaración directa al pueblo americano de que habrá muchas menos posibilidades de que Estados Unidos entre en guerra si ahora hacemos todo lo que podemos para ayudar a las naciones a defenderse frente al ataque del Eje que si consentimos su derrota,

nos sometemos dócilmente a una victoria del Eje y esperamos nuestro turno para ser objeto de ataque en otra guerra posterior.

Si somos completamente honestos con nosotros mismos, debemos admitir que hay riesgo en cualquier curso de acción que tomemos. Pero creo profundamente que la gran mayoría de nuestro pueblo está de acuerdo en que el curso que defiendo es el que implica un menor riesgo ahora y la mayor esperanza para la paz mundial en el futuro.

La gente que se está defendiendo en Europa no nos pide que hagamos su lucha.

Nos piden armamento, aviones, tanques, fusiles, los buques de carga que les permitirán luchar por su libertad y por nuestra seguridad. De manera categórica debemos proporcionarles esas armas, y hacerlo en un volumen suficiente y con suficiente rapidez, de forma que nosotros y nuestros hijos estemos a salvo de la agonía y del sufrimiento de la guerra que otros han tenido que soportar.

No dejemos que los derrotistas nos digan que es demasiado tarde. Nunca será demasiado pronto. Mañana será más tarde que hoy. Algunos hechos son evidentes.

En un sentido militar Gran Bretaña y el Imperio Británico son hoy la punta de lanza en la resistencia frente a la conquista del mundo. Y están manteniendo una lucha que vivirá por siempre en la historia del valor humano.

No ha habido ninguna petición para el envío de una fuerza expedicionaria americana fuera de nuestras fronteras. Ningún miembro del gobierno tiene intención de enviar dicha fuerza. Por tanto, pueden ustedes descartar, descartar cualquier comentario sobre enviar ejércitos a Europa como deliberadamente falso.

Nuestra política nacional no se dirige a la guerra. Su único propósito es mantener la guerra alejada de nuestro país y alejada de nuestro pueblo. La lucha de la democracia contra la conquista del mundo está siendo significativamente ayudada, y debe ser ayudada mucho más, por el rearme de los Estados Unidos y por el envío de cada onza y cada tonelada de municiones y suministros que posiblemente podamos ahorrar para ayudar a los defensores que están en primera línea. Y no es más no-neutral para nosotros hacer

eso que para Suecia, Rusia y otras naciones cerca de Alemania, enviar acero, mineral, petróleo y otros materiales de guerra sobre Alemania cada día de la semana.

Estamos planeando nuestra propia defensa con la mayor urgencia, y en su escala mayor debemos integrar las necesidades de guerra de Gran Bretaña y las demás naciones libres que están resistiendo la agresión.

Esto no es un asunto de sentimientos ni de opiniones personales controvertidas. Es un asunto de política militar realista y práctica, basada en el consejo de nuestros expertos militares que están en estrecho contacto con la guerra. Estos expertos militares y navales y los miembros del Congreso y de la administración tienen un único propósito: la defensa de los Estados Unidos.

Esta nación está haciendo un gran esfuerzo para producir todo lo que se necesita en esta emergencia, y a la mayor velocidad posible. Y este gran esfuerzo requiere un gran sacrificio.

No le pediría a nadie defender una democracia que, a su vez, no defendiera a todo el mundo en la nación frente a la necesidad y la privación. La fortaleza de esta nación no quedará diluida si el gobierno falla en proteger el bienestar económico de sus ciudadanos.

Si nuestra capacidad para producir viene limitada por las máquinas, debe recordarse siempre que estas máquinas operan por la capacidad y la resistencia de los trabajadores. Como el gobierno tiene la determinación de proteger los derechos de los trabajadores, así también la nación tiene el derecho a esperar que quienes se encargan de las máquinas asumirán todas sus responsabilidades ante las necesidades urgentes de la defensa.

El trabajador posee la misma dignidad humana y tiene derecho a la misma seguridad en el trabajo que el ingeniero, el gerente o el dueño, pues los trabajadores proporcionan la capacidad humana que crea los destructores y los aviones y los tanques.

La nación espera que nuestras industrias de defensa continúen funcionando sin interrupción por huelgas o cierres patronales. Espera e insiste en que la dirección y los trabajadores conciliarán sus

diferencias por medios voluntarios o legales para continuar produciendo los suministros que tanto se necesitan.

Y por el lado económico de nuestro gran programa de defensa, estamos, como ustedes saben, concentrando todos los esfuerzos en mantener la estabilidad de precios con la estabilidad del coste de la vida.

Hace nueve años anuncié la puesta en marcha de una organización más eficaz para dirigir nuestros gigantescos esfuerzos para aumentar la producción de municiones. La recaudación de enormes sumas de dinero y una dirección ejecutiva bien coordinada de nuestros esfuerzos de defensa no son suficientes. Fusiles, aviones, barcos y otras muchas cosas tienen que producirse en las fábricas y en los arsenales de América. Tienen que producirse por trabajadores y gerentes e ingenieros con la ayuda de máquinas que, a su vez, tienen que construirse por cientos de miles de trabajadores en todo el país.

En este gran trabajo ha habido una espléndida cooperación entre el gobierno, la industria y los trabajadores, y estoy muy agradecido.

El genio industrial americano, inigualado en todo el mundo para solucionar problemas de producción, ha sido llamado para poner en acción sus recursos y sus talentos. Fabricantes de relojes, de material agrícola, de linotipias y cajas registradoras, de automóviles y máquinas de coser y cortadoras de césped y locomotoras están ahora haciendo espoletas y embalajes de bombas y soportes para telescopios y proyectiles y pistolas y tanques.

Pero todos nuestros esfuerzos actuales no son suficientes. Debemos tener más barcos, más fusiles, más aviones. Más de todo. Y esto puede lograrse solamente si abandonamos la noción de «como de costumbre». Este trabajo no puede hacerse meramente superponiendo a las instalaciones de producción actuales los requisitos añadidos de la nación para la defensa.

Nuestros esfuerzos en defensa no deben bloquearse por quienes temen las consecuencias futuras de un exceso de capacidad productiva. Las consecuencias posibles del fallo de nuestros esfuerzos en defensa ahora hay que temerlos mucho más.

Y cuando las necesidades actuales de nuestra defensa hayan pasado, un tratamiento apropiado de las necesidades del país en tiempos de paz requerirá toda la nueva capacidad productiva, si no más.

Ninguna política pesimista sobre el futuro de América retrasará la expansión inmediata de esas industrias esenciales para la defensa. Las necesitamos.

Quiero dejar claro que el propósito de la nación es construir ahora a la mayor velocidad posible toda la maquinaria, todos los arsenales, todas las fábricas que necesitamos para producir nuestro material de defensa. Tenemos los hombres, la capacidad, la riqueza y, sobre todo, la voluntad.

Tengo la confianza de que, si y cuando la producción de bienes de consumo o de lujo en ciertas industrias requiera del uso de maquinaria y materias primas que son esenciales para los propósitos de la defensa, entonces esa producción debe ceder, y cederá voluntariamente, a nuestro primordial e imperioso propósito.

Por tanto, llamo a los propietarios de fábricas, a los gestores, a los trabajadores, a los empleados de nuestro gobierno a poner cada onza de esfuerzo en producir esas municiones con rapidez y sin restricciones. Con esta llamada me comprometo a que todos los que somos oficiales de su gobierno nos dedicaremos con la misma intensidad a la gran tarea que tenemos por delante.

A medida que se fabriquen los aviones y los barcos y los fusiles y los proyectiles, su gobierno, con sus expertos en defensa, podrá determinar cómo usarlos mejor para defender este hemisferio. La decisión sobre cuánto debe enviarse al extranjero y cuánto debe quedarse en casa debe tomarse sobre la base, sobre todo, de nuestras necesidades militares.

Debemos ser el gran arsenal de la democracia. Para nosotros esto es una emergencia tan seria como la guerra misma. Debemos dedicarnos a nuestra tarea con la misma resolución, el mismo sentido de urgencia, el mismo espíritu de patriotismo y de sacrificio que mostraríamos si estuviéramos en guerra.

Hemos dado a los británicos un gran apoyo material y lo aumentaremos mucho más en el futuro.

No habrá «cuellos de botella» en nuestra determinación de ayudar a Gran Bretaña. Ningún dictador, ninguna combinación de dictadores debilitarán esa determinación mediante amenazas de cómo interpretarán esa determinación.

Los británicos han recibido un valioso apoyo militar del heroico ejército griego y de las fuerzas de todos los gobiernos en el exilio. Su fortaleza está creciendo. Es la fortaleza de hombres y mujeres que valoran su libertad por encima de como valoran sus vidas.

Creo que las potencias del Eje no van a ganar esta guerra. Baso esa creencia en la mejor y más reciente información.

No tenemos excusa para el derrotismo. Tenemos todas las buenas razones para la esperanza: una esperanza de paz, sí, y una esperanza en la defensa de nuestra civilización y en la construcción de una civilización mejor en el futuro.

Tengo la convicción profunda de que el pueblo americano está ahora decidido a hacer un esfuerzo más poderoso del que nunca haya hecho para aumentar nuestra producción de todos los materiales de defensa, para hacer frente a la amenaza a nuestra fe democrática.

Como presidente de los Estados Unidos llamo a ese esfuerzo nacional. Lo hago en nombre de esta nación que amamos y honramos y a la que tenemos el privilegio y el orgullo de servir. Llamo a nuestro pueblo con la absoluta confianza de que nuestra causa común tendrá un gran éxito.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Fireside Chat», 29 de diciembre de 1940, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209416

[2] Primera charla junto a la chimenea (Franklin D. Roosevelt: «Fireside Chat on Banking», 12 de marzo de 1933, ed. online de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/207762), en Franklin D.

Roosevelt: *Discursos políticos del New Deal*, ed. José María Rosales, Tecnos, Madrid, 2019, pp. 47-55.

[3] Masacre india de la Colonia de Virginia en 1622.

[4] Lugar del desembarco de los peregrinos del Mayflower en Massachusetts.

[5] Nota de los editores: La mayor parte de nuestros documentos F. D. Roosevelt que contienen discursos se basan en los volúmenes de sus *Public Papers*, que se basan en textos tal «como se prepararon». Nuestra versión de esta Charla junto a la chimenea del 29 de diciembre de 1940 («Arsenal de la democracia») refleja nuestra edición de ese texto preparado basado en la escucha de una grabación disponible en línea (https://youtu.be/8oI-xc7XbWA?feature=shared). Esto fue sugerido por un usuario al preguntar si FDR realmente usó la palabra «Australasia» en lugar de la palabra «Australia». En realidad, a partir de esta fecha de edición el texto en línea de la Biblioteca FDR de la charla incluye «Australia» y no «Australasia». Sin embargo, en base a nuestra escucha, Australasia es correcto.

11. MENSAJE ANUAL AL CONGRESO, 6 DE ENERO DE 1941[1]

Sr. Presidente, Sr. Portavoz[2], Miembros del 77.º Congreso:

Me dirijo a ustedes, miembros del 77.º Congreso, en un momento sin precedentes en la historia de la Unión. Uso la expresión «sin precedentes» porque en ningún momento anterior ha estado nunca la seguridad americana tan seriamente amenazada desde el exterior como hoy.

Desde la formación permanente de nuestro gobierno bajo la Constitución, en 1789, la mayoría de los períodos de crisis en nuestra historia se han relacionado con asuntos domésticos. Por fortuna, sólo uno de éstos —los cuatro años de Guerra Civil entre los estados[3]— llegó a amenazar nuestra unidad nacional.

Es cierto que antes de 1914 a menudo los Estados Unidos se vieron afectados por acontecimientos en otros continentes. Nos habíamos implicado en dos guerras con naciones europeas y en un número de guerras no declaradas en las Indias Occidentales, en el Mediterráneo y en el Pacífico por el mantenimiento de los derechos americanos y por los principios del comercio pacífico. Pero en ningún caso se había amenazado nuestra seguridad nacional o la continuidad de nuestra independencia.

Lo que intento transmitirles es la verdad histórica de que Estados Unidos ha mantenido siempre una posición clara y definida frente a cualquier intento de encerrarnos tras una antigua muralla china mientras que la procesión de la civilización pasaba. Hoy, pensando en nuestros hijos y en los suyos, nos oponemos a un aislamiento

forzoso para nosotros mismos y para cualquier otra parte de las Américas.

Esa determinación nuestra, extendida a lo largo de todos estos años, se demostró, por ejemplo, durante el cuarto de siglo de guerras que siguieron a la Revolución Francesa.

Mientras que las guerras napoleónicas amenazaron intereses de los Estados Unidos debido al afianzamiento de Francia en las Indias Occidentales y en Luisiana, y mientras que nos implicamos en la Guerra de 1812 para vindicar nuestro derecho al comercio pacífico, está claro, sin embargo, que ni Francia ni Gran Bretaña, ni ninguna otra nación, estaban intentando dominar el mundo.

De modo similar entre 1815 y 1914 —noventa y nueve años— ninguna guerra en Europa o en Asia constituyó una amenaza real contra nuestro futuro o contra el futuro de ninguna otra nación americana.

Excepto en el interludio Maximiliano en México, ninguna potencia extranjera intentó establecerse en este hemisferio, mientras que la fortaleza de la flota británica en el Atlántico ha sido una fortaleza amiga, y lo continúa siendo.

Incluso cuando se desencadenó la guerra mundial en 1914 parecía contener sólo una pequeña amenaza de peligro para nuestro propio futuro americano. Pero, a medida que el tiempo pasaba, el pueblo americano empezó a visualizar lo que la caída de naciones democráticas podría significar para nuestra propia democracia.

No es necesario que exageremos las imperfecciones de la Paz de Versalles. No es necesario insistir en los fallos de las democracias para tratar los problemas de la reconstrucción mundial. Debemos recordar que la paz de 1919 fue mucho menos injusta que el tipo de «pacificación» que se inició incluso antes de Múnich[4], y que se lleva a cabo bajo el nuevo orden de la tiranía que busca hoy extenderse sobre todos los continentes. El pueblo americano de modo inalterable ha plantado cara a esa tiranía.

Cualquier realista sabe que la forma de vida democrática se encuentra en este momento asediada en todo el mundo, asediada por las armas o por la difusión secreta de propaganda venenosa por

quienes buscan destruir la unidad y promover la discordia en las naciones que todavía están en paz.

Durante dieciséis largos meses este asalto ha borrado por completo la pauta de vida democrática en un número terrible de naciones independientes, grandes y pequeñas. Los asaltantes todavía continúan su marcha amenazando a otras naciones grandes y pequeñas.

Por ello, como su presidente, en el desempeño de mi deber constitucional de «dar al Congreso información sobre el estado de la Unión», veo desafortunadamente necesario informar que el futuro y la seguridad de nuestro país y de nuestra democracia dependen de un modo abrumador de acontecimientos muy lejos de nuestras fronteras.

La defensa armada de la existencia democrática se está desarrollando ahora con valentía en cuatro continentes. Si esa defensa fracasa, la población entera y todos los recursos de Europa, Asia, África y Australasia serán dominados por los conquistadores. Recordemos que el total de esas poblaciones y de sus recursos en esos cuatro continentes excede ampliamente muchas veces la suma total de la población y de los recursos de todo el hemisferio occidental.

En tiempos como estos es inmaduro —e incidentalmente falso— para cualquiera alardear de que una América no preparada, sin ayuda de nadie y con una mano atada a la espalda pueda contener al mundo entero.

Ningún americano realista puede esperar de la paz de un dictador generosidad internacional, o el retorno a la verdadera independencia, o el desarme mundial, o la libertad de expresión, o la libertad de credo, o incluso buenos negocios.

Una paz como ésa no nos traería seguridad ni a nosotros ni a nuestros vecinos. «Quienes renuncian a la libertad esencial para comprar un poco de seguridad temporal, no se merecen ni la libertad ni la seguridad.» [Benjamin Franklin.]

Como nación podemos enorgullecernos de ser blandos de corazón, pero no podemos permitirnos ser de cabeza blanda.

Debemos estar siempre precavidos frente a quienes con metal sonoro y un címbalo tintineante predican el «ismo» del apaciguamiento.

Debemos estar precavidos en especial frente a un pequeño grupo de hombres egoístas que les cortarían las alas al águila americana para emplumar sus propios nidos.

Recientemente he señalado lo rápido que el tempo de la guerra moderna puede traernos el ataque físico que finalmente podemos esperar si las naciones dictadoras ganan esta guerra.

Se habla mucho de manera imprecisa sobre nuestra inmunidad frente a una invasión inmediata y directa por el mar. Obviamente, mientras la armada británica retenga su poder, ese peligro no existe. Pero, aunque no estuviera la armada británica, no es probable que ningún enemigo fuera tan estúpido como para atacarnos desembarcando tropas en los Estados Unidos desde miles de millas a través del océano, mientras no hubiera adquirido bases estratégicas desde las que operar.

Pero aprendemos mucho de las lecciones de los pasados años en Europa, en particular la lección de Noruega, cuyos puertos de mar esenciales fueron capturados mediante traición y por sorpresa preparadas durante una serie de años.

La primera fase de la invasión de este hemisferio no consistiría en el desembarco de tropas regulares. Los puntos estratégicos necesarios serían ocupados por agentes secretos y sus víctimas, y un gran número de ellos ya están aquí y en América Latina.

Mientras las naciones agresoras mantengan la ofensiva, ellas —no nosotros— elegirán el momento, el lugar y el método de su ataque.

Por eso el futuro de todas las repúblicas americanas se encuentra hoy en serio peligro.

Por eso este mensaje anual al Congreso es único en nuestra historia.

Por eso cada miembro del ejecutivo y cada miembro del Congreso afronta una gran responsabilidad y rendición de cuentas.

La necesidad del momento es que nuestras acciones y nuestra política deben dedicarse primariamente —casi en exclusiva— a hacer

frente a este peligro extranjero, porque todos nuestros problemas domésticos son ahora parte de una gran emergencia.

Así como nuestra política nacional en asuntos internos se ha basado en un respeto decente de los derechos y la dignidad de todos nuestros semejantes dentro de nuestras puertas, nuestra política nacional en asuntos internacionales se ha basado en un respeto decente de los derechos y la dignidad de todas las naciones, grandes y pequeñas. Y la justicia de la moralidad debe vencer y vencerá al final.

Nuestra política nacional es ésta:

Primero, mediante una impresionante expresión de la voluntad popular y sin partidismos, estamos comprometidos con una defensa nacional completa.

Segundo, mediante una impresionante expresión de la voluntad popular y sin partidismos, estamos comprometidos con un apoyo pleno a todos esos pueblos decididos, en todo el mundo, que están resistiendo la agresión y, por eso, manteniendo la guerra fuera de nuestro hemisferio. Mediante este apoyo expresamos nuestra determinación de que la causa de la democracia prevalecerá, y reforzamos la defensa y la seguridad de nuestra propia nación.

Tercero, mediante una impresionante expresión de la voluntad popular y sin partidismos, estamos comprometidos con la proposición de que los principios de la moralidad y las consideraciones de nuestra propia seguridad no nos permitirán nunca aceptar una paz dictada por agresores y patrocinada por apaciguadores. Sabemos que una paz duradera no puede comprarse al precio de la libertad de otros pueblos.

En las recientes elecciones presidenciales no había diferencias sustanciales entre los dos grandes partidos con respecto a nuestra política nacional. No se discutió ningún asunto fuera de esta línea ante el electorado americano. Hoy es de sobra evidente que los ciudadanos americanos de todo el mundo están pidiendo y apoyando una acción rápida y completa en reconocimiento de un peligro obvio.

Por tanto, la necesidad inmediata es un incremento rápido y enérgico de nuestra producción armamentista.

Los líderes empresariales y laborales han respondido a nuestras convocatorias. Se han fijado objetivos de velocidad. En algunos casos esos objetivos se están alcanzando antes de tiempo; en algunos casos estamos dentro de plazo; en otros casos hay ligeros retrasos que no son serios; y en algunos casos —y siento decir que son casos muy importantes— todos estamos preocupados por la lentitud en el cumplimiento de nuestros planes.

La armada y la marina, sin embargo, han logrado progresos sustanciales durante el año pasado. La experiencia real está mejorando y acelerando nuestros métodos de producción cada día que pasa. Y lo mejor de hoy no será suficientemente bueno mañana.

No estoy satisfecho con los avances logrados hasta ahora. Los hombres que están al cargo del programa representan lo mejor en formación, capacidad y patriotismo. No están satisfechos con los avances logrados hasta ahora. Ninguno de nosotros se quedará satisfecho hasta que el trabajo se haya terminado.

No importa que el objetivo original se haya puesto muy alto o bajo; nuestro objetivo es avanzar más rápido y lograr mejores resultados. Les daré dos ejemplos:

Vamos con retraso en la producción de aviones; estamos trabajando día y noche para resolver numerosos problemas y ponernos al día.

Vamos adelantados en la construcción de barcos de guerra, pero estamos trabajando para adelantar los plazos incluso más.

Cambiar toda una nación desde una base de producción de material de paz a una base de producción de material de guerra no es tarea pequeña. Y la mayor dificultad viene al principio del programa, cuando nuevas herramientas, nuevas plantas industriales, nuevas líneas de ensamblaje y nuevas vías marítimas deben primero construirse antes de que el material actual comience a fluir de manera constante y veloz desde ellas.

El Congreso, por supuesto, debe mantenerse correctamente informado en todo momento sobre el progreso del programa. Sin embargo, hay cierta información, como el propio Congreso fácilmente reconocerá que, en interés de nuestra propia seguridad y

la de las naciones que estamos apoyando, debe permanecer confidencial por necesidad.

Nuevas circunstancias están constantemente generando nuevas necesidades para nuestra seguridad. Pediré a este Congreso que aumente mucho nuevas partidas y autorizaciones para terminar lo que hemos empezado.

Le pido también a este Congreso autorización y fondos suficientes para producir municiones adicionales y material de guerra de muchos tipos, para entregarlos a esas naciones que están ahora en guerra con las naciones agresoras.

Nuestro papel más útil e inmediato es actuar como un arsenal para ellas y también para nosotros. No necesitan recursos humanos, sino miles de millones de dólares para armas de defensa.

Está cercano el momento en el que no podrán pagar por ello en efectivo. No podemos y no les diremos que deben rendirse meramente por su incapacidad actual para pagar por las armas que ahora debemos entregarles.

No recomiendo que les hagamos un préstamo en dólares con el que pagar esas armas, un préstamo para ser devuelto en dólares.

Recomiendo que hagamos posible que esas naciones sigan obteniendo material de guerra en los Estados Unidos, adaptando sus pedidos a nuestro propio programa. Casi todo su material, si llega alguna vez ese momento, sería útil para nuestra propia defensa.

Tomando consejo de las expertas autoridades militares y navales, considerando lo que es mejor para nuestra propia seguridad, somos libres para decidir cuánto debe quedarse aquí y cuánto debe enviarse al extranjero a nuestros amigos que, por su resistencia firme y heroica, nos están dando tiempo para preparar nuestra propia defensa.

Pues lo que enviamos al extranjero se nos pagará en un tiempo razonable tras el fin de las hostilidades, en material similar o, si así queremos, en otros bienes de muchos tipos que podrán producir y que nosotros necesitaremos.

Digámosles a las democracias: «Nosotros, los americanos, estamos vitalmente preocupados por su defensa de la libertad. Estamos disponiendo nuestras energías, nuestros recursos y

nuestros poderes organizativos para darles la fortaleza para recuperar y mantener un mundo libre. Les enviaremos en números crecientes barcos, aviones, tanques, armas. Éste es nuestro propósito y nuestro compromiso.»

En cumplimiento de este propósito no nos dejaremos intimidar por las amenazas de dictadores que considerarán como una violación del derecho internacional o como un acto de guerra nuestra ayuda a las democracias que se atreven a resistir su agresión. Dicha ayuda no es un acto de guerra, incluso aunque un dictador proclamara unilateralmente que lo es.

Cuando los dictadores, si los dictadores, estén dispuestos a hacernos la guerra, no van a esperar a un acto de guerra por nuestra parte. No esperaron a que Noruega o Bélgica cometieran un acto de guerra.

Su único interés es en un nuevo derecho internacional de una vía, que carezca de la reciprocidad en su observancia y, por tanto, se convierta en un instrumento de opresión.

La felicidad de las generaciones futuras de americanos puede bien depender de lo efectiva e inmediata que podamos hacer sentir nuestra ayuda. Nadie puede decir el carácter exacto de las situaciones de emergencia que podemos vernos llamados a afrontar. Las manos de la nación no deben estar atadas cuando la vida de la nación esté en peligro.

Todos debemos prepararnos para hacer los sacrificios que la emergencia —casi tan seria como la guerra misma— requiere. Lo que se interponga a la velocidad y la eficacia en los preparativos de la defensa debe ceder ante la necesidad nacional.

Una nación libre tiene el derecho a esperar una cooperación plena de todos los grupos. Una nación libre tiene el derecho a mirar a los líderes empresariales, laborales y de la agricultura para tomar la iniciativa al estimular el esfuerzo no entre otros grupos, sino dentro de sus propios grupos.

El mejor modo de tratar con los pocos vagos y alborotadores que tenemos es, primero, avergonzándolos mediante el ejemplo patriótico y, si eso falla, usando la soberanía del estado para salvar al estado.

De igual modo que los hombres no viven sólo de pan, no luchan sólo con armas, quienes se ocupan de nuestras defensas y quienes construyen nuestras defensas deben tener la energía y el coraje que emanan de la creencia inquebrantable en el modo de vida que están defendiendo. La poderosa acción que estamos pidiendo no puede basarse en la indiferencia hacia todas las cosas por las que merece la pena luchar.

La nación siente una gran satisfacción y toma una enorme fuerza de las cosas que se han hecho para hacer a su pueblo consciente de su contribución individual en la preservación de la vida democrática en América.

Esas cosas han endurecido el carácter de nuestro pueblo, han renovado su fe y han fortalecido su devoción por las instituciones que nos disponemos a proteger.

Ciertamente para ninguno de nosotros es momento de dejar de pensar en los problemas sociales y económicos que son la causa principal de la revolución social que es hoy un factor supremo en el mundo.

Pues no hay nada misterioso acerca de los fundamentos de una democracia sana y fuerte. Las cosas básicas que nuestro pueblo espera de sus sistemas político y económico son simples. Son:

— Igualdad de oportunidades para los jóvenes y para los demás.
— Puestos de trabajo para quienes pueden trabajar.
— Seguridad para quienes la necesitan.
— El final de privilegios especiales para unos pocos.
— La preservación de las libertades civiles para todos.
— El disfrute de los frutos del progreso científico en un nivel de vida más amplio y en constante subida.

Éstas son las cosas simples, básicas que nunca deben perderse de vista en la agitación y la increíble complejidad de nuestro mundo moderno. La fortaleza interna y duradera de nuestros sistemas económico y político depende del grado en que cumplan estas expectativas.

Muchas cuestiones vinculadas con nuestra economía social piden una mejora inmediata.

Como ejemplos:

Debemos incluir a más ciudadanos bajo la cobertura de las pensiones[5] y del seguro de desempleo.

Debemos ampliar las oportunidades para una asistencia médica adecuada.

Debemos planear un mejor sistema mediante el que las personas que merezcan o necesiten un empleo remunerado puedan obtenerlo.

He pedido sacrificio personal. Estoy seguro de la buena disposición de casi todos los americanos para responder a esa llamada.

Una parte de ese sacrificio significa el pago de más dinero en impuestos. En mi mensaje del presupuesto recomendaré que una parte mayor de este gran programa de defensa se financie con los impuestos que estamos pagando hoy. Nadie debería intentar, o se le debería permitir, enriquecerse con este programa; y el principio de pagos en impuestos de acuerdo con la capacidad para pagar debemos tenerlo constantemente a la vista para guiar nuestra legislación.

Si el Congreso mantiene estos principios, los votantes, poniendo el patriotismo por delante de la billetera, los votantes lo aplaudirán.

En los días futuros, que tratamos de asegurar, esperamos que el mundo se apoye sobre cuatro libertades humanas esenciales.

La primera es la libertad de palabra y expresión, en todo el mundo.

La segunda es la libertad de cada persona de venerar a Dios a su propio modo, en todo el mundo.

La tercera es la libertad frente a la miseria —que traducida a términos mundiales significa acuerdos económicos que asegurarán a cada nación una vida saludable en paz para sus habitantes— en todo el mundo.

La cuarta es la libertad frente al miedo —que traducido a términos mundiales significa una reducción a escala mundial de armamentos hasta tal punto y de un modo exhaustivo que ninguna

nación se encuentre en posición de cometer un acto de agresión física contra ningún vecino— en todo el mundo.

Ésta no es una visión de un milenio distante. Es una base clara para un tipo de mundo alcanzable en nuestro propio tiempo y generación. Ese tipo de mundo es la verdadera antítesis del llamado nuevo orden de la tiranía que los dictadores buscan crear con el impacto de una bomba.

A ese nuevo orden oponemos la concepción mayor de un orden moral. Una buena sociedad es capaz de enfrentarse sin miedo a planes de dominación mundial y también a revoluciones extranjeras.

Desde el inicio de nuestra historia americana nos hemos implicado en el cambio —en una revolución perpetua y pacífica—, una revolución que avanza de modo estable y que se adapta silenciosamente a condiciones cambiantes, sin el campo de concentración y sin la cal viva en la cuneta. El orden mundial que buscamos es la cooperación de países libres que trabajan juntos en una sociedad amigable y civilizada.

Esta nación ha puesto su destino en las manos y en las cabezas y en los corazones de sus millones de hombres y mujeres libres, y su fe en la libertad con la guía de Dios. La libertad significa la primacía de los derechos humanos en todo el mundo. Nuestro apoyo va para quienes luchan para ganar esos derechos o para mantenerlos. Nuestra fortaleza es nuestra unidad de propósito. Para ese elevado concepto no puede haber final excepto la victoria.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Annual Message to the Congress of the United States», 6 de enero de 1941, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/209473

[2] Presidente del Senado y Portavoz de la Cámara.

[3] La Guerra de Secesión, entre 1861 y 1865.

[4] Los Acuerdos de Múnich, de 30 de septiembre de 1938, entre Alemania, Reino Unido, Francia e Italia, dieron el visto bueno a la aspiración de Alemania a anexionarse el territorio de los Sudetes de Checoslovaquia.

[5] *Old-age pensions* en el original.

12. LLAMADA AL EMPERADOR HIROHITO PARA EVITAR LA GUERRA EN EL PACÍFICO, 6 DE DICIEMBRE DE 1941[1]

Hace un siglo el presidente de Estados Unidos dirigió un mensaje al emperador de Japón extendiéndole una oferta de amistad del pueblo americano al pueblo japonés. Esa oferta fue aceptada y en el largo período de paz y amistad no quebradas que ha seguido nuestras respectivas naciones, a través de las virtudes de sus pueblos y de la sabiduría de sus gobernantes, han prosperado y han ayudado de manera sustancial a la humanidad.

Sólo en situaciones de extraordinaria importancia para nuestros dos países necesito dirigirle a Su Majestad mensajes sobre asuntos de estado. Creo que debo ahora dirigirme a usted por la emergencia profunda y de largo alcance que parece estar tomando forma.

Hay desarrollos en el área del Pacífico que amenazan con privar a cada una de nuestras naciones y a toda la humanidad de la influencia beneficiosa de la paz duradera entre nuestros dos países. Esos desarrollos contienen posibilidades trágicas.

El pueblo de los Estados Unidos, creyendo en la paz y en el derecho de las naciones a vivir y a dejar vivir, ha seguido con verdadero interés las conversaciones entre nuestros dos gobiernos durante estos meses pasados. Hemos esperado el cese del conflicto presente entre Japón y China. Hemos esperado que una paz del Pacífico pudiera consumarse de un modo tal que las nacionalidades de pueblos muy diversos pudieran coexistir sin miedo a la invasión; que se les pudiera quitar a todos las cargas insoportables de

armamentos; y que todos los pueblos retomaran el comercio sin discriminación contra o en favor de ninguna nación.

Estoy seguro de que quedará claro a Su Majestad, como lo es para mí, que al buscar estos grandes objetivos tanto Japón como Estados Unidos tendrán que acordar eliminar cualquier forma de amenaza militar. Esto parecía esencial para el logro de objetivos tan elevados.

Hace más de un año el gobierno de Su Majestad cerró un acuerdo con el gobierno de Vichy por el que se permitió a cinco o seis mil soldados japoneses entrar en la Indochina francesa septentrional para la protección de las tropas japoneses que estaban operando contra China más al norte. Y en primavera y verano el gobierno de Vichy permitió a nuevas fuerzas militares japonesas entrar en la Indochina francesa meridional para la defensa común de la Indochina francesa. Creo que tengo razón al decir que no se ha producido ningún ataque sobre Indochina y que ninguno se ha contemplado.

Durante las últimas semanas al mundo le ha quedado claro que fuerzas militares, navales y aéreas japonesas han sido enviadas a la Indochina meridional en tan gran número como para crear una duda razonable en las demás naciones sobre que esta concentración continuada en Indochina no sea de carácter defensivo.

Dado que estas continuas concentraciones en Indochina han alcanzado proporciones tan grandes y ahora se extienden hacia las esquinas sureste y suroeste de la península, resulta razonable que los pueblos de Filipinas, de los cientos de islas de las Indias Orientales, de Malasia y de la propia Tailandia se están preguntando si esas fuerzas de Japón están preparando o intentando un ataque en una o más de una de esas muchas direcciones.

Estoy seguro de que Su Majestad entenderá que el miedo de todos estos pueblos es un miedo legítimo en tanto que afecta a su paz y a su existencia como naciones. Estoy seguro de que Su Majestad entenderá por qué la mayoría del pueblo americano mira con recelo el establecimiento de bases militares, navales y aéreas operadas y equipadas de un modo tan ambicioso como para hacer capaces de ofensiva militar a las fuerzas armadas.

Está claro que la continuidad de una situación tal es impensable.

Ninguno de los pueblos con quienes he hablado puede sentarse de manera indefinida o permanente sobre un barril de dinamita.

Por parte de Estados Unidos no hay el menor atisbo de invadir Indochina si cada soldado o marinero japoneses fueran a ser retirados de allí.

Creo que podemos obtener la misma garantía de los gobiernos de las Indias Orientales, de los gobiernos de Malasia y del gobierno de Tailandia. Incluso asumiría pedir la misma garantía al gobierno de China. Así, una retirada de las fuerzas japonesas en Indochina resultaría en la garantía de paz para toda el área del Pacífico sur.

Me dirijo a Su Majestad en este momento con la ferviente esperanza de que Su Majestad pueda, como estoy haciendo, pensar en esta clara emergencia en vías para disipar los oscuros nubarrones. Tengo la confianza de que ambos, por el bien de los pueblos no sólo de nuestros grandes países, sino por el bien de la humanidad en los territorios vecinos, tenemos un deber sagrado para restaurar la amistad tradicional y prevenir más muertes y destrucción en el mundo.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Appeal to Emperor Hirohito to Avoid War in the Pacific», 6 de diciembre de 1941, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210391

13. PROCLAMACIÓN 2525 – JAPONESES, ENEMIGOS EXTRANJEROS, 7 DE DICIEMBRE DE 1941[1] (Extractos)

Proclamación por el Presidente de los Estados Unidos de América.

AUTORIDAD

Considerando lo que establece la Sección 21 del Título 50 del Código de los Estados Unidos … y *[c]onsiderando* que las Secciones 22, 23 y 24 del Título 50 del Código de los Estados Unidos contemplan más condiciones relativas a enemigos extranjeros:

PROCLAMACIÓN

Ahora, por tanto, yo, Franklin D. Roosevelt, como *Presidente* de los Estados Unidos y como Comandante en Jefe de la Armada y de la Marina de los Estados Unidos, por la presente hago proclamación pública a todos a quienes pueda afectar que se ha perpetrado una invasión sobre el territorio de los Estados Unidos por el Imperio de Japón.

CONDUCTA QUE DEBEN OBSERVAR LOS ENEMIGOS EXTRANJEROS

Y, actuando bajo y en virtud de la autoridad investida en mí por la Constitución de los Estados Unidos y por las citadas secciones del Código de los Estados Unidos, por la presente proclamo y ordeno que la conducta que debe ser observada por parte de los Estados Unidos hacia todos los nativos, ciudadanos, residentes o súbditos del Imperio de Japón mayores de catorce años que se encuentren en los Estados Unidos o en alguno de sus territorios de cualquier modo

sujetos a la jurisdicción de los Estados Unidos y en realidad no naturalizados, quienes por el propósito de esta Proclamación y bajo las citadas secciones del Código de los Estados Unidos son considerados enemigos extranjeros, será como sigue:

Todos los enemigos extranjeros están obligados a mantener la paz hacia los Estados Unidos y abstenerse de delinquir contra la seguridad pública, y de violar las leyes de los Estados Unidos y de sus estados y territorios; y abstenerse de hostilidad real o de dar información, ayuda o cobijo a los enemigos de los Estados Unidos, o interferir mediante palabra o acto en la defensa de los Estados Unidos o en sus procesos políticos y opiniones públicas; y cumplir estrictamente con las regulaciones que por la presente o que cada cierto tiempo puedan ser promulgadas por el presidente.

Todos los enemigos extranjeros podrán ser retenidos, o serles requerida fianza o ser retirados y abandonar los Estados Unidos en la manera prescrita por las Secciones 23 y 24 del Título 50 del Código de los Estados Unidos, y por las regulaciones promulgadas por el presidente.

[…]

Esta proclamación y las regulaciones en ella contenidas se extenderán y aplicarán a todas las tierras y aguas, continentales o insulares, de cualquier modo dentro de la jurisdicción de los Estados Unidos.

En fe de lo cual firmo la presente y hago estampar el sello de los Estados Unidos.

Hecha en la Ciudad de Washington este séptimo día de diciembre en el año de nuestro Señor mil novecientos cuarenta y uno, y en el ciento sesenta y seis de la Independencia de los Estados Unidos.

Firma
FRANKLIN D. ROOSEVELT

Por el Presidente:
CORDELL HULL
Secretario de Estado

[1] Franklin D. Roosevelt: «Proclamation 2525 – Alien Enemies, Japanese», 7 de diciembre de 1941, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/357760. En términos similares se emitieron el 8 de diciembre de 1941 la «Proclamación 2526 – Alemanes, enemigos extranjeros» y la «Proclamación 2527 – Italianos, enemigos extranjeros».

14. DISCURSO AL CONGRESO PIDIENDO UNA DECLARACIÓN DE GUERRA CON JAPÓN, 8 DE DICIEMBRE DE 1941[1]

Sr. Vicepresidente, Sr. Portavoz[2], Miembros del Senado y de la Cámara de Representantes:

Ayer, 7 de diciembre de 1941 —una fecha que vivirá en la infamia— los Estados Unidos de América fueron repentina y deliberadamente atacados por las fuerzas navales y aéreas del Imperio de Japón.

Estados Unidos estaba en paz con esa nación y, a petición de Japón, se encontraba aún en conversaciones con su gobierno y su emperador con la esperanza de mantener la paz en el Pacífico. De hecho, una hora después de que los escuadrones aéreos japoneses hubieran comenzado a bombardear la isla americana de Oahu, el embajador japonés en Estados Unidos y su colega entregaron a nuestro secretario de Estado una respuesta formal a un reciente mensaje americano. Y mientras esta respuesta afirmaba que parecía inútil continuar las negociaciones diplomáticas existentes, no contenía ninguna amenaza o indicio de amenaza de guerra o de ataque armado.

Se hará constar que la distancia a Hawái desde Japón hace obvio que el ataque fue deliberadamente planificado desde hace muchos días o incluso semanas. Entretanto, el gobierno japonés ha intentado engañar deliberadamente a Estados Unidos mediante falsas declaraciones y expresiones de esperanza en una paz duradera.

El ataque de ayer sobre las Islas de Hawái ha causado un daño severo a las fuerzas navales y militares americanas. Lamento decirles que se han perdido muchas, muchas vidas americanas. Además, tenemos información de que buques americanos han sido torpedeados en alta mar entre San Francisco y Honolulú.

Ayer el gobierno japonés lanzó también un ataque contra Malasia.

La noche pasada las fuerzas japonesas atacaron Hong Kong.

La noche pasada las fuerzas japonesas atacaron Guam.

La noche pasada las fuerzas japonesas atacaron las Islas Filipinas.

La noche pasada los japoneses atacaron la Isla de Wake. Y esta mañana los japoneses han atacado la Isla de Midway.

Japón, por tanto, ha perpetrado una ofensiva sorpresa en toda el área del Pacífico. Los hechos de ayer y de hoy hablan por sí mismos. El pueblo de Estados Unidos se ha formado ya su opinión y entiende perfectamente sus implicaciones para la propia vida y la seguridad de nuestra nación.

Como comandante en jefe de la Armada y de la Marina he ordenado que se tomen todas las medidas para nuestra defensa.

Siempre recordará toda nuestra nación el carácter de la agresión en nuestra contra.

No importa cuánto nos pueda llevar superar esta invasión premeditada, el pueblo americano en su justa fuerza llegará hasta la victoria final. Creo que interpreto la voluntad del Congreso y del pueblo al afirmar que no solamente nos vamos a defender a nosotros mismos hasta el extremo, sino que nos aseguraremos de que esta forma de traición nunca más nos ponga en peligro.

Las hostilidades existen. No hay ningún pestañeo ante el hecho de que nuestro pueblo, nuestro territorio y nuestros intereses están en grave peligro.

Con confianza en nuestras fuerzas armadas —con la ilimitada determinación de nuestro pueblo— lograremos el triunfo inevitable. Que Dios nos ayude.

Pido que el Congreso declare que desde el ataque no provocado y cobarde de Japón el domingo 7 de diciembre de 1941, existe un estado de guerra entre los Estados Unidos y el Imperio Japonés.

[1] Franklin D. Roosevelt: «Address to Congress Requesting a Declaration of War with Japan», 8 de diciembre de 1941, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210408

[2] Vicepresidente del Senado y Portavoz de la Cámara.

15. DISCURSO SOBRE EL ESTADO DE LA UNIÓN, 6 DE ENERO DE 1942[1]

En cumplimiento de mi deber de informar sobre el estado de la Unión, me siento orgulloso de decirles que el ánimo del pueblo americano nunca ha estado tan elevado como hoy —la Unión nunca ha estado más fuertemente entrelazada— este país nunca ha estado más profundamente decidido a afrontar las solemnes tareas que tiene ante sí.

La respuesta del pueblo americano ha sido instantánea y se mantendrá hasta que nuestra seguridad quede garantizada.

Hace hoy exactamente un año dije a este congreso: «Cuando los dictadores […] estén dispuestos a hacernos la guerra, no van a esperar a un acto de guerra por nuestra parte […] Ellos —no nosotros— elegirán el momento, el lugar y el método de su ataque.»

Ahora conocemos su elección del momento: una pacífica mañana de domingo, el 7 de diciembre de 1941.

Ahora conocemos su elección del lugar: un enclave americano en el Pacífico.

Ahora conocemos su elección del método: el método del propio Hitler.

El plan japonés de conquista se remonta a medio siglo. No se trataba meramente de una política de buscar espacio para vivir: era un plan que incluía subyugar a todos los pueblos en el Lejano Oriente y en las islas del Pacífico, y dominar ese océano por el control militar y naval japonés de las costas occidentales de América del norte, central y del sur.

El desarrollo de esta conspiración ambiciosa estuvo marcado por la guerra contra China en 1894, la posterior ocupación de Corea, la

guerra contra Rusia en 1904, la fortificación ilegal por mandato de las islas del Pacífico tras 1920, la toma de Manchuria en 1931 y la invasión de China en 1937.

Una política similar de conquista criminal fue adoptada por Italia. Los fascistas revelaron primero sus designios imperiales en Libia y Trípoli. En 1935 tomaron Abisinia. Su objetivo fue la dominación de todo el norte de África, Egipto, partes de Francia y todo el Mediterráneo.

Pero los sueños imperiales de los líderes japoneses y fascistas eran modestos en comparación con las aspiraciones descomunales de Hitler y sus nazis. Incluso antes de que llegaran al poder en 1933 sus planes para esa conquista ya se habían trazado. Esos planes preveían una dominación definitiva no de una sección del mundo, sino de la tierra entera y de todos sus océanos.

Cuando Hitler organizó su alianza Berlín-Roma-Tokio todos esos planes de conquista se convirtieron en un único plan. Bajo éste, además de sus propios planes de conquista, el papel de Japón era obviamente cortar nuestro suministro de armas de guerra a Gran Bretaña, Rusia y China, armas que de un modo creciente hubieran acelerado el día del final de Hitler. El acto de Japón en Pearl Harbor tenía la intención de aturdirnos, de aterrorizarnos en un grado tal que hubiéramos desviado nuestra fortaleza industrial y militar al área del Pacífico, o incluso a nuestra propia defensa continental.

El plan ha fracasado en su propósito. No nos hemos quedado aturdidos. No nos hemos aterrorizado ni confundido. Esta nueva reunión del 77º Congreso hoy es prueba de ello, pues el ánimo de determinación tranquila y sombría que aquí reina es un mal presagio para quienes conspiraron y colaboraron para asesinar la paz mundial.

Admitámoslo, hemos hecho frente a decisiones difíciles. Fue amargo, por ejemplo, no ser capaces de aliviar a los heroicos e históricos defensores de la Isla de Wake. Fue amargo para nosotros no ser capaces de desembarcar un millón de hombres de mil barcos en las islas Filipinas.

Pero esto sólo se añade a nuestra determinación de que las barras y estrellas sobrevolarán de nuevo Wake y Guam. Sí, vean en

eso que el bravo pueblo de las Filipinas se librará del imperialismo japonés y vivirá en libertad, seguridad e independencia.

A su debido tiempo se adoptarán medidas potentes y ofensivas. La consolidación del esfuerzo bélico total de las Naciones Unidas frente a nuestros enemigos comunes se está logrando.

Ése fue y es el propósito de las conferencias que hemos celebrado estas dos semanas pasadas en Washington, Moscú y Chungking. Ése es el objetivo primordial de la declaración de solidaridad firmada en Washington el 1 de enero de 1942 por 26 naciones unidas frente a las potencias del Eje.

Es posible que en los próximos meses tengan que hacerse elecciones difíciles. No nos encogemos ante esas decisiones. Nosotros y nuestros aliados tomaremos esas decisiones con coraje y determinación.

Aquí y en otras capitales se han trazado planes para una acción coordinada y cooperativa de todas las Naciones Unidas[2], acción militar y acción económica. Ya hemos establecido, como ustedes saben, un comando unificado de tierra, mar y fuerzas aéreas en el teatro de guerra del suroeste del Pacífico. Continuarán las conferencias y las consultas entre el personal militar para que los planes y operaciones de cada uno encajen en la estrategia general designada para aplastar al enemigo. No vamos a luchar en guerras aisladas, cada nación la suya propia. Estas veintiséis naciones están unidas no en espíritu y determinación sólo, sino en la conducción amplia de la guerra en todas sus fases.

Por primera vez desde que los japoneses y los fascistas y los nazis iniciaron su curso de conquista bañado en sangre, se enfrentan ahora al hecho de que fuerzas superiores se están uniendo contra ellas. Se han ido para siempre los días en los que los agresores podían atacar y destruir a sus víctimas una a una sin unidad de resistencia. Nosotros como Naciones Unidas dispondremos nuestras fuerzas de forma que podamos atacar al enemigo común donde podamos hacerle el mayor daño.

Los militaristas de Berlín y Tokio empezaron esta guerra, pero las fuerzas en masa y enfurecidas de la humanidad común la

terminarán.

Destruir los centros materiales y espirituales de la civilización. Éste ha sido y es el propósito de Hitler y de sus peones italianos y franceses. Destruirían el poder de la Commonwealth británica, de Rusia y de China y de los Países Bajos, y entonces combinarían todas sus fuerzas para lograr su objetivo final, la conquista de Estados Unidos.

Saben que para nosotros la victoria significa la victoria para la libertad. Saben que para nosotros la victoria significa la victoria para la institución de la democracia: el ideal de la familia, los principios simples de la decencia y la humanidad comunes.

Saben que para nosotros la victoria significa la victoria para la religión. Y no podía tolerarlo. El mundo es demasiado pequeño como para «acomodar» a Hitler y a Dios. En prueba de ello los nazis han anunciado ahora su plan para extender por todo el mundo su nueva religión alemana pagana, un plan por el que la sagrada Biblia y la Cruz de la Misericordia quedarían desplazadas por *Mein Kampf*, la esvástica y la espada desnuda.

Nuestros propios objetivos están claros. El objetivo de destrozar el militarismo impuesto por los señores de la guerra sobre sus pueblos esclavizados, el objetivo de liberar a las naciones sojuzgadas, el objetivo de establecer y de asegurar la libertad de expresión, la libertad de religión, la libertad frente a la miseria, y la libertad frente al miedo en todo el mundo.

No renunciaremos a alcanzar estos objetivos ni nos quedaremos satisfechos con lograrlos y luego detenernos ahí. Sé que hablo por el pueblo americano —y tengo buenas razones para creer que hablo también por los demás pueblos que luchan con nosotros— al decir que en este momento estamos decididos no sólo a ganar la guerra, sino también a asegurar la paz que vendrá después.

Pero ahora sabemos que los métodos modernos de guerra convierten en una tarea no solamente disparar y luchar, sino la todavía más urgente de trabajar y producir.

La victoria requiere de las armas de guerra reales y de medios para transportarlas a los puntos de combate.

Para nosotros y las demás Naciones Unidas no será suficiente con producir un suministro de municiones ligeramente superior al de Alemania, Japón, Italia y las industrias que controlan en los países que han ocupado.

La superioridad de Estados Unidos en municiones y barcos debe ser abrumadora, tan abrumadora que las naciones del Eje nunca puedan igualarla. Y así, para lograr esta superioridad abrumadora Estados Unidos debe fabricar aviones, tanques, armas y barcos hasta el límite de nuestra capacidad nacional. Tenemos la destreza y la capacidad para producir armas no solamente para nuestras propias fuerzas armadas, sino también para los ejércitos, marinas y fuerzas aéreas que combaten a nuestro lado.

Y nuestra superioridad abrumadora en armamento debe ser adecuada para entregar armas de guerra en el momento oportuno en manos de los hombres que en las naciones conquistadas están listos para tomar la primera oportunidad para rebelarse contra sus opresores alemanes y japoneses, y contra los traidores de sus propias filas, ya conocidos por el infame nombre de «colaboracionistas». Y creo que es una profecía justa decir que, cuando les demos armas a los patriotas de esas tierras, también dispararán tiros que se escucharán en todo el mundo.

Nuestra producción nacional debe incrementarse muy por encima de los actuales niveles, incluso aunque eso signifique dislocar las vidas y las ocupaciones de millones de conciudadanos. Debemos alzar la vista a lo largo de las líneas de producción. No dejemos que nadie diga que no se puede hacer. Debe hacerse y nos hemos empeñado en hacerlo.

Acabo de enviar una carta con instrucciones a los departamentos y agencias federales responsables ordenando que se adopten medidas inmediatas:

Primero, para aumentar nuestra cifra de producción de aeroplanos de un modo tan rápido que en este año, 1942, fabriquemos 60.000 aviones, 10.000 más que el objetivo que nos fijamos hace un año y medio. Esto incluye 45.000 aviones de combate: bombarderos, bombarderos de picado, cazas. La cifra del aumento se mantendrá y continuará de forma que el año que viene,

1943, fabricaremos 125.000 aeroplanos, incluyendo 100.000 aviones de combate.

Segundo, para aumentar nuestra cifra de producción de tanques de un modo tan rápido que en este año, 1942, fabriquemos 45.000 tanques, y para continuar ese aumento de forma que el año que viene, 1943, fabricaremos 75.000 tanques.

Tercero, para aumentar nuestra cifra de producción de cañones antiaéreos de un modo tan rápido que en este año, 1942, fabriquemos 20.000, y para continuar ese aumento de forma que el año que viene, 1943, fabricaremos 35.000 cañones antiaéreos.

Y cuarto, para aumentar nuestra cifra de producción de barcos mercantes de un modo tan rápido que en este año, 1942, llegaremos a [una capacidad de] seis millones de toneladas de peso muerto [peso de la carga y pasaje], comparados con 1.1 millones en 1941. Y finalmente, prolongaremos ese aumento de forma que el año siguiente, 1943, construiremos buques por un peso total de diez millones de toneladas.

Estas cifras y cifras similares de una multitud de materiales de guerra les darán a los japoneses y a los nazis una pequeña idea de lo que han conseguido con el ataque a Pearl Harbor.

Y en realidad espero que todas estas cifras que he dado se conviertan en conocimiento común en Alemania y Japón.

Nuestra tarea es dura —nuestra tarea no tiene precedentes— y tenemos poco tiempo. Debemos optimizar al máximo todas las instalaciones que fabrican armamento. Debemos dedicar todas las instalaciones y herramientas disponibles a la producción de guerra. Eso comprende desde las mayores a las más pequeñas plantas, desde la enorme industria del automóvil hasta la ferretería de una ciudad.

La producción de guerra depende de hombres y mujeres, cerebros y manos humanos que de modo colectivo llamamos Trabajo. Nuestros trabajadores están dispuestos a trabajar más horas, a producir más cada día de trabajo, a mantener las fábricas funcionando y las calderas activas veinticuatro horas al día y siete días a la semana. Se hacen cargo de que de la velocidad y la

eficiencia de su trabajo dependen las vidas de sus hijos y de sus hermanos en los frentes de batalla.

La producción de guerra depende de metales y materias primas: acero, cobre, caucho, aluminio, zinc, estaño. Cada vez en mayores cantidades tendrán que dedicarse a los propósitos de la guerra. Su uso civil tendrá que limitarse cada vez más y, en muchos casos, eliminarse por completo.

La guerra cuesta dinero. De momento apenas hemos empezado a pagar por ella. Hemos dedicado solamente el 15 por ciento de nuestro producto interior bruto a la defensa nacional. Como se verá mañana en mi mensaje sobre el presupuesto, nuestro programa de guerra para el próximo año fiscal costará 56 mil millones de dólares o, con otras palabras, más de la mitad de los ingresos anuales que se calculan. Eso significa impuestos y bonos, y bonos e impuestos. Significa cortar con lujos y otros no esenciales. En una palabra, significa una guerra «a por todas» mediante esfuerzo individual y esfuerzo familiar en un país unido.

Sólo esta escala total de producción acelerará la victoria total final. La velocidad cuenta. El terreno perdido puede siempre recuperarse. El tiempo perdido, nunca. La velocidad salvará vidas. La velocidad salvará a esta nación, que se encuentra en peligro. La velocidad salvará nuestra libertad y nuestra civilización. La lentitud nunca ha sido una característica americana.

A medida que Estados Unidos se pone a toda máquina, debemos estar siempre en guardia frente a las concepciones erróneas que surgirán, algunas de forma natural, o que sembrarán entre nosotros nuestros enemigos.

Debemos guardarnos frente a la complacencia. No debemos subestimar al enemigo. Es poderoso y astuto, y cruel e implacable. No se detendrá ante nada que le dé ocasión para matar y para destruir. Ha entrenado a su pueblo para creer que su mayor perfección se logra al hacer la guerra. Durante muchos años se ha preparado para este preciso conflicto: planeando, maquinando, entrenándose, rearmándose y luchando. Nosotros ya hemos probado la derrota. Podemos sufrir nuevos contratiempos. Debemos afrontar

el hecho de que es una guerra dura, una guerra larga, una guerra sangrienta, una guerra costosa.

Debemos, por otro lado, guardarnos frente al derrotismo. Ésa ha sido una de las principales armas de la máquina de propaganda de Hitler, usada una y otra vez con resultados letales. Pero no se usará con éxito contra el pueblo americano.

Debemos guardarnos frente a divisiones entre nosotros mismos y entre las otras Naciones Unidas. Debemos ser particularmente vigilantes frente a la discriminación racial en cualquiera de sus desagradables formas. Hitler tratará de sembrar la desconfianza y la sospecha entre un individuo y otro, entre un grupo y otro, entre una raza y otra, entre un gobierno y otro. Tratará de usar la misma técnica de falsedad y difusión de rumores con la que ha dividido a Francia frente a Gran Bretaña. Está tratando de hacerlo con nosotros incluso ahora. Pero se va a encontrar una unidad de voluntad y propósito contra él que va a perseverar hasta la destrucción de todos sus negros designios sobre la libertad y la seguridad del pueblo del mundo.

No podemos hacer esta guerra con un espíritu defensivo. Cuando nuestro poder y nuestros recursos estén totalmente movilizados, atacaremos al enemigo. Le golpearemos y le golpearemos de nuevo donde y cuando podamos alcanzarlo.

Debemos mantenerlo alejado de nuestras costas, porque intentamos llevar esta batalla a su propio hogar.

Las fuerzas armadas americanas deben usarse en cualquier lugar del mundo en el que parezca aconsejable atacar a las fuerzas del enemigo. En algunos casos estas operaciones serán defensivas, para proteger posiciones clave. En otros casos, las operaciones serán ofensivas, para golpear al enemigo común, con la vista puesta en acorralarlo y finalmente derrotarlo.

Las fuerzas armadas americanas operarán en muchos puntos del Lejano Oriente.

Las fuerzas armadas americanas estarán en todos los océanos, ayudando a proteger las instalaciones esenciales de comunicación que son vitales para los Estados Unidos.

Las fuerzas de tierra, aire y mar americanas se asentarán en las Islas Británicas, que constituyen una fortaleza esencial en esta gran lucha mundial.

Las fuerzas armadas americanas ayudarán a proteger este hemisferio y también ayudarán a proteger las bases fuera del hemisferio que podrían usarse para atacar a las Américas.

Si alguno de nuestros enemigos, de Europa o de Asia, intenta ataques de largo alcance con escuadrones «suicidas» de bombarderos, lo harán sólo con la esperanza de aterrorizar a nuestro pueblo y minar nuestra moral. Nuestro pueblo no tiene miedo de eso. Sabemos que podemos pagar un alto precio por la libertad. Lo pagaremos voluntariamente. Cueste lo que cueste, vale mil veces la pena. No importa lo que nuestros enemigos, en su desesperación, puedan intentar hacernos. Diremos, como el pueblo de Londres ha dicho, «Podemos aceptarlo». Y, lo que es más, podemos devolverlo, y lo devolveremos, a interés compuesto.

Cuando nuestros enemigos retaron a nuestro país a alzarse y luchar, nos retaron a todos y a cada uno de nosotros. Y todos y cada uno de nosotros hemos aceptado el reto, para sí mismo y para su nación.

Fueron solamente unos cuatrocientos marines americanos los que en la heroica e histórica defensa de la Isla de Wake infligieron al enemigo pérdidas enormes. Algunos de esos hombres murieron en combate y otros son ahora prisioneros de guerra. Cuando los supervivientes de aquella gran batalla sean liberados y devueltos a sus hogares, sabrán que ciento treinta millones de sus conciudadanos han tomado en ellos inspiración para aportar su contribución plena de servicio y sacrificio.

Bien podemos decir que nuestros hombres en los frentes de batalla ya han demostrado que los americanos de hoy son tan resistentes y duros como cualquiera de los héroes cuyas hazañas celebramos el cuatro de julio.

Mucha gente se pregunta «¿cuándo terminará esta guerra?». Hay solamente una respuesta a eso. Terminará tan pronto como hagamos que termine, mediante nuestros esfuerzos combinados, nuestra fortaleza y nuestra determinación combinadas para luchar y

trabajar hasta el final, el final del militarismo en Alemania, Italia y Japón. Ciertamente, no nos conformaremos con menos.

Ése es el espíritu que ha guiado las conversaciones durante la visita del primer ministro británico a Washington. El Sr. Churchill y yo nos entendemos, [entendemos] nuestros motivos y nuestros propósitos. Juntos, durante las dos semanas pasadas, hemos examinado detalladamente los principales problemas militares y económicos de esta mayor guerra mundial.

Todos en nuestra nación se han alegrado por la visita del Sr. Churchill. A todos nos ha conmovido profundamente el mensaje que nos ha dirigido. Es bienvenido en nuestra casa y nos unimos al desearle una vuelta segura a su hogar.

Pues ahora estamos luchando en el mismo bando que el pueblo británico, que ha luchado en solitario durante muchos meses terribles y ha contenido al enemigo con fuerza, tenacidad y destreza.

Estamos luchando en el mismo bando que el pueblo ruso, que ha visto a las hordas nazis amontonarse a las puertas mismas de Moscú, y que casi con una voluntad y un coraje sobrehumanos han obligado a los invasores a retroceder.

Estamos luchando en el mismo bando que el valeroso pueblo chino, que durante cuatro largos años y medio ha resistido a las bombas y al hambre y ha repelido una y otra vez a los invasores a pesar de la superioridad japonesa en equipamiento y armas. Sí, estamos luchando en el mismo bando que el indomable pueblo neerlandés. Estamos luchando en el mismo bando que todos los demás gobiernos en el exilio, a los que Hitler y todos sus ejércitos y toda su Gestapo no han sido capaces de conquistar.

Pero nosotros en Estados Unidos no estamos haciendo todo este sacrificio de esfuerzo y vidas humanas para volver al tipo de mundo que teníamos tras el final de la última guerra mundial.

Estamos luchando hoy por la seguridad, por el progreso y por la paz, no sólo para nosotros, sino para todos los hombres, no sólo para una generación, sino para todas las generaciones. Estamos luchando para limpiar el mundo de los males antiguos y de las enfermedades antiguas.

Nuestros enemigos están guiados por un brutal cinismo y por un desprecio pagano de la raza humana. Esto nos inspira una fe que nos lleva a través del tiempo al primer capítulo del libro del Génesis: «Dios creó al hombre a su imagen y semejanza.»

Por nuestra parte aspiramos a estar a la altura de ese legado divino. Estamos luchando, como nuestros padres han luchado, para defender la doctrina de que todos los hombres son iguales a los ojos de Dios. Quienes están en el otro bando aspiran a destruir esta creencia profunda y a crear un mundo a su propia imagen, un mundo de tiranía, crueldad y servidumbre.

Así es el conflicto que día y noche invade nuestras vidas. Ningún compromiso puede acabar con él. Nunca ha habido —y nunca podrá haber— un compromiso exitoso entre el bien y el mal. Sólo una victoria total puede recompensar a quienes defienden la tolerancia, la decencia, la libertad y la fe.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «State of the Union Address», 6 de enero de 1942, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210559

[2] Roosevelt sugirió el uso de la expresión Naciones Unidas en la Declaración de las Naciones Unidas del 1 de enero de 1942, por la que representantes de 26 países acordaron cooperar para hacer frente a las potencias del Eje (https://www.un.org/en/yearbook/article/when-was-term-united-nations-first-used). La Declaración suscribía los principios y objetivos de la Carta Atlántica firmada por Estados Unidos y Gran Bretaña el 14 de agosto de 1941 (https://history.state.gov/milestones/1937-1945/atlantic-conf).

16. CHARLA JUNTO A LA CHIMENEA, 28 DE ABRIL DE 1942[1]

Mis compatriotas:

Hace casi cinco meses que nos atacaron en Pearl Harbor. En los dos años previos al ataque este país se había preparado para un nivel elevado de producción de municiones. Y, sin embargo, nuestros esfuerzos bélicos apenas habían alterado las vidas normales de la mayor parte de nosotros.

Desde entonces hemos enviado fuertes contingentes de tropas de soldados y marines, varios cientos de miles, hacia bases y frentes de batalla a miles de millas de casa. Hemos aumentado nuestra producción bélica en una escala que está poniendo a prueba al máximo nuestra capacidad industrial, nuestro genio de ingeniería y nuestra estructura económica. No nos habíamos hecho ilusiones sobre el hecho de que éste es un trabajo duro, y un trabajo largo.

Los barcos de guerra americanos están ahora en combate en el norte y el sur del Atlántico, en el Ártico, en el Mediterráneo, en el Océano Índico y en el norte y el sur del Pacífico. Las tropas americanas se han estacionado en Sudamérica, Groenlandia, Islandia, las Islas Británicas, Próximo Oriente, Medio Oriente y el Lejano Oriente, el continente de Australia y muchas islas del Pacífico. Los aviones de guerra americanos, pilotados por americanos, se encuentran en misiones de combate en todos los continentes y en todos los océanos.

En el frente europeo el desarrollo más importante del año pasado ha sido sin duda la contundente contraofensiva de los grandes ejércitos de Rusia contra el poderoso ejército alemán. Estas fuerzas

rusas han destruido y están destruyendo más potencia armada de nuestros enemigos —tropas, aviones, tanques y armamento— que todas las demás Naciones Unidas combinadas.

En el área mediterránea la situación se mantiene aparentemente sin grandes cambios, pero está recibiendo una muy cuidadosa atención.

Recientemente hemos recibido noticias de un cambio de gobierno en la que solíamos conocer como la República de Francia —un nombre apreciado por todos los amantes de la libertad— un nombre y una institución que esperamos que pronto recuperen toda su dignidad.

En toda la ocupación nazi de Francia hemos esperado que se mantuviera un gobierno francés que luchara para reconquistar la independencia, para restablecer los principios de «Libertad, Igualdad y Fraternidad», y para recuperar la cultura histórica de Francia. Sin embargo, ahora estamos seriamente preocupados porque quienes han llegado recientemente al poder puedan intentar forzar al valeroso pueblo francés a someterse al despotismo nazi.

Las Naciones Unidas tomarán medidas, si es necesario, para evitar que las potencias del Eje usen territorio francés de cualquier parte del mundo para propósitos militares. El buen pueblo de Francia comprenderá de inmediato que esa medida es esencial para que las Naciones Unidas impidan la ayuda a los ejércitos, armadas y fuerzas aéreas de Alemania, Italia o Japón. La abrumadora mayoría del pueblo francés entiende que la lucha de Estados Unidos es fundamentalmente su lucha, que nuestra victoria significa la recuperación de una Francia libre e independiente, y el rescate de Francia de la esclavitud que le impondrían sus enemigos del exterior y sus traidores dentro.

Ahora sabemos lo que siente de verdad el pueblo francés. Sabemos que una determinación profundamente asentada para obstruir cualquier movimiento en el plan del Eje se extiende desde la Francia ocupada a la Francia de Vichy y de ahí al pueblo de sus colonias en cada océano y en cada continente.

Nuestros aviones están hoy ayudando en la defensa de las colonias francesas, y pronto las fortalezas volantes americanas

estarán luchando por la liberación del propio ensombrecido continente europeo.

En todos los países ocupados hay hombres y mujeres, e incluso niños pequeños, que nunca han dejado de luchar, nunca han dejado de resistir, nunca han dejado de demostrarles a los nazis que su llamado «nuevo orden» nunca se impondrá a pueblos libres.

En los propios pueblos alemán e italiano hay una creciente convicción de que la causa del nazismo y del fascismo no tiene esperanza, que sus líderes políticos y militares los han conducido por la amarga vía que lleva no a la conquista del mundo, sino a la derrota final. No pueden dejar de contrastar los actuales discursos desesperados de esos líderes con sus fanfarronadas arrogantes de hace un año, y de hace dos años.

En el otro lado del mundo, en el Lejano Oriente, hemos pasado por una fase de serias pérdidas.

Hemos perdido inevitablemente el control de una gran parte de las islas Filipinas. Pero nuestra nación entera rinde homenaje a los oficiales filipinos y americanos y a los hombres que resistieron tanto tiempo en la Península de Batán, a esos valerosos luchadores que todavía mantienen Corregidor, donde la bandera ondea, y a las fuerzas que todavía siguen luchando con eficacia frente al enemigo en Mindanao y en otras islas.

La Península Malaya y Singapur están en manos del enemigo, las Indias Orientales Neerlandesas se encuentran casi por completo ocupadas, aunque la resistencia allí continúa. Muchas otras islas están en posesión de los japoneses, pero tenemos buenas razones para creer que su avance hacia el sur se ha controlado. Australia, Nueva Zelanda y otros muchos territorios serán bases para una acción ofensiva, y estamos decididos a que el territorio perdido sea recuperado.

Los japoneses están acelerando su avance hacia el norte contra Birmania con considerable capacidad, dirigiéndose hacia la India y China. Han encontrado la resistencia de valerosas pero pequeñas fuerzas británicas y chinas ayudadas por aviones americanos.

Las noticias en Birmania esta noche no son buenas. Los japoneses pueden cortar la carretera de Birmania, pero quiero decir

al heroico pueblo chino que no importan los avances que puedan hacer los japoneses, pues encontraremos vías para suministrar aviones y municiones de guerra a los ejércitos del Generalísimo Chiang Kai-shek.

Recordamos que el pueblo chino fue el primero en hacer frente y luchar contra los agresores en esta guerra, y en el futuro una China todavía no conquistable jugará su propio papel en el mantenimiento de la paz y de la prosperidad, no sólo en Asia oriental, sino en todo el mundo.

Pues por cada avance que los japoneses han hecho desde que comenzaron su desquiciada carrera de conquista, han tenido que pagar un precio muy alto en barcos de guerra, transportes, aviones y hombres. Están sintiendo los efectos de esas pérdidas.

Incluso se informa desde Japón que alguien ha arrojado bombas sobre Tokio y sobre otros de los principales centros de industrias japonesas de guerra. Si esto es cierto, es la primera vez en la historia que Japón ha sufrido tales indignidades.

Aunque el ataque a traición a Pearl Harbor fue la causa inmediata de nuestra entrada en la guerra, ese acontecimiento encontró al pueblo americano espiritualmente preparado para una guerra a escala mundial. Entramos en esta guerra luchando. Sabemos por lo que luchamos. Comprendemos que la guerra se ha convertido en lo que Hitler proclamada inicialmente, una guerra total.

No todos nosotros podemos tener el privilegio de luchar contra nuestros enemigos en partes lejanas del mundo.

No todos nosotros podemos tener el privilegio de trabajar en una fábrica de municiones o en un astillero, o en granjas, o en yacimientos petrolíferos, o en minas, produciendo las armas o la materia prima que nuestras fuerzas armadas necesitan.

Pero hay un frente y una batalla en los que todo el mundo en los Estados Unidos —cada hombre, mujer y niño— está en acción y tendrá el privilegio de seguir en acción durante esta guerra. Ese frente está justo aquí, en casa, en nuestras vidas diarias y en nuestras tareas cotidianas. Aquí en casa todo el mundo tendrá el privilegio de hacer cualquier acto de abnegación[2] que sea necesario,

no sólo para apoyar a nuestros soldados, sino para mantener la estructura económica de nuestro país fortificada y asegurada durante la guerra y después de la guerra.

Esto requerirá, por supuesto, el abandono no sólo de lujos, sino también de otras muchas comodidades.

Cada americano leal es consciente de su responsabilidad individual. Cada vez que oigo a alguien decir «El pueblo americano es complaciente, hay que despertarlo», pienso en pedirle que venga a Washington a leer el correo que inunda la Casa Blanca y todos los departamentos federales. La única pregunta que se repite en esos miles de cartas y mensajes es: «¿Qué más puedo hacer para ayudar a mi país a ganar esta guerra?»

Construir fábricas, comprar materiales, pagar por el trabajo, proporcionar transporte, equipar, alimentar y alojar a los soldados, marineros y marines, y hacer las miles de cosas necesarias en una guerra, todo eso cuesta mucho dinero, más dinero del que jamás haya gastado ninguna nación en cualquier época de la larga historia del mundo.

Ahora estamos gastando, solamente para fines de guerra, la suma de aproximadamente cien millones de dólares cada día de la semana. Pero antes de que termine este año, esa cifra de gasto casi increíble se duplicará.

Todo este dinero tiene que gastarse —y gastarse rápido— si queremos producir en el tiempo del que ahora disponemos las enormes cantidades de armas que necesitamos. Pero gastar esas tremendas sumas supone un grave peligro de desastre para nuestra economía nacional.

Cuando su gobierno continúe gastando esas sumas sin precedentes para municiones mes a mes y año tras año, ese dinero irá a los bolsillos y cuentas corrientes del pueblo americano. Al mismo tiempo es necesario retirar de su uso civil materias primas y muchos productos manufacturados, y maquinaria y fábricas se están adaptando a la producción de guerra.

Ustedes no tienen que ser profesores de matemáticas o de economía para ver que si la gente con mucho dinero en efectivo

empiezan a apostar unos contra otros por bienes escasos, el precio de esos bienes subirá.

Ayer presenté al Congreso de los Estados Unidos un programa de siete puntos de principios generales que tomados en su conjunto podrían llamarse la política económica nacional para lograr el gran objetivo de mantener a raya el coste de la vida.

Se los repito ahora en esencia:

Primero. Mediante mayores impuestos debemos mantener los beneficios personales y corporativos en un nivel razonablemente bajo.

Segundo. Debemos fijar topes para precios y alquileres.

Tercero. Debemos estabilizar los salarios.

Cuarto. Debemos estabilizar los precios agrícolas.

Quinto. Debemos poner más miles de millones de dólares en bonos de guerra.

Sexto. Debemos racionar todos los bienes esenciales que sean escasos.

Séptimo. Debemos desincentivar la compra a plazos y animar a saldar deudas e hipotecas.

No pienso que sea necesario repetir lo que dije ayer al Congreso al presentar estos principios generales.

Lo importante para recordar es que cada uno de estos puntos depende de los demás para que el programa conjunto funcione.

Alguna gente ya está adoptando la posición de que cada uno de estos puntos es correcto excepto el que choca con sus propios intereses. Unos pocos parecen estar muy dispuestos a aceptar actos de abnegación, pero por parte de sus vecinos. El único curso de acción eficaz es un ataque simultáneo a todos los factores que aumentan el coste de la vida mediante un programa completo e integral que cubra precios, beneficios, salarios, impuestos y deudas.

La cruda realidad es que cada persona en los Estados Unidos se va a ver afectada por este programa. Algunos de ustedes lo serán de forma más directa por una o dos de estas medidas restrictivas, pero todos nos veremos afectados indirectamente por todos los factores.

¿Es usted un hombre de negocios, o tiene acciones en una corporación industrial? Bien, sus beneficios se van a reducir

mediante impuestos a un nivel razonablemente bajo. Sus ingresos van a estar sujetos a mayores retenciones. En realidad, en estos días, cuando todo dólar disponible debería ir al esfuerzo bélico, no creo que ningún ciudadano americano deba tener ingresos netos que excedan de 25.000 dólares al año tras el pago de impuestos.

¿Es usted comerciante minorista, o mayorista, o fabricante o granjero o arrendador? Se han puesto topes a los precios por los que usted puede vender sus productos o alquilar su propiedad.

¿Es usted asalariado? Tendrá que renunciar a subidas salariales en su trabajo mientras dure la guerra.

Todos nosotros estamos acostumbrados a gastar dinero en cosas que queremos, cosas, sin embargo, que no son absolutamente necesarias. Todos tendremos que privarnos de ese tipo de gastos. Porque debemos invertir cada centavo y cada dólar que podamos ahorrar de nuestros ingresos en bonos y sellos de guerra. Porque las exigencias del esfuerzo bélico requieren racionar bienes que no tenemos en abundancia. Porque parar la compra de productos no esenciales liberará a miles de trabajadores que se necesitan para el esfuerzo bélico.

Como dije ayer al Congreso, «sacrificio» no es exactamente la palabra adecuada para describir este programa de abnegación. Cuando al final de esta gran lucha hayamos salvado nuestra vía libre para la vida, no habremos hecho ningún «sacrificio».

El precio para la civilización debe pagarse en duro trabajo, dolor y sangre. El precio no es demasiado alto. Si ustedes lo dudan, pregunten a esos millones que viven hoy bajo la tiranía de hitlerismos.

Pregunten a los trabajadores de Francia y Noruega y de los Países Bajos, azotados a latigazos, si estabilizar los salarios es un «sacrificio» demasiado grande.

Pregunten a los agricultores de Polonia y Dinamarca, de Checoslovaquia y de Francia, saqueados de su ganado, hambrientos mientras les roban de sus tierras sus propias cosechas, pregúntenles si la «paridad» de precios es un «sacrificio» demasiado grande.

Pregunten a los hombres de negocios de Europa, cuyas empresas han sido robadas a sus dueños, si la limitación de beneficios y de

ingresos personales son un «sacrificio» demasiado grande.

Pregunten a las mujeres y niños a quienes Hitler está matando de hambre si el racionamiento de neumáticos, de gasolina y de azúcar es un «sacrificio» demasiado grande.

No tenemos que preguntarles. Ya nos han dado sus respuestas agonizantes.

Este gran esfuerzo bélico debe llevarse hasta su conclusión victoriosa por la voluntad indomable y la determinación del pueblo como un gran todo.

No debe ser impedido por una debilidad de espíritu.

No debe ser impedido por quienes ponen sus propios intereses egoístas por encima de los intereses de la nación.

No debe ser impedido por quienes pervierten la crítica honesta en una falsificación de hechos.

No debe ser impedido por autodenominados expertos en economía o en problemas militares que no saben nada de las cifras reales ni de la propia geografía.

No debe ser impedido por unos pocos falsos patriotas que usan la sagrada libertad de prensa para airear los sentimientos de propagandistas en Tokio y Berlín.

Y, sobre todo, no será puesto en peligro por el puñado de ruidosos traidores —traidores de América y traidores de la propia cristiandad— y potenciales dictadores que en sus corazones y almas han cedido al hitlerismo y harían lo mismo con esta república.

Usaré el poder ejecutivo que tengo para llevar a cabo la política que he presentado. Si es necesario pedir legislación adicional para lograr nuestro objetivo de prevenir una espiral en el coste de la vida, lo haré.

Conozco al agricultor americano, al trabajador americano y al hombre de negocios americano. Sé que aceptarán de buen grado esta economía e igualdad de sacrificio —satisfechos porque es necesario para el motivo más vital y apremiante en todas sus vidas— hasta conseguir la victoria.

Nunca en la memoria del hombre ha habido una guerra en la que el coraje, la resistencia y la lealtad de los civiles haya jugado un papel tan vital.

Muchos cientos de miles de civiles en todo el mundo mueren o son mutilados por la acción del enemigo. En realidad, ha sido la fortaleza del pueblo llano de Gran Bretaña bajo el fuego lo que le ha permitido a la isla resistir y evitar que Hitler ganara la guerra en 1940. Las ruinas de Londres, de Coventry y de otras ciudades son hoy los monumentos más honrosos al heroísmo británico.

Nuestra propia población civil americana se encuentra ahora relativamente a salvo de tales desastres. Y en un grado creciente nuestros soldados, marineros y marines están luchando con gran valor y gran destreza en lejanos frentes para asegurar que sigamos a salvo.

Querría contarles una o dos historias sobre los hombres que tenemos en nuestras fuerzas armadas:

Está, por ejemplo, el Dr. Corydon M. Wassell. Fue misionero, bien conocido por su buena labor en China. Es un hombre sencillo, modesto, está próximo a la jubilación con casi sesenta años, pero ha entrado al servicio de su país y ha recibido el encargo de capitán de corbeta en la marina.

El Dr. Wassell fue destinado en Java a atender oficiales heridos y al personal de las patrulleras Houston y Marblehead, que habían estado en acción en los mares de Java.

Cuando los japoneses avanzaron por la isla, se decidió evacuar a Australia a todos los heridos que fuera posible. Pero doce hombres estaban tan mal heridos que no pudieron ser trasladados. El Dr. Wassell se quedó con ellos, sabiendo que el enemigo lo capturaría. Pero decidió hacer un último y desesperado intento para sacar a los hombres de Java. Le preguntó a cada uno si asumiría el riesgo y todos estuvieron de acuerdo.

Primero tuvo que llevarlos a la costa, a unas cincuenta millas. Para hacerlo, tuvo que improvisar camillas para el peligroso trayecto. Los hombres tenían heridas severas, pero el Dr. Wassell les salvó la vida con su destreza y los animó con su coraje.

Y como decía el informe oficial, el Dr. Wassell fue «casi como un Cristo, como un pastor dedicado a su rebaño».

En la costa los embarcó en un pequeño barco neerlandés. Los bombardearon, oleadas de aviones japoneses los ametrallaron. El Dr.

Wassell asumió el mando efectivo del barco y con gran habilidad evitó que lo destruyeran, ocultándolo en pequeñas bahías y en pequeñas ensenadas.

Días después el Dr. Wassell y su pequeño rebaño de hombres heridos arribaron en Australia sanos y salvos.

Hoy el Dr. Wassell lleva la Cruz de la Marina.

Otra historia se refiere a un barco en lugar de a un hombre.

Puede que ustedes recuerden el trágico hundimiento del submarino U.S.S. Squalus en la costa de Nueva Inglaterra en el verano de 1939. Una parte de la tripulación falleció, pero otra se salvó por la rapidez y la eficacia de la tripulación de rescate en superficie. El propio Squalus fue rescatado con mucho esfuerzo desde el fondo del mar.

Fue reparado y enviado de nuevo en activo y finalmente navegó de nuevo bajo el nuevo nombre de U.S.S. Sailfish. Hoy es una unidad potente y efectiva de nuestra flota submarina en el suroeste del Pacífico.

El Sailfish ha navegado muchos miles de millas en operaciones en esas aguas.

Ha hundido a un destructor japonés.

Ha torpedeado a un patrullero japonés.

Ha torpedeado con dos lanzamientos a un portaaviones japonés.

Tres de los hombres alistados en nuestra marina que se hundieron con el Squalus en 1939 y fueron rescatados están sirviendo hoy en el mismo barco, el U.S.S. Sailfish, en esta guerra.

Me parece que es alentador saber que el Squalus, tras ser dado por perdido, se alzó desde las profundidades para luchar por nuestro país en tiempos peligrosos.

Y una nueva historia que he oído justo esta mañana:

Es una historia de una de nuestras fortalezas volantes del ejército que operan en el Pacífico occidental. El piloto de este avión es un joven modesto, orgulloso de su tripulación por una de las luchas más duras que un bombardero haya experimentado jamás.

El bombardero salió de su base como parte de un vuelo de cinco bombarderos para atacar a aviones japoneses de transporte que estaban desembarcando tropas contra nosotros en las Filipinas.

Cuando estaban a medio camino de su destino uno de los motores de ese bombardero quedó fuera de servicio. El joven piloto perdió el contacto con los otros bombarderos. La tripulación, sin embargo, consiguió que el motor funcionara de nuevo y el avión continuó en solitario con su misión.

Cuando se acercó a su objetivo las otras cuatro fortalezas volantes ya lo habían sobrevolado, habían arrojado sus bombas y habían agitado el avispero de los aviones japoneses «Zero». Dieciocho de estos cazas «Zero» atacaron a una de nuestras fortalezas volantes. A pesar de ese ataque masivo, nuestro avión continuó con su misión y arrojó todas sus bombas sobre seis aviones de transporte japoneses que estaban alineados a lo largo de los muelles.

En su trayecto de regreso se mantuvo durante 75 millas una lucha entre el bombardero y los dieciocho cazas japoneses. Cuatro cazas japoneses atacaban simultáneamente por cada lado. Cuatro fueron abatidos por las ametralladoras laterales. Durante esa lucha murió el operador de radio del bombardero, la mano derecha del ingeniero quedó amputada y un artillero quedó lisiado, quedando sólo un hombre disponible para operar ambas ametralladoras laterales. Aunque herido en una mano, este artillero consiguió operar ambas armas abatiendo otros tres cazas «Zero» japoneses. Mientras esto ocurría uno de los motores del bombardero americano se paró, un tanque de gas fue alcanzado, la radio se cortó y el sistema de oxígeno quedó totalmente destruido. De once cables de control todos menos cuatro fueron abatidos. La rueda trasera de aterrizaje fue volada por completo y las dos ruedas delanteras estaban pinchadas.

La lucha continuó hasta que los cazas japoneses agotaron sus municiones y se dieron la vuelta. Con dos motores fuera de servicio y el avión prácticamente fuera de control, el bombardero americano regresó a su base por la noche e hizo un aterrizaje de emergencia. La misión se había cumplido.

El nombre de ese piloto es capitán Hewitt T. Wheless, del ejército de los Estados Unidos. Viene de un lugar llamado Menard, en Texas,

con una población de 2375 habitantes. Se le ha otorgado la Cruz de Servicio Distinguido. Y espero que esté escuchando.

Estas historias que les he contado no son excepcionales. Son ejemplos típicos de heroísmo y destreza individuales.

Mientras aquí en casa consideramos nuestros propios deberes, nuestras propias responsabilidades, pensemos y pensemos seriamente en el ejemplo que nos dan nuestros hombres de servicio.

Nuestros soldados y marineros son miembros de unidades bien disciplinadas, pero son todavía y siempre serán individuos, individuos libres. Son agricultores, trabajadores, hombres de negocios, profesionales, artistas, oficinistas.

Ellos son los Estados Unidos de América.

Por eso luchan.

Nosotros también somos los Estados Unidos de América.

Por eso debemos trabajar y sacrificarnos.

Es por ellos. Es por nosotros. Es por la victoria.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Fireside Chat», 28 de abril de 1942, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210556

[2] *Self-denial* en el original.

17. CHARLA JUNTO A LA CHIMENEA, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1943[1]

Mis compatriotas:

Había una vez, hace algunos años, una ciudad de nuestro medio oeste que fue amenazada por una inundación destructiva en el gran río. Las aguas habían subido hasta lo alto de las orillas. Se llamó en esa ciudad a cada hombre, mujer y niño a rellenar sacos de arena para proteger sus casas frente a la crecida de las aguas. Durante muchos días y noches la destrucción y la muerte los miraron a la cara.

Como resultado del esfuerzo comunitario sombrío y decidido, esa ciudad todavía existe. Esa gente mantuvo los diques por encima del pico de la inundación. Todos se unieron en la tarea desesperada que había que hacer, hombres de negocios, trabajadores, agricultores, doctores, predicadores, gente de todas las razas.

Para mí esa ciudad es un símbolo vivo de lo que la cooperación comunitaria puede lograr.

Hoy, en el mismo tipo de esfuerzo comunitario, sólo que mucho más grande, las Naciones Unidas y sus pueblos han mantenido los diques de la civilización lo suficientemente altos como para evitar que las inundaciones de la agresión, la barbarie y el asesinato al por mayor nos engullan a todos. La inundación ha estado enfureciéndose durante cuatro años. Al final estamos empezando a vencerla, pero las aguas no han retrocedido lo suficiente como para que relajemos nuestro trabajo sudoroso con los sacos de arena. En esta campaña de bonos de guerra estamos rellenando sacos y colocándolos frente a la inundación, sacos que son esenciales si

queremos resistir el odioso torrente que trata de arrastrarnos a todos.

Hoy se ha anunciado la firma de un armisticio con Italia.

Ésta ha sido una gran victoria para las Naciones Unidas, pero también ha sido una gran victoria para el pueblo italiano. Tras años de guerra, sufrimiento y degradación, el pueblo italiano está llegando por fin al día de la liberación de sus enemigos reales, los nazis.

Pero no nos engañemos pensando que este armisticio significa el final de la guerra en el Mediterráneo. Todavía tenemos que echar a los alemanes de Italia como lo hemos hecho de Túnez y Sicilia; debemos echarlos de Francia y de todos los demás países cautivos; y debemos golpearlos en su propio territorio desde todas las direcciones.

Nuestros objetivos últimos en esta guerra continúan siendo Berlín y Tokio.

Les pido que tengan siempre presentes esos objetivos y que no olviden que todavía nos queda un largo camino para alcanzarlos.

La gran noticia que han oído hoy del general Eisenhower no les da licencia para acomodarse en sus mecedoras y decir, «Bien, eso es todo. Podemos darnos a la fuga. Ya podemos empezar la celebración».

Todavía no ha llegado el momento para celebrar. Y tengo la sospecha de que cuando la guerra termine, no tendremos un estado de ánimo como para celebrar. Pienso que la principal emoción que sentiremos será una de determinación firme de que esto no volverá a pasar.

Durante las semanas pasadas el Sr. Churchill y yo hemos mantenido conversaciones constantes con los líderes de nuestras fuerzas de combate combinadas. Hemos estado en comunicación constante con nuestros aliados rusos y chinos, que están prosiguiendo la guerra con una determinación sin descanso y con éxito destacable en frentes muy distantes. Y el Sr. Churchill y yo estamos juntos en Washington en este momento crucial.

Hemos visto el cumplimiento satisfactorio de los planes hechos en Casablanca el pasado enero y aquí en Washington el pasado mayo.

Y recientemente hemos hecho nuevos y extensos planes para el futuro. Pero en estas conferencias nunca hemos perdido de vista el hecho de que esta guerra crecerá y se endurecerá, más que atenuarse, durante los largos meses que nos esperan.

Esta guerra no para y no debe parar durante un solo instante. Sus soldados lo saben. Esos hombres que avanzan en la jungla frente a japoneses al acecho, que están desembarcando en este momento al amanecer en barcazas en extrañas costas enemigas, que están descendiendo sus bombarderos hasta objetivos a la altura de los tejados, cada uno de esos hombres sabe que esta guerra es un trabajo a tiempo completo que continuará siéndolo hasta lograr la victoria total.

Y, por la misma razón, cada líder responsable en todas las Naciones Unidas sabe que la lucha continúa veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y que cualquier día que se pierda puede tener que pagarse en meses que se añadan a la duración de la guerra.

Cada campaña, cada operación individual en todas las campañas que planeamos y llevamos a cabo debe imaginarse en términos de asombrosos costes materiales. No podemos permitirnos ser miserables con ninguno de nuestros recursos, porque los vamos a necesitar todos para hacer el trabajo que nos hemos echado sobre los hombros.

Sus compatriotas americanos han dado un ejemplo magnífico de sí mismos: en los campos de batalla, en los océanos y en los cielos de todo el mundo.

Ahora depende de ustedes demostrarles que están contribuyendo con su parte e incluso más. No basta simplemente con poner dinero que normalmente ahorraríamos en bonos de guerra. Debemos poner en bonos de guerra dinero que normalmente no ahorraríamos. Sólo entonces habremos hecho todo lo que una buena conciencia pide. Por eso depende de ustedes, los americanos que están en hogares americanos, los hogares por los que justamente nuestros hijos e hijas están trabajando, luchando y muriendo por proteger.

Hablo ahora por cada hombre y mujer a través de las Américas cuando digo que nosotros los americanos no estaremos satisfechos

si enviamos nuestras tropas al fuego enemigo con equipamiento inferior en cualquier sentido. Ni estaremos satisfechos si enviamos nuestras tropas con equipamiento solamente igual al del enemigo. Estamos decididos a proporcionar a nuestras tropas una superioridad abrumadora, una superioridad de cantidad y cualidad en todas y cada una de las categorías de armas y armamentos que puedan posiblemente necesitar.

Y ¿de dónde viene nuestro poder dominante? Porque sólo puede venir de ustedes. El dinero que prestan y el dinero que dan en impuestos compra ese poder de trato con la muerte y que al mismo tiempo salva vidas que necesitamos para la victoria. Ésta es una guerra cara, cara en dinero. Ustedes pueden ayudar a mantener bajo mínimos su coste en vidas.

El pueblo americano nunca dejará de pensar en costes para salvar la civilización. Sabe que nunca podrá haber ninguna justificación económica si se fracasa al salvar la libertad.

Podemos estar seguros de que nuestros enemigos observarán esta campaña con el mayor interés. Saben que el éxito en esta empresa acortará la guerra. Saben que mientras más dinero preste el pueblo americano a su gobierno, más poderosas e implacables serán las fuerzas americanas sobre el terreno. Saben que solamente una América unida y decidida podía posiblemente producir de manera voluntaria una suma tan grande de dinero como quince mil millones de dólares.

El impresionante éxito de la Segunda Campaña para recaudar Créditos de Guerra[2] el pasado abril mostró que el pueblo americano se mantuvo firme apoyando a sus tropas.

Este tercer crédito de guerra, que estamos iniciando esta noche, también tendrá éxito porque el pueblo americano no permitirá que fracase.

No puedo decirles qué cantidad invertir en bonos de guerra durante esta Tercera Campaña para recaudar Créditos de Guerra[3]. Nadie puede decírselo. Depende de ustedes decidirlo de acuerdo con su conciencia.

Diré esto, sin embargo. Dado que las necesidades de la nación son mayores que nunca antes, nuestros sacrificios también deben ser mayores de lo que lo hayan sido nunca antes.

Nadie sabe cuándo llegará la victoria total, pero sabemos que mientras más duro luchemos ahora, más fuerza y poder dirigiremos contra el enemigo ahora, menos durará la guerra y menor será la suma total de sacrificios.

El éxito de la Tercera Campaña para recaudar Créditos de Guerra será el símbolo de que América no propone cruzarse de brazos, de que sabemos lo duro y amargo del trabajo que tenemos por delante y que no pararemos hasta haberlo completado.

¡Ahora es su turno!

Cada dólar que inviertan en la Tercera Campaña para recaudar Créditos de Guerra será su mensaje personal de desafío a nuestros enemigos comunes —a los despiadados salvajes de Alemania y Japón— y será su mensaje personal de fe y buenos deseos a nuestros aliados y a todos los hombres en el frente. ¡Que Dios les bendiga!

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Fireside Chat», 8 de septiembre de 1943, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210898

[2] *Second War Loan Drive*, desarrollada entre el 12 de abril y el 1 de mayo de 1943.

[3] *Third War Loan Drive*, desarrollada entre el 9 de septiembre y el 2 de octubre de 1943.

18. EXTRACTOS DE LA CONFERENCIA DE PRENSA SOBRE EL DÍA-D, 6 DE JUNIO DE 1944[1]

Presidente: (mientras miembros de la plantilla de la Casa Blanca se presentaban) ¡Dios mío! Todo sonrisas, todo sonrisas. ¡Miren a los dos que vienen! (Risas).

Sr. Jonathan Daniels: No parece usted tan solemne, Sr. presidente.

Presidente: No, no estoy solemne, supongo… De acuerdo, traigan a los «lobos» (Risas).

Mr. Early: Ciento ochenta y uno están esperando para entrar. (Los corresponsales entraron y se sentaron alrededor de la mesa del presidente) […].

Presidente: Bien, creo que la de hoy es una conferencia afortunada. Al mirarlos entrar en filas, tienen ustedes las mismas expresiones que los ciudadanos anónimos y silenciosos que se han sentado a este lado de la mesa justo antes que ustedes. ¡Todo sonrisas!

Tengo pocas noticias nuevas que contarles distintas de las que todos ya tienen en sus despachos.

Creo que es correcto usar esto, que todavía no se ha publicado. Ha llegado en un mensaje de Eisenhower sobre el progreso de las operaciones en torno a las doce del mediodía de hoy. Las pérdidas navales americanas han sido dos destructores y un buque de

desembarco de tanques (LST)[2], y las pérdidas en el desembarco aéreo han sido relativamente ligeras, en torno al uno por ciento.

Pregunta: ¿Son las tropas aerotransportadas, señor?

Presidente: Bien, las pérdidas aéreas en su conjunto.

Y, por supuesto, hay muchos informes que están llegando continuamente y que se distribuyen tan pronto como es posible. Creo que los preparativos siguen adelante. Creo que eso es todo lo que tengo aquí. Lo están recibiendo al mismo tiempo que nosotros.

Pregunta: Sr. presidente, ¿cómo ve el progreso de la invasión?

Presidente: Conforme a lo previsto. Y, como dijo el primer ministro, «Eso es un bocado» (Risas).

Pregunta: Sr. presidente, ¿podría ahora decirnos cómo se ha guardado este secreto y cuánta gente «estaba al tanto»?

Presidente: No lo sé. Tendría que preguntarlo a Londres. Aquí éramos relativamente pocos. Cuando digo relativamente pocos quiero decir, por supuesto, que mucha gente en el Departamento de Guerra y en el Departamento de Marina sabían que estábamos enviando contingentes enormes de tropas al otro lado, pero muy poca gente conocía el calendario real.

Pregunta: Me refería a eso.

Presidente: Sí, poca gente.

Pregunta: ¿Pueden contarse con los dedos de su mano, señor?

Presidente: No, no diría eso. Deben haber sido más, pero no muchos más.

Pregunta: Sr. presidente, ¿desde cuándo sabía que ésta era la fecha?

Presidente: Lo he sabido desde —(pausa)— estoy tratando de recordar. Diría que desde [la Conferencia de] Teherán, que fue en diciembre pasado, [supe] que la fecha aproximada sería a finales de mayo o en los primeros días de junio. He sabido la fecha exacta hace solamente unos días.

Y supe la noche pasada, cuando estuve haciendo la emisión sobre Roma, que las tropas ya estaban en los barcos de camino.

Pregunta: Me preguntaba si pudiera explicar qué elementos entraron en consideración desde Teherán que permitieron a los líderes militares elegir una fecha que parecía tan lejana.

Presidente: ¿Ha cruzado usted alguna vez el Canal de la Mancha?

Pregunta: Nunca he cruzado el Canal de la Mancha.

Presidente: Pues tiene mucha suerte.

Pregunta: ¿La marea? Es básicamente una pregunta…

Presidente: (interrumpiendo) La dureza del Canal de la Mancha, que los pasajeros han considerado siempre una de las mayores pruebas de la vida: tener que cruzar el Canal de la Mancha. Y, desde luego, tienen registros [sobre el estado] del viento y del mar en el Canal de la Mancha, y una de las cosas de las más deseables y totalmente esenciales es contar con un tiempo relativamente benigno para embarcaciones pequeñas, como las llamamos, para acercar a la gente a la playa. Y ese tiempo no empieza mucho antes de mayo.

Pregunta: Bien, señor, ¿ha sido el tiempo el factor para retrasarlo desde finales de mayo a la primera semana de junio?

Presidente: Sí, sí. Una vez que se fijó la fecha de junio, solamente se ha retrasado un día.

Pregunta: Sr. presidente, ¿se programó para después de la caída de Roma?

Presidente: No, porque no sabíamos cuándo iba a ocurrir la caída de Roma.

Pregunta: Sr. presidente, ¿ha dicho que se retrasó solamente un día después de la fecha?

Presidente: Sí, sí.

Pregunta: ¿Fue de nuevo debido al tiempo?

Presidente: Sí, en efecto, pero, por supuesto, todos ustedes han visto —y verán cada vez más— las razones por las que, a petición de políticos y otros, no dispusimos un segundo frente hace un año, cuando empezaron a clamar por ello. Su petición de un segundo frente inmediato el año pasado me recuerda mucho a la de un famoso editor y estadista que dijo hace años, antes de que la mayoría de ustedes hubiera nacido, durante la administración Wilson, «no estoy preocupado por la defensa de América. Si nos amenazan, un millón de hombres se alzarán en armas de la noche a la mañana». Entonces alguien replicó, «¿Qué tipo de armas? ¿Si no se puede armarlos, entonces qué sentido tiene que se alcen en armas para algo que "no está" ahí?».

Bien, se verá que los preparativos para esta operación particular eran mucho mayores y mucho más difíciles de lo que nadie excepto los militares podían posiblemente calcular de antemano. Lo hemos hecho tan rápido como ha sido posible. La cosa surgió —desde luego entra dentro de la estrategia general y más elevada de la guerra— oh, la primera vez que tuvimos una conferencia de los estados mayores combinados, que fue en el pasado diciembre de 1941 y a primeros de enero de 1942. Porque abordamos la cuestión de un segundo frente y desde luego lo hicimos. Y entretanto la hemos

estado tratando en cada conferencia. Pero había tantas cosas que hacer, y tan poco en términos de tropas entrenadas y de municiones para hacerlo, que tuvimos que esperar a la primera oportunidad que encontramos. Bien, esta operación se remonta a diciembre de 1941 y llegó a su punto crítico —la decisión final— en el Cairo y Teherán. Pienso que es seguro decirlo.

Pregunta: Sr. presidente, ¿no ha habido otro factor que en los últimos seis meses le haya dado ocasión para doblar la fuerza de invasión?

Presidente: Odiaría decirlo de manera categórica, porque no tengo las cifras exactas, pero, desde luego, eso ha marcado una gran diferencia. Sabemos que ha supuesto que muchas más divisiones, y mucho más de todo, especialmente lanchas de desembarco, se hayan hecho posible. No podríamos haberlo hecho hace seis meses, porque no teníamos suficientes lanchas de desembarco.

Pregunta: Sr. presidente, en Teherán usted abordó este asunto y, como sabe, hubo continuos gritos pidiendo un segundo frente. ¿Puede decir si el mariscal Stalin estaba o no al tanto de lo que estaba pasando? El mariscal Stalin, por ejemplo, estaba pidiendo un segundo frente.

Presidente: No después de Teherán.

Pregunta: ¿Lo entendió completamente?

Presidente: Desde luego. La mente del Sr. Stalin se aclaró por completo en Teherán, cuando entendió el problema de cruzar el Canal, y cuando llegó ese momento particular y se acordó en Teherán, quedó totalmente satisfecho.

Pregunta: Sr. presidente, cuando usted dijo que la fecha de una manera aproximada se acordó en Teherán, ¿se acordó al mismo tiempo el punto de ataque?

Presidente: Oh, no. Oh, no.

Pregunta: ¿Cuándo se concretó?

Presidente: Eso es un asunto que fue, bien, no puedo decirle la fecha exacta, pues estuvo siempre abierta a cambios. En otras palabras, pueden haber sido media docena de sitios diferentes.

Pregunta: ¿Fue eso un asunto de estrategia?

Presidente: Un asunto de estrategia, sí.

Pregunta: Sr. presidente, ¿puede haber todavía media docena de sitios diferentes?

Presidente: Caramba, ¡qué pregunta tan horrible! Sabe que todas son impropias, muy impropias. (Risas.)

Pregunta: Sr. presidente, sobre la fecha y el punto de ataque entonces, si lo he entendido, ¿todo eso se le dejó al alto mando?

Presidente: Sí, en efecto.

Pregunta: ¿Y se decidió hace relativamente poco?

Presidente: Lo decidió el general Eisenhower.

Pregunta: ¿Relativamente poco?

Presidente: Sí, en efecto. Como sabe, desde España a Noruega la costa es muy larga.

Pregunta: Sr. presidente, ¿ha habido informes sobre la cooperación de la resistencia francesa en la invasión de…?

Presidente: (interrumpiendo) ¿Con la resistencia francesa? No.

Pregunta: ¿Nada todavía?

Presidente: Todavía nada.

Pregunta: (interrumpiendo) Sr. presidente.

Presidente: (continuando) Parece probable —no me cite de ninguna forma sobre esto— pero en un área donde la lucha continúa, es probable que haya pocos civiles en esa área. Sabemos, por ejemplo, que los alemanes han estado desplazando a la población francesa cada vez más hacia atrás. En cada ocasión que han tenido, la han desplazado. Por eso no se puede obtener cooperación de las piedras y de la tierra. No creo que quede mucha gente allí, me refiero a franceses.

Pregunta: ¿Es eso información no oficial, Sr. presidente?

Presidente: No, mientras no me la atribuyan a mí…

Pregunta: Sr. presidente, algunos informes que han llegado sobre el progreso de las operaciones decían que se había cogido por sorpresa táctica a los alemanes.

Presidente: No lo sé, no lo sé. Con total franqueza, no tengo ni idea.

Pregunta: Conocían la hora y la marea, ¿no, Sr. presidente?

Presidente: Deben haber sabido si estaba lloviendo o no. (Risas.)

Pregunta: Sr. presidente, ¿puede decirnos algo sobre el impacto de esta invasión en el frente de casa, sobre la población aquí?

Presidente: No. Todo se ha producido a través del océano. No he oído nada excepto que todo el país está tremendamente emocionado, y sobre eso diría que creo que es una emoción muy razonable, pero que espero mucho que no haya demasiado exceso de confianza, pues el exceso de confianza destruye el esfuerzo bélico.

Hace algún tiempo llegó un paisano al que conozco desde hace tiempo —cerca de casa— y había llegado —oh, esto fue hace varios meses, cuando tomamos Sicilia— y había tenido un trabajo muy bueno en la costa del Pacífico. No sé lo que era, un soldador o algo así.

Le dije, «¿Qué está haciendo de vuelta a casa?».

«Oh,» dijo, «la guerra ha terminado. Voy a tratar de conseguir un trabajo permanente antes de que todo el mundo deje de trabajar en las municiones».

Simplemente se marchó, dejó su trabajo —y era un buen hombre, era un trabajador de las municiones— porque cuando tomamos Sicilia se dijo a sí mismo que la guerra había terminado.

Pues bien, éste es el tipo de cosas que tenemos que evitar en este país. De ningún modo la guerra ha terminado. Esta operación no ha terminado. Simplemente no se desembarca en una playa y se camina —si desembarcas con éxito sin romperte una pierna— y se camina hasta Berlín. Y mientras antes el país lo entienda, mejor. De nuevo, una cuestión de aprender un poco de geografía.

Pregunta: Sr. presidente, ¿podría decirnos algo de sus esperanzas para el futuro en este gran día?

Presidente: Bien, ustedes saben lo que es, es ganar la guerra y ganarla al cien por cien.

Pregunta: Una última pregunta, Sr. presidente. ¿Qué tal se encuentra?

Presidente: Me encuentro bien. Con un poco de sueño. (Risas.)

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Excerpts from the Press Conference on D-Day», 6 de junio de 1944, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210818

[2] Landing ship tank (LST).

19. CHARLA JUNTO A LA CHIMENEA, 12 DE JUNIO DE 1944[1]

Todos nuestros combatientes en el extranjero tienen sus bases asignadas en lejanos frentes de batalla en el mundo. Nosotros en casa tenemos los nuestros también. Necesitamos y estamos orgullosos de nuestros combatientes, sin duda. Pero en los inquietantes tiempos que se avecinan, no olvidemos que también los necesitamos.

Casi ni que decir tiene que debemos continuar forjando las armas de la victoria, los cientos de miles de materiales, grandes y pequeños, esenciales para hacer la guerra. Ésta ha sido la mayor tarea desde el mismo inicio, y lo continúa siendo. Éste es precisamente el peor momento para que cualquier trabajador de la guerra deje su máquina o busque un trabajo para tiempo de paz.

Y casi ni que decir tiene, también, que debemos continuar proporcionando al estado los fondos necesarios para hacer la guerra no sólo pagando impuestos —que es, después de todo, una obligación por tener la ciudadanía americana—, sino también comprando bonos de guerra, un acto de libre elección que cada ciudadano tiene que hacer por sí mismo bajo la guía de su propia conciencia.

Cualquier cosa que cualquiera de nosotros pueda estar haciendo, la compra de bonos y sellos de guerra es algo que todos nosotros podemos hacer y debemos hacer para ayudar a ganar la guerra.

Estoy feliz por informar esta noche que eso es algo que casi todo el mundo parece estar haciendo. Aunque hay aproximadamente sesenta y siete millones de personas que tienen o ganan alguna forma de ingreso, ochenta y un millones de personas o sus hijos han

comprado ya bonos de guerra. Han comprado más de seiscientos millones de bonos individuales. Sus compras totales suponen más de treinta y dos mil millones de dólares. Se trata de compras individuales de hombres, mujeres y niños. Alguien que hubiera dicho hace algunos años que esto sería posible, hubiera sido tachado de visionario con ojos brillantes. Pero de tales visiones está hecha la materia de América.

Desde luego, siempre hay pesimistas entre nosotros en todas partes, unos pocos aquí, otros pocos allá. Me acuerdo del hecho de que, tras la caída de Francia en 1940, pedí al Congreso más dinero para que Estados Unidos fabricara cincuenta mil aviones al año. Bien, me llamaron loco, se dijo que la cifra era descabellada, que no podría lograrse. Y, sin embargo, hoy fabricamos aviones en una cifra de cien mil al año.

Hay una conexión directa entre los bonos que ustedes han comprado y la corriente de hombres y equipamiento que ahora se dirigen por el Canal de la Mancha para la liberación de Europa. Hoy hay una conexión directa entre sus bonos y cada parte de esta guerra global.

Por tanto, esta noche, al inaugurar esta Quinta Campaña para recaudar Préstamos de Guerra[2], conviene que adoptemos una visión amplia sobre el panorama de la guerra mundial, pues el éxito o el fracaso de la campaña va a tener mucho que ver con la velocidad a la que podamos lograr la victoria y la paz.

Mientras que sé que el principal interés de esta noche está centrado en el Canal de la Mancha y en las playas, granjas y ciudades de Normandía, no deberíamos perder de vista el hecho de que nuestras fuerzas armadas están implicadas en otros frentes de batalla por todo el mundo, y que ningún frente puede considerarse de forma aislada sin su propia relación con todos los demás.

Merece la pena, por tanto, hacer comparaciones de conjunto con el pasado. Comparemos hoy con hace justamente dos años, junio de 1942. En ese momento Alemania controlaba prácticamente toda Europa y estaba desplazando de manera ininterrumpida a los rusos hacia los montes Urales. Alemania tenía el control prácticamente del

norte de África y del Mediterráneo, y estaba golpeando a las puertas del Canal de Suez y la ruta de la India. Italia era todavía un factor militar y de suministro importante, como las largas campañas posteriores han probado.

Japón controlaba las islas Aleutianas occidentales y en el Pacífico sur estaba llamando a las puertas de Australia y Nueva Zelanda, y también estaba amenazando a la India. Japón había tomado el control de casi todo el Pacífico central.

Las fuerzas armadas americanas en tierra, aire y mar estaban todavía muy claramente a la defensiva y en fase de construcción. Nuestros aliados soportaban el calor y la crudeza del ataque.

En 1942 Washington dio un suspiro de alivio porque el pueblo americano había desbordado felizmente la primera emisión de bonos de guerra. Mirando hacia atrás a aquellos días, hace dos años, América oía todavía a muchos «estrategas aficionados» y críticos políticos, algunos de los cuales beneficiaban más a Hitler que a Estados Unidos, hace dos años.

Pero hoy estamos a la ofensiva en todo el mundo, atacando a nuestros enemigos.

En el Pacífico, mediante continuos ataques submarinos y navales, y golpes anfibios, y crecientes ataques aéreos, les hemos quitado a los japoneses la capacidad de controlar el ímpetu de nuestras fuerzas militares, cada vez mayores y en continuo avance. Hemos reducido la capacidad de envío de los japoneses en más de tres millones de toneladas. Hemos superado su ventaja inicial en el aire. Hemos cortado la vuelta a casa de decenas de miles de tropas japonesas asediadas que ahora se enfrentan a morir de hambre o a su rendición final. Y hemos cortado su fortaleza naval de forma que durante muchos meses han evitado todo riesgo de enfrentarse a nuestras fuerzas navales.

Es cierto que todavía nos queda un largo camino para llegar a Tokio, pero al llevar a cabo nuestra estrategia original de eliminar primero a nuestros enemigos europeos y después dirigir toda nuestra fuerza al Pacífico, podemos forzar a los japoneses a una rendición incondicional o al suicidio nacional mucho más rápido de lo que se había pensado posible.

Volviendo ahora a nuestro enemigo que está primero en la lista para la destrucción —Alemania tiene su espalda contra la pared— ¡de hecho, tres paredes a la vez!

En el sur hemos quebrado el dominio alemán sobre Italia central. El 4 de junio Roma ha caído ante los ejércitos aliados. Y sin darle tregua al enemigo, los aliados están ahora pisándoles duro los talones a los alemanes al retirarse hacia el norte en medio de una creciente confusión.

En el este nuestros valerosos aliados soviéticos están haciendo retroceder al enemigo en las tierras que habían invadido hace tres años. Los grandes ejércitos soviéticos están dando ahora golpes demoledores.

Por el aire numerosas flotas aliadas de bombarderos y cazas han estado librando una amarga guerra aérea sobre Alemania y Europa occidental. Han tenido dos objetivos principales: destruir la industria bélica alemana que mantiene a los ejércitos y fuerzas aéreas alemanas; y borrar del aire a la Luftwaffe alemana. Como resultado la producción alemana se ha ido recortando continuamente y las fuerzas de ataque alemanas tienen ahora solamente una fracción de su poder anterior.

Esta gran campaña aérea, estratégica y táctica, va a continuar, con una capacidad creciente.

Y en el oeste, el martillazo que golpeó la costa francesa el martes pasado por la mañana, hace menos de una semana, fue la culminación de muchos meses de cuidadosa planificación y agotadores preparativos.

Millones de toneladas de armas y suministros, y cientos de miles de hombres reunidos en Inglaterra, se están enviando ahora a la gran batalla en Europa.

Creo que desde el punto de vista de nuestro enemigo hemos logrado lo imposible. Hemos roto su supuestamente inexpugnable muralla del norte de Francia. Pero el asalto ha sido costoso en hombres y costoso en materiales. Algunos de nuestros desembarcos han sido aventuras desesperadas, pero, por los informes recibidos hasta ahora, las pérdidas han sido menores de lo que nuestros comandantes habían calculado. Hemos establecido un punto de

apoyo firme. Ahora estamos preparados para hacer frente a los inevitables contraataques de los alemanes, con fortaleza y con confianza. Y todos rezamos para que pronto tengamos mucho más que un punto de apoyo firme.

Todos los americanos han trabajado unidos para hacer posible ese día.

Las fuerzas de liberación que ahora están cruzando el Canal hacia las playas, los campos y bosques de Francia están usando miles y miles de aviones, barcos, tanques y armas pesadas. Llevan con ellas muchos miles de materiales que necesitan para su peligrosa y formidable misión. No hay escasez de nada, ¡de nada! Y esto debe continuar.

Lo que se ha hecho en Estados Unidos desde aquellos días de 1940, cuando Francia cayó, al reunir, equipar y transportar a nuestras fuerzas de combate, y al producir armas y suministros de guerra, no ha sido nada menos que un milagro. Se ha debido en gran medida al trabajo en equipo americano, un trabajo en equipo entre el capital, el trabajo y la agricultura, entre las fuerzas armadas y la economía civil, en realidad entre todos ellos.

Y cada uno —cada hombre, mujer o niño— que ha comprado un bono de guerra ha ayudado, ¡y ha ayudado enormemente!

Todavía queda mucha gente en Estados Unidos que no ha comprado bonos de guerra, o que no ha comprado tantos como podía permitirse. Todo el mundo sabe por sí mismo en qué categoría entra. En algunos casos sus vecinos también lo saben. Por eso tiene sentido este llamamiento del presidente de los Estados Unidos a sus conciencias.

Puesto que todo lo que usamos en esta guerra, todo lo que enviamos a nuestros aliados combatientes, cuesta dinero, mucho dinero, un modo seguro que cada hombre, mujer y niño tienen de mantener la fe en quienes han dado y están dando sus vidas, es proporcionar el dinero que se necesita para lograr la victoria final.

Pido a todos los americanos que compren bonos de guerra sin restricciones. ¡Que crezca el poderoso coro para acercarnos a la victoria!

[1] Franklin D. Roosevelt: «Fireside Chat», 12 de junio de 1944, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210860

[2] *Fifth War Loan Drive*, desarrollada entre el 12 de junio y el 8 de julio de 1944.

20. DISCURSO EN LA RADIO RESUMIENDO EL MENSAJE SOBRE EL ESTADO DE LA UNIÓN, 6 DE ENERO DE 1945[1]

Hoy, en cumplimiento de mi deber constitucional he enviado al Congreso un mensaje sobre el estado de la Unión y esta tarde aprovecho la oportunidad para repetirles algunas partes de ese mensaje.

Hay que hacer esta guerra —la estamos haciendo— con la mayor y más persistente intensidad. Todo lo que somos y lo que tenemos está en juego. Todo lo que somos y lo que tenemos se nos dará.

No dudamos sobre la victoria final. No dudamos del coste. Tendremos pérdidas muy costosas.

Pero nosotros y nuestros aliados continuaremos luchando juntos hasta la victoria final.

Hemos visto un año marcado en su conjunto por un avance sustancial hacia la victoria, incluso aunque el año terminara con un contratiempo a nuestras fuerzas cuando los alemanes lanzaron un feroz contraataque en Luxemburgo y Bélgica con el objetivo obvio de cortar nuestra línea en el centro.

Nuestros hombres han luchado con valentía indescriptible e inolvidable en las condiciones más duras.

La marea alta de ese ataque alemán se alcanzó dos días después de Navidad. Desde entonces hemos retomado la ofensiva, rescatado el cuartel aislado de Bastogne y forzado una retirada alemana a lo largo de toda la línea del saliente.

La velocidad con la que nos hemos recuperado de este salvaje ataque ha sido posible sobre todo porque tenemos un comandante

supremo con un control pleno de todos los ejércitos aliados en Francia. El general Eisenhower ha afrontado este período de prueba con una calma y una determinación admirables, y con un éxito constantemente creciente. Cuenta con mi confianza total.

Es posible que se hagan nuevos intentos para romper nuestras líneas, para ralentizar nuestro progreso. No debemos cometer nunca el error de asumir que los alemanes están derrotados hasta que el último nazi no se haya rendido.

Y querría hacer una advertencia muy seria contra los efectos de la propaganda enemiga.

La cuña que los alemanes intentaron meter en Europa occidental fue menos peligrosa en términos de ganar la guerra que las cuñas que están continuamente intentando meter entre nosotros mismos y nuestros aliados.

Cada pequeño rumor que se dirige a debilitar nuestra fe en nuestros aliados es como un agente enemigo real entre nosotros que busca sabotear nuestro esfuerzo bélico. Circulan por aquí y por allá rumores malignos y sin fundamento contra los rusos, rumores contra los británicos, rumores contra nuestros propios comandantes americanos sobre el terreno.

Cuando examinas detenidamente esos rumores, se observa que cada uno de ellos lleva la misma marca, «Hecho en Alemania».

Debemos hacer frente a esta propaganda —debemos destruirla— con la misma fuerza y determinación que nuestros combatientes están desplegando cuando se enfrentan y destruyen las divisiones panzer.

En todas las operaciones lejanas de nuestras fuerzas armadas en tierra, mar y aire el trabajo final, el trabajo más duro lo ha hecho el joven americano medio tranquilo y luchador, que es quien lleva sobre sus hombros el peso de la batalla.

Es a él a quien nosotros y las futuras generaciones de americanos debemos rendir tributo agradecidos.

Pero le supondrá una satisfacción pequeña saber que se erigirán monumentos en su nombre en el futuro. Quiere, necesita y tiene derecho a insistir en nuestro apoyo pleno y activo ahora.

Aunque cifras de producción sin precedentes han hecho posible nuestras victorias, tendremos que aumentar incluso más nuestros objetivos en ciertas armas.

Nuestras fuerzas armadas en combate han aumentado de manera constante su gasto en municiones. A medida que continuemos con las fases decisivas de esta guerra, las municiones que tenemos que gastar aumentarán día a día.

No entraré en los detalles de la producción de guerra, ni en los requisitos para el material bélico. Los contiene el mensaje que he enviado hoy y espero que muchos de ustedes tengan la oportunidad de leerlo entero.

Pero hay una necesidad muy humana que quiero mencionar.

Necesitamos veinte mil enfermeras entrenadas para nuestro ejército y nuestra marina.

Esas enfermeras que tenemos están prestando un valeroso servicio a nuestros hombres enfermos y heridos, pero les estamos pidiendo que hagan más de lo que les corresponde. Más de un millar de enfermeras se encuentran ahora hospitalizadas y parte de eso se debe al exceso de trabajo. En los hospitales militares de Estados Unidos hay solamente una enfermera por cada veintiséis camas, en lugar de una por cada quince camas, como debería ser.

Dado que el voluntariado no ha producido el número requerido de enfermeras, he pedido al Congreso en mi mensaje que modifique la Ley de Servicio Selectivo para permitir el alistamiento en las fuerzas armadas de enfermeras registradas.

La necesidad es demasiado acuciante como para esperar al resultado de nuevos intentos de alistamiento. Con todo, he rogado a las enfermeras registradas en todo el país que se presenten voluntarias inmediatamente para este gran servicio.

El único modo de satisfacer nuestras crecientes necesidades de más y nuevas armas es que cada americano que ahora trabaja en la guerra, que siga con su trabajo, y para otros civiles americanos, hombres y mujeres, que no hacen trabajos esenciales, que los dejen y encuentren un trabajo de guerra. Los trabajadores liberados porque su producción bélica se ha recortado deben coger otro

trabajo donde haya crecido la producción de guerra. No es tiempo de dejar o de cambiarse a trabajos menos esenciales.

Hay un dicho antiguo y cierto, que el Señor odia a quienes abandonan. Y esta nación debe pagar por todos los que abandonan sus trabajos esenciales, por todos los que se libran de sus trabajos esenciales por razones no esenciales. Ese precio debe pagarse con la sangre de la vida de nuestros hijos.

El año pasado, tras considerarlo mucho, recomendé que el Congreso adoptara una Ley del Servicio Nacional como el modo más eficiente y democrático de asegurar producción plena para nuestras necesidades de guerra. Esa recomendación no fue adoptada.

Hoy he pedido de nuevo al Congreso que ponga en marcha esta medida para la movilización total de todos nuestros recursos humanos —hombres y mujeres— para continuar la guerra. Ruego que esto se haga a la mayor brevedad posible.

No es demasiado tarde para la guerra. De hecho, la amarga experiencia ha mostrado que, en este tipo de guerra mecanizada donde nuestros enemigos y nosotros mismos creamos continuamente nuevas armas, lo más acuciante resulta la necesidad de una producción bélica constante con la que asestar el golpe final al enemigo.

Hay tres argumentos básicos para una Ley del Servicio Nacional.

Primero, aseguraría que tenemos el número adecuado de trabajadores en los lugares y en los momentos oportunos.

Segundo, supondría la prueba suprema para todos nuestros combatientes de que les estamos dando lo que tienen derecho, que no es nada menos que nuestro esfuerzo total.

Y tercero, sería la respuesta final e inequívoca a las esperanzas de los nazis y de los japoneses sobre que podamos perder el ánimo en esta guerra y que puedan lograr de nosotros una paz negociada.

La legislación del servicio nacional se usaría sólo en la medida en que las necesidades militares lo requirieran. De hecho, la experiencia en Gran Bretaña y en otras naciones en guerra indica que el uso de facultades obligatorias del servicio nacional se hace necesario sólo en contados momentos.

El servicio nacional actuaría frente a la pérdida de derechos y beneficios por jubilación y antigüedad. No implicaría una reducción de los salarios.

La contribución de nuestros trabajadores en esta guerra ha ido más allá de cualquier medida. Debemos construir ahora sobre los cimientos que se han asentado, y completar las medidas que ya están en curso, para garantizar la producción que puede ser necesaria en el período crítico que tenemos por delante.

El secretario de Guerra y el secretario de Marina me han escrito una carta en la que, al hablar de las actuales necesidades de la guerra, decían:

«A nuestro juicio, apoyado por el general Marshall y por el almirante King, esto requiere una total movilización de nuestro personal mediante la aprobación de una ley de servicio de guerra nacional. Las fuerzas armadas necesitan esta legislación para acercar el día de la victoria final y para mantener al mínimo el coste en vidas.»

Éste es el testimonio de quienes están mejor cualificados para conocer la situación a la que nos enfrentamos.

A la espera de la acción del Congreso en materias amplias del servicio nacional, he recomendado que el Congreso apruebe de inmediato legislación que permita emplear los servicios de cuatro millones de hombres clasificados ahora como 4-F[2] en cualesquiera capacidades que mejor se adapten al esfuerzo bélico.

En el terreno de la política exterior proponemos seguir junto a las Naciones Unidas no sólo por causa de la guerra, sino por la victoria por la que luchamos.

No nos une solamente un peligro común, sino una esperanza común. La nuestra es una asociación no de gobiernos, sino de pueblos, y la esperanza de los pueblos es la paz. Aquí, como en Inglaterra o en Rusia; en Rusia, como en China o en Francia, por todo el continente europeo y por todo el mundo, dondequiera que los hombres amen la libertad, la esperanza y el propósito del pueblo sea por la paz, una paz que dure y que sea segura.

No será fácil crear esta paz de los pueblos. Ya hemos visto en áreas liberadas de la tiranía nazi y fascista los problemas que acarreará la paz. Y nos engañamos si tratamos de creer ilusoriamente que todos estos problemas pueden resolverse de un día para otro.

El cimiento firme puede construirse, y se construirá, pero la continuidad y la seguridad de una paz vivible debe ser, a largo plazo, el trabajo del propio pueblo.

Nosotros mismos, como todos los pueblos que han pasado por los difíciles procesos de liberación y adaptación, sabemos por propia experiencia lo grandes que pueden ser las dificultades. Sabemos que no son dificultades específicas de algún continente o alguna nación. Nuestra propia Guerra de Independencia dejó tras de sí, en las palabras de un historiador americano, «un remolino de anarquía y desprecio por la vida humana». Hubo movimientos separatistas de un tipo o de otro en Vermont, Pensilvania, Virginia, Tennessee, Kentucky y Maine. Hubo insurrecciones, abiertas o amenazas de las mismas, en Massachusetts y New Hampshire. Resolvimos por nosotros mismos estas dificultades, como los pueblos de las áreas liberadas en Europa, ante complejos problemas de adaptación, resolverán por sí mismos sus dificultades.

La paz solamente se puede lograr y mantener por la determinación conjunta de pueblos libres y amantes de la paz que estén dispuestos a trabajar juntos —dispuestos a ayudarse mutuamente— dispuestos a respetarse y tolerarse y a tratar de entender las opiniones y sentimientos de los demás.

En el mundo del futuro el uso inadecuado del poder, lo que implica el término «política de poder», no debe ser un factor que controle las relaciones internacionales. Éste es el corazón de los principios que hemos suscrito. En un mundo democrático, como en una nación democrática, el poder debe estar unido a la responsabilidad y obligado a defender y justificarse en el marco del bien común.

En nuestro desencanto después de la última guerra abandonamos la esperanza de lograr una paz mejor porque no tuvimos el coraje de

cumplir nuestras responsabilidades en un mundo ciertamente imperfecto.

Podemos cumplir nuestras responsabilidades para mantener la seguridad de nuestro país sólo ejerciendo nuestro poder y nuestra influencia para desarrollar los principios en los que creemos y por los que hemos luchado.

Es cierto que la declaración de principios de la Carta Atlántica [1941] no proporciona reglas de fácil aplicación para todas y cada una de las situaciones enmarañadas en este mundo doblegado por la guerra[3]. Pero es una cosa buena y útil —es una cosa esencial— tener principios hacia los cuales poder dirigirnos.

Y no dudaremos en usar nuestra influencia —y en usarla ahora— para asegurar en lo que es humanamente posible el cumplimiento de los principios de la Carta Atlántica. No nos hemos echado atrás ante las responsabilidades que ha traído esta guerra. No podemos y no nos echaremos atrás ante las responsabilidades que vendrán después de la batalla.

Para hacerlo debemos estar en guardia para no explotar ni exagerar las diferencias entre nosotros y nuestros aliados, en particular en referencia a los pueblos que han sido liberados de la tiranía fascista. Ese no es el modo para asegurar una mejor respuesta a esas diferencias, ni para asegurar la maquinaria internacional que pueda rectificar los errores que se han cometido.

Debo admitir mi preocupación ante muchas situaciones, la griega y la polaca, por ejemplo. Pero esas situaciones no son fáciles o simples de tratar como algunos portavoces, de cuya sinceridad no dudo, nos quieren hacer creer. Tenemos obligaciones, no necesariamente legales, hacia los gobiernos en el exilio, hacia los líderes en la clandestinidad y hacia nuestros principales aliados que se acercaron mucho más que nosotros a las sombras.

Nosotros y nuestros aliados hemos declarado que nuestro propósito es respetar el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la que vivirán y a ver que los derechos y el autogobierno soberanos son devueltos a quienes se les ha privado de ellos por la fuerza. Pero con disensión interna, con muchos

ciudadanos de países liberados todavía prisioneros de guerra o forzados a trabajar en Alemania, es difícil hacerse una idea del tipo de autogobierno que la gente quiere realmente.

Entretanto, mientras las condiciones no permitan la expresión genuina de la voluntad popular, nosotros y nuestros aliados tenemos un deber que no podemos ignorar: usar nuestra influencia con el fin de que ninguna autoridad temporal o provisional en los países liberados bloqueen el ejercicio del derecho de los pueblos a elegir libremente el gobierno y las instituciones bajo las que, como hombres libres, van a vivir.

Nuestro propósito es ayudar a los pueblos europeos amantes de la paz a vivir juntos como buenos vecinos, a reconocer sus intereses comunes y a no echarse en cara sus quejas tradicionales.

Pero no debemos permitir que los muchos problemas concretos e inmediatos de adaptación vinculados a la liberación de Europa retrasen el establecimiento de la maquinaria permanente para el mantenimiento de la paz. Bajo la amenaza de un peligro común las Naciones Unidas se han coordinado en la guerra para preservar su independencia y su libertad. Ahora deben coordinarse para asegurar la independencia y la libertad de todos los estados amantes de la paz, de forma que la tiranía nunca pueda de nuevo dividir y conquistar.

La paz y el bienestar internacionales, como la paz y el bienestar nacionales, requieren de alerta constante, cooperación continua y esfuerzo organizado.

La paz y el bienestar internacionales, como la paz y el bienestar nacionales, solamente pueden asegurarse a través de instituciones capaces de vida y crecimiento.

Uno de los acontecimientos más alentadores del año en la escena internacional ha sido el renacimiento del pueblo francés y el retorno de la nación francesa a las filas de las Naciones Unidas. Lejos de haber sido destrozado por el terror de la dominación nazi, el pueblo francés ha resurgido con una fe más fuerte que nunca en el destino de su país y en la solidez de los ideales democráticos a los que la nación francesa ha contribuido de manera tan destacada.

Hoy los ejércitos franceses están de nuevo en la frontera alemana y están de nuevo luchando hombro con hombro con nuestros hijos.

Desde nuestros desembarcos en África hemos puesto en manos francesas todas las armas y material de guerra que nuestros recursos y la situación militar han permitido. Y me alegro de decir que ahora estamos a punto de equipar a las nuevas y grandes fuerzas francesas con las armas de combate más modernas.

Tengo claro para mí que, como un factor esencial para el mantenimiento de la paz mundial en el futuro, debemos tener un entrenamiento militar universal tras esta guerra, y enviaré un mensaje especial al Congreso sobre este asunto.

Una paz duradera no puede lograrse sin una América fuerte, fuerte en un sentido social y económico, así como en un sentido militar.

Ya he descrito lo que considero que debe ser una Carta Americana de Derechos Económicos y el más fundamental de estos derechos es el «derecho a un trabajo útil y remunerado en las industrias, los comercios, las granjas o las minas de la nación».

A su vez, otros derechos económicos de la ciudadanía americana tales como el derecho a una vivienda digna, a una buena educación, a una buena asistencia médica, a la seguridad social[4], a ingresos razonables en la agricultura, si se logran, contribuirán de una manera destacada a alcanzar niveles de empleo adecuados.

En el mensaje que he enviado hoy al Congreso trataba sobre el enfoque general del programa que tenemos en mente para crear en torno a sesenta millones de puestos de trabajo.

Aunque ahora debemos hacer planes para nuestra economía de posguerra, aprobar la legislación necesaria, crear las agencias apropiadas para la reconversión de la guerra a la paz, y poner los cimientos para ese período de transición —todo lo cual es lo que estamos haciendo ahora— es obviamente imposible que hagamos algo que pudiera perjudicar la producción bélica en este momento en el que nuestros hombres están luchando en las fronteras de Alemania y arrojando bombas sobre las industrias de guerra japonesas.

En estos días nuestros pensamientos, nuestras esperanzas y nuestras oraciones están con nuestros hijos y hermanos, nuestros seres queridos que están lejos de casa.

Podemos y les daremos todo el apoyo del que esta gran nación es capaz, pero —por muy bien que estén equipados con armas y municiones— su espléndida lucha habrá sido en vano si esta guerra termina con la ruptura de la unidad de las Naciones Unidas.

Necesitamos la continua amistad de nuestros aliados en esta guerra. En realidad, esa necesidad es una cuestión de vida o muerte. Y necesitaremos esa amistad en tiempos de paz.

Cito de un editorial de *Barras y Estrellas*, el periódico de nuestros soldados en Europa:

«Por el sagrado amor de Dios, escuchemos a los muertos. Aprendamos de su vida. Unamos filas contra el enemigo. Los clarines de batalla se oyen de nuevo por encima de las disputas.»

Ésa es la petición de nuestros combatientes. No podemos dejar de atenderla.

Este nuevo año de 1945 puede ser el año de mayores logros en la historia humana.

Mil novecientos cuarenta y cinco puede ver el final definitivo del reino de terror nazi-fascista en Europa.

Mil novecientos cuarenta y cinco puede ver el cierre de las fuerzas de venganza sobre el centro del poder maligno del Japón imperialista.

Y lo más importante de todo, 1945 puede, y debe, ver el inicio inequívoco de la organización de una paz mundial, pues todos sabemos lo que esa organización significa en términos de seguridad, derechos humanos y libertad religiosa.

Nosotros los americanos de hoy, unidos a nuestros aliados, estamos haciendo historia, y espero que será una historia mejor de la que nunca se haya hecho antes.

Rezamos para hacernos merecedores de las oportunidades ilimitadas que Dios nos ha dado.

[1] Franklin D. Roosevelt: «Radio Address Summarizing the State of the Union Message», 6 de enero de 1945, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210108

[2] No aptos para el servicio militar.

[3] El texto del documento se encuentra disponible en https://avalon.law.yale.edu/wwii/atlantic.asp. Sobre la conferencia de Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill puede verse https://history.state.gov/milestones/1937-1945/atlantic-conf

[4] En Estados Unidos *social security*, la seguridad social, no se refiere al sistema público sanitario (*Medicare* y *Medicaid*), sino al sistema conjunto de pensiones y prestaciones por desempleo e incapacidad.

21. DISCURSO INAUGURAL, 20 DE ENERO DE 1945[1]

Sr. Presidente de la Corte Suprema, Sr. Vicepresidente, amigos míos:

Entenderán y, creo, estarán de acuerdo con mi deseo de que la forma de este discurso inaugural sea simple y que sea breve en palabras.

Nosotros los americanos de hoy, junto con nuestros aliados, estamos pasando por un período de prueba suprema. Es una prueba a nuestro coraje, a nuestra determinación, a nuestra sabiduría, a nuestra democracia esencial.

Si pasamos esa prueba —con éxito y de manera honorable— prestaremos un servicio de importancia histórica que hombres, mujeres y niños honrarán a través de los tiempos.

Mientras estoy aquí hoy, habiendo prestado el juramento solemne del cargo en presencia de mis compatriotas —en presencia de nuestro Señor— sé que el propósito de América es que no fallemos.

En los días y años venideros trabajaremos para una paz justa y honorable, una paz duradera, así como hoy trabajamos y luchamos por una victoria total en la guerra.

Podemos alcanzar y alcanzaremos esa paz.

Buscaremos la perfección. No vamos a lograrla de forma inmediata, sino que tenemos que seguir intentándolo. Puede que cometamos errores, pero no deben ser errores que resulten de la debilidad del espíritu o del abandono de los principios morales.

Recuerdo que mi antiguo profesor, el Dr. Peabody, decía en días que nos parecían seguros y sin problemas: «Las cosas en la vida no

siempre son fáciles. A veces estaremos remontando a las alturas. Entonces todo parecerá que se da la vuelta y empieza a bajar. El gran hecho para recordar es que la tendencia de la propia civilización siempre es ascendente, que una línea trazada a través de los picos y los valles durante siglos siempre es ascendente.»

Nuestra Constitución de 1787 no era un instrumento perfecto; todavía no lo es. Pero proporcionaba una base firme sobre la que toda clase de hombres, de todas las razas, colores y credos, pudieran construir nuestra estructura sólida de democracia.

Hoy, en este año de guerra de 1945 hemos aprendido lecciones —a un terrible coste— y las aprovecharemos.

Hemos aprendido que no podemos vivir solos en paz, que nuestro propio bienestar depende del bienestar de otras naciones que están lejos. Hemos aprendido que debemos vivir como hombres y no como avestruces, ni como perros en el pesebre.

Hemos aprendido a ser ciudadanos del mundo, miembros de la comunidad humana.

Hemos aprendido la simple verdad, como dijo Emerson, de que «El único modo de tener un amigo es serlo».

No podemos conquistar una paz duradera si nos acercamos a ella con sospechas y desconfianza, o con miedo. Podemos conquistarla sólo si actuamos con el entendimiento, la confianza y el coraje que nacen de la convicción.

Dios Todopoderoso ha bendecido a nuestra tierra de muchas maneras. Le ha dado a nuestro pueblo corazones robustos y brazos fuertes con los que asestar golpes poderosos para la paz y la verdad. Le ha dado a nuestro país una fe que se ha convertido en la esperanza de todos los pueblos en un mundo angustiado.

Por eso, pidámosle ahora la visión para ver con claridad nuestro camino, para ver el camino que lleva a una vida mejor para nosotros mismos y para todos nuestros compatriotas, y al cumplimiento de su voluntad de paz en la tierra.

[1] Franklin D. Roosevelt: «Inaugural Address», 20 de enero de 1945, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210121

22. MENSAJE AL CONGRESO SOBRE LOS ACUERDOS DE BRETTON WOODS, 12 DE FEBRERO DE 1945[1]

Al Congreso:

En mi mensaje sobre el presupuesto del 9 de enero he llamado la atención sobre la necesidad de acción inmediata acerca de las propuestas de Bretton Woods para un Fondo Monetario Internacional y para un Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo. Mi propósito en este mensaje es indicar la importancia de estas organizaciones internacionales en nuestros planes para un mundo pacífico y próspero.

Al tiempo que dedicamos nuestros máximos esfuerzos a la tarea de ganar esta guerra, no debemos perder de vista el hecho de que la victoria no es sólo un fin en sí mismo, sino que, en un sentido amplio, la victoria nos ofrece el medio para lograr una paz duradera y un mejor modo de vida. La victoria no asegura el logro de estos grandes objetivos. Simplemente nos ofrece la oportunidad —la apuesta— para buscar su consecución. Si tendremos el coraje y la visión para aprovechar esta tremenda oportunidad —pagada a un gran coste— todavía está por ver. Sobre nuestros hombros descansa la pesada responsabilidad de tomar esta decisión determinante. He dicho antes y lo repito de nuevo: Esta generación tiene una cita con el destino.

Si queremos estar a la altura de la tarea de la paz como hemos estado con la tarea de la guerra, debemos ver que las instituciones para la paz descansan firmemente sobre los cimientos sólidos de la

cooperación política y económica internacional. La piedra angular para la cooperación política internacional es la propuesta de Dumbarton Oaks para unas Naciones Unidas permanentes. Las relaciones políticas internacionales serán amistosas y constructivas, sin embargo, sólo si se encuentran soluciones a los difíciles problemas económicos a los que nos enfrentamos hoy. La piedra angular para la cooperación económica internacional es la propuesta de Bretton Woods para un Fondo Monetario Internacional y para un Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo.

Estas propuestas para un Fondo Internacional y para un Banco Internacional son evidencia concreta de que los objetivos económicos de Estados Unidos coinciden con los de las Naciones Unidas. Ejemplifican nuestra unidad de propósito e interés en el campo económico. Lo que necesitamos y lo que ellas necesitan se corresponde con mayor producción, empleo, comercio y consumo; en otras palabras, más bienes producidos, más trabajos, más comercio y un mayor nivel de vida para todos nosotros. Para el pueblo de Estados Unidos eso significa empleo real en un tiempo de paz para quienes regresarán de la guerra y para quienes aquí en casa su trabajo en tiempo de guerra se ha terminado. Eso también significa pedidos y beneficios para nuestras fábricas y precios justos para nuestros agricultores. Necesitaremos mercados prósperos en el mundo para asegurar nuestra propia prosperidad y necesitaremos los bienes que el mundo pueda vendernos. Para todos estos propósitos, así como para una paz que perdure, necesitamos la cooperación de las Naciones Unidas.

El primer problema en el tiempo al que debemos hacer frente es el de salvar vidas y poner a producir de nuevo recursos y a la gente. En muchos de los países liberados la vida económica casi se ha parado. Los sistemas de transporte están en ruinas y por tanto el carbón y las materias primas no pueden llevarse a las fábricas. Muchas fábricas están hechas añicos, las centrales eléctricas destrozadas, los sistemas de transmisión averiados, los puentes volados o bombardeados, los puertos atascados con restos de naufragios y enormes áreas agrícolas ricas, inundadas por el mar. La gente está cansada, enferma y hambrienta, pero está deseando

volver a trabajar y crear de nuevo, con sus propias manos y bajo sus propios líderes, la base física necesaria de sus vidas.

La ayuda de emergencia va de camino tras los ejércitos bajo la autoridad de gobiernos locales, apoyados primero por el mando militar aliado y después por la Administración para el Rescate y la Rehabilitación de las Naciones Unidas. Nuestra participación en la UNRRA ha sido aprobada por el Congreso. Pero ni la UNRRA ni los ejércitos están diseñados para construir o reconstruir a gran escala obras públicas o fábricas o centrales eléctricas o sistemas de transporte. Ese trabajo debe hacerse de otro modo y debe empezarse pronto.

La principal tarea de restauración no es una de rescate. Es una de reconstrucción que en gran medida debe hacer la gente local y sus gobiernos. Ellos proveerán la mano de obra, el dinero local y la mayor parte de los materiales. Lo mismo puede decirse de los muchos planes para mejorar el transporte, la agricultura, la industria y la vivienda, que son esenciales para el desarrollo de áreas del mundo atrasadas económicamente. Pero algunas de las cosas que se requieren para todos estos proyectos, tanto de reconstrucción como de desarrollo, tendrán que venir del extranjero. Es en este punto en el que nuestra economía altamente desarrollada puede jugar un papel importante para el resto del mundo y un papel muy beneficioso para Estados Unidos. Peticiones para numerosos materiales y para todo tipo de equipamiento y maquinaria en conexión con tales proyectos se han dirigido ya a nuestras fábricas, y muchas más llegarán. Este negocio será bienvenido tan pronto como termine la producción más urgente para la propia guerra.

El principal problema que tendrán estos países será obtener medios de pago. A largo plazo se nos puede pagar por lo que vendemos en el extranjero principalmente en bienes y servicios, pero de momento muchos de los países que quieren ser nuestros clientes están postrados. Otros países han dedicado sus economías de un modo tan exhaustivo a la guerra que no tienen los recursos para la reconstrucción y el desarrollo. A menos que se encuentre un modo de financiación, esos países no podrán recuperar sus economías y, en la desesperación, se verán forzados a seguir

adelante con, e incluso intensificar, los sistemas que existen de prácticas comerciales discriminatorias, controles restrictivos de cambios, depreciación competitiva de las divisas y otras formas de guerra económica. Eso destruiría todas nuestras esperanzas. Debemos movernos con rapidez para evitar que esto suceda, y debemos movernos en varios frentes, incluidos las finanzas y el comercio.

Estados Unidos debe actuar rápido en el plan para el Banco Internacional, que hará o garantizará créditos fiables para los requisitos de divisas de importantes proyectos de reconstrucción y desarrollo en los países miembros. Una de sus funciones más importantes será facilitar y asegurar una amplia participación privada en tales préstamos. Los artículos del acuerdo que constituyen la carta fundacional del banco han sido preparados con gran esmero por una conferencia internacional de expertos y dan una protección adecuada a todos los intereses. Recomiendo al Congreso que aceptemos el plan, suscribamos el capital que se nos ha asignado y participemos decididamente en los trabajos del banco.

Esta medida, que más tarde sugeriré junto a otras, deberá cubrir nuestra parte en las necesidades de préstamo de los años de posguerra. Deberían ayudar a los países afectados a empezar a producir, a superar la primera crisis de desorganización y miedo, a empezar los trabajos de reconstrucción y desarrollo, y deberían ayudar a nuestros agricultores y a nuestras industrias a superar la crisis de reconversión al hacer posible un gran volumen de negocios de exportación en los años de posguerra. A medida que la confianza vuelva, los inversores privados participarán cada vez más en préstamos e inversiones en el exterior sin ayudas del gobierno federal. Pero para superar la primera crisis, en la situación a la que nos enfrentamos, los préstamos y las garantías de las agencias federales serán esenciales.

Todos sabemos, sin embargo, que una economía mundial próspera debe construirse sobre algo más que inversión extranjera. Los tipos de cambio de divisas deben estabilizarse y los canales de comercio deben abrirse en todo el mundo. Un amplio comercio

exterior tras la victoria generará producción y, por tanto, riqueza. También hará posible que circule la inversión extranjera.

Casi nadie en el mundo moderno produce lo que come, lo que lleva puesto y donde vive. Es sólo mediante la división de trabajo entre la gente y entre áreas geográficas con todos sus variados recursos, y mediante el incremento general de la producción que la especialización hace posible, como cualquier país moderno puede mantener a su población presente. Es a través del intercambio y del comercio como se hace posible una producción eficiente en grandes unidades. Expandir el círculo comercial, hacerlo más rico, más competitivo, más variado, es una contribución fundamental a la riqueza y el bienestar de todo el mundo.

Es el momento para que Estados Unidos asuma el liderazgo para establecer el principio de cooperación económica como el fundamento para un comercio mundial expandido. Proponemos hacerlo no mediante la creación de un supergobierno, sino mediante negociación y acuerdos internacionales dirigidos a la mejora de las instituciones monetarias del mundo y de las leyes que gobiernan el comercio. Hemos hecho mucho en estas direcciones en los diez últimos años bajo la Ley de Acuerdos de Comercio de 1934 y mediante el fondo de estabilización operado por el Tesoro. Pero nuestros enemigos presentes también eran poderosos en esos años y han dedicado todos sus esfuerzos no a la colaboración internacional, sino a la autarquía y a la guerra económica. Cuando se logre la victoria debemos estar preparados para ir adelante con rapidez en un amplio frente. Todos sabemos muy bien que esto será un asunto largo y complicado.

Se ha hecho un buen comienzo. La Conferencia Monetaria de las Naciones Unidas en Bretton Woods ha dado un gran paso adelante en un asunto de gran importancia práctica para todos nosotros. La conferencia presentó un plan para crear un Fondo Monetario Internacional que pondrá fin al caos monetario. El Fondo es una institución financiera para preservar la estabilidad y el orden en los tipos de cambio entre diferentes monedas. No crea una única moneda mundial; ni nosotros ni nadie está preparado para hacer eso. Seguirá habiendo una moneda diferente en cada país, pero con

el Fondo operando, el valor de cada divisa en el comercio internacional se mantendrá comparativamente estable. Los cambios en el valor de las divisas los hará el Fondo solamente tras una cuidadosa consideración de los factores implicados. Es más, e igualmente importante, el acuerdo del Fondo establece un código de principios acordados para conducir los asuntos de cambio y monetarios. En pocas palabras, el acuerdo del Fondo deja clara la diferencia entre un mundo tomado de nuevo por la vorágine del pánico y la guerra económica que culminan en la guerra —como en los años treinta— o un mundo en el que sus miembros buscan una vida mejor a través de la confianza, la cooperación y la ayuda mutuas. La elección depende de nosotros.

Por ello recomiendo que el Congreso adopte una acción inmediata para proporcionar la suscripción de Estados Unidos al Fondo Monetario Internacional, y la legislación necesaria para nuestra membresía en el Fondo.

El Fondo y el Banco Internacionales representan juntos una de las propuestas más sólidas y útiles para la cooperación internacional que ahora tenemos ante nosotros. Por otro lado, no quiero dejarles la impresión de que estas propuestas para el Fondo y el Banco son perfectas en todos sus detalles. Bien puede ser que la experiencia de los años futuros nos muestre cómo pueden mejorarse. Quiero dejar claro, sin embargo, que estos artículos del Acuerdo son el producto de las mejores mentes que cuarenta y cuatro naciones pudieran reunir. Estos hombres, que representaban a naciones de todas las partes del globo, naciones en todos los estadios de desarrollo económico, naciones con diferentes filosofías políticas y económicas, han alcanzado un acuerdo que ahora se les presenta para su consideración. Sería una tragedia si las diferencias de opinión sobre detalles menores nos llevaran a sacrificar el acuerdo básico logrado en torno a los mayores problemas.

Ni quiero dejarles con la impresión de que el Fondo y el Banco son todo lo que necesitamos para resolver los problemas económicos a los que harán frente las Naciones Unidas cuando la guerra termine. Hay otros problemas que nos tocará resolver. Mi expectativa es que otras propuestas estén listas en breve para

someterlas a su consideración. Éstas incluirán establecer la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, ampliar y reforzar la Ley de Acuerdos de Comercio de 1934, [con un] acuerdo internacional para la reducción de barreras comerciales, el control de cárteles y el marketing ordenado de los excedentes mundiales de algunos productos, una revisión del Banco para la Exportación y la Importación, y un acuerdo internacional sobre el petróleo, así como propuestas en el campo de la aviación civil, el transporte marítimo y las comunicaciones por radio y cable. También será necesario, por supuesto, revocar la Ley Johnson[2].

En este mensaje he recomendado para su consideración la adopción inmediata de los Acuerdos de Bretton Woods y he sugerido otras medidas que tendrán que tratarse en un futuro próximo. Todas son partes de un todo consistente. Ese todo es nuestra esperanza en un mundo seguro y fructífero, un mundo en el que la gente corriente de todos los países pueda trabajar en tareas que hagan bien, intercambiar pacíficamente los productos de su trabajo y labrarse sus diferentes destinos en seguridad y paz; un mundo en el que los gobiernos, como su mayor contribución al bienestar común, estén dispuestos claramente y de manera eficaz a trabajar juntos en los asuntos prácticos, y a guiar todas sus acciones por el conocimiento de que cualquier política o acto que tenga efectos en el extranjero debe considerarse a la luz de esos efectos.

El momento de la historia en el que nos encontramos está lleno de promesa y de peligro. El mundo avanzará hacia la unidad y una prosperidad ampliamente compartida, o se disgregará en bloques económicos necesariamente en competencia. Tenemos una oportunidad, nosotros ciudadanos de los Estados Unidos, de usar nuestra influencia en favor de un mundo más unido y cooperativo. Que lo hagamos será determinante, en la medida en que esté en nuestro poder, en el tipo de vida que nuestros nietos puedan vivir.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Message to Congress on the Bretton Woods Agreements», 12 de febrero de 1945, ed. *online* de Gerhard Peters y John T.

Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210026

[2] La Ley Johnson de 1934 prohibía a los países en situación de insolvencia financiera colocar sus bonos del estado en Estados Unidos.

23. EXTRACTOS DE LA ÚLTIMA CONFERENCIA DE PRENSA EN WARM SPRINGS, GEORGIA, 5 DE ABRIL DE 1945[1]

[Sergio Osmena, presidente de la Comunidad Filipina, estuvo presente en esta conferencia.]

Presidente: El presidente Osmena y yo hemos tenido una agradable charla y he pensado que ustedes podrían venir y escribir una historia para publicar cuando regresemos a Washington. Eso puede ser en una semana o diez días.

El presidente y yo hemos hablado sobre muchas cosas y ocurrió que cuando estábamos juntos esta mañana llegó el anuncio sobre la caída del gobierno japonés. Es una noticia muy buena. Aparte de eso hemos estado hablando sobre muchas cosas que tienen que ver con las Filipinas.

El presidente Osmena acababa de llegar de Filipinas y me ha hablado de la terrible destrucción en Manila: en torno a tres cuartas partes de la ciudad han sido destruidas. Hablamos primero sobre la campaña militar y la posibilidad de intensificarla. Todavía quedan muchos japoneses escondidos por todas las islas. Al final, llegamos a Mindanao, donde el presidente Osmena dice que tiene guerrillas muy buenas luchando. Nuestras fuerzas unidas están trabajando hacia el centro de las islas. Eso es en parte la nación mora y por eso encontramos allí a muchos moros trabajando junto con las fuerzas americanas y filipinas.

Después hablamos sobre más problemas actuales cuando no queden japoneses en las islas. No hemos cambiado en absoluto

nuestra política de hace dos años a favor de la independencia de Filipinas[2].

Eso implica muchas cosas, como el rescate, la reconstrucción de comunicaciones, carreteras, autopistas, puentes y demás para conseguir que la vida civilizada funcione de un modo normal. Todavía no puedo anunciar fechas, porque nadie sabe en qué momento el país en su conjunto estará listo para ir adelante con la distribución del rescate sin ser disparados. Probablemente deberíamos asumir nosotros el rescate con un plan perfectamente definido. Se lo he presentado al presidente Osmena esta mañana.

Hay ciertas cosas sobre las que tenemos una responsabilidad clara. No fue un error del pueblo filipino por lo que los japoneses atacaron Pearl Harbor, pero ha sido terriblemente herido por el resultado de la guerra. Y en el proceso de recuperar la isla, obviamente hemos debido restaurar ciertos daños como puentes sobre autopistas, túneles o las mismas autopistas destruidas por los japoneses, y esas cosas prácticas.

Hay otras cosas que no son inmediatamente prácticas en un sentido. Por ejemplo, en Manila está la famosa catedral antigua, que es una de las catedrales más antiguas del Lejano Oriente. Creo que este país querrá, como gesto sentimental, restaurar la catedral de Santo Domingo. Otras cosas, como restos de naufragios y puertos con barcos japoneses: ciertamente es nuestro deber retirar esos restos y volarlos para que el comercio pueda funcionar de nuevo en diferentes puertos.

Entonces hablamos de todo lo relacionado con la rehabilitación del comercio. Del Congreso no tenemos todavía una declaración definida sobre la cuestión de los aranceles. Tras 1898 dimos a los españoles, que derrotaron al partido en aquel momento, diez años para resolver el problema de los aranceles, y desde entonces hemos estado bajo aranceles acordados periódicamente por el Congreso de los Estados Unidos después de que en esos casos se hubieran sentado las comisiones. No creo que podamos tratar a los filipinos peor que a los españoles en problemas de ese tipo. Mi idea es que deberíamos mantener los actuales aranceles entre Filipinas y Estados

Unidos cuando logren su independencia. En su estatuto actual, démosles la oportunidad de cambiar antes de que tengamos un nuevo arancel, y deberíamos considerar las necesidades económicas de los filipinos como un todo.

Parece obvio que más o menos vamos a ser responsables de la seguridad en todas las aguas del Pacífico. Si miran a los diferentes lugares que hemos capturado, desde Guadalcanal, la costa norte de Nueva Guinea, después las Marianas y otras islas gradualmente hacia las Filipinas del sur, y después hacia Luzón y al norte hasta Iwo Jima, resulta obvio que el único peligro viene de las fuerzas japonesas, y hay que evitar, en el sentido que lo hicimos con Alemania, que establezcan una fuerza militar que iniciara de nuevo un capítulo de agresiones.

Por tanto, eso significa que hay que quitarles las principales bases. Hay que patrullarlas externa e internamente. Y como parte de la situación del Pacífico occidental es necesario expulsarlos de cualquiera de los puertos que custodian por mandato, que han violado inmediatamente tan pronto como recibieron los mandatos, al fortificar esas islas.

Y estuvimos hablando sobre qué base o bases en las que será necesario, no para nosotros desde un punto de vista nacional sino para nosotros en el mundo, evitar que los japoneses construyan algo y al mismo tiempo darnos la ocasión de operar en esas aguas. Las aguas filipinas ocupan una parte muy grande del océano Pacífico y sin duda aceptamos un mandato para mantener la seguridad en esa parte del mundo. Los filipinos y nosotros cooperaríamos para mantener bases navales y aéreas adecuadas para cuidar esa sección del Pacífico.

Después hablamos sobre la ayuda técnica americana. Habrá una misión especial que nos mantendrá en contacto, con todo esto basado en el establecimiento permanente de un gobierno filipino independiente. Hablamos sobre el tiempo, pero no se decidió nada sobre las fechas. Todo depende de lo pronto que los japoneses sean despejados de las islas. Esperamos que, para este otoño, que será antes de la fecha fijada por el Congreso, julio de 1946.

Pregunta: Sr. presidente, sobre la cuestión de los mandatos japoneses que usted dice que se les retirarán, ¿cuál será el gobierno que controle esos mandatos, los Estados Unidos?

Presidente: Diría que las Naciones Unidas. O podría decirse que el mundo, del que se ha abusado mucho y que ahora tendrá una oportunidad para evitar más abusos …

Pregunta: Sr. presidente, ¿piensa que tendremos oportunidad de hablar con usted sobre otros asuntos antes de que vaya a la Conferencia de San Francisco[3], tales como la propuesta de Rusia de tener tres votos en la Asamblea?

Presidente: Creo que me verán varias veces antes de que vaya. Algunos de los chicos no pueden entender los hechos directamente. Sería divertido si hablara en público simplemente leyendo las cosas que aparecen en la prensa. Por supuesto, ustedes saben que eso de hecho no es cierto.

Pregunta: Ciertamente nunca he visto tantas opiniones diferentes.

Presidente: De hecho, esa petición de votos se hizo de un modo muy discreto.

Stalin me dijo, y esto es lo esencial: «Usted sabe que hay dos partes de Rusia que han sido devastadas por completo. No quedan edificios ni granjas, y hay millones de personas viviendo en esos territorios —y es muy importante desde el punto de vista de la humanidad— y pensamos, como un gesto, que se les debe dar algo como resultado de esta próxima victoria. Han tenido muy poca civilización. Una es Ucrania y la otra es la Rusia Blanca[4]. Todos sentimos —ninguno de los que venimos de allí en el gobierno— pensamos que sería adecuado darles un voto en la Asamblea. En esas dos secciones se ha matado a millones y pensamos que sería muy alentador —los ayudaría a fortalecerse— si pudiéramos asignarles un voto en la Asamblea.»

Me preguntó por lo que pensaba.

Le dije a Stalin, «¿va usted a hacer la petición de la Asamblea?».

Él dijo, «Creo que deberíamos».

Dije, «Pienso que está bien; no sé cómo votará la Asamblea».

Él dijo, «¿Estaría usted a favor?».

Dije, «Sí, sobre todo por razones sentimentales. Si yo estuviera en la delegación —y no lo estoy— probablemente votaría "sí". Eso no está en ningún papel».

Él dijo, «Serían la Unión Soviética más la Rusia Blanca más Ucrania».

Entonces dije, «Por cierto, si la Conferencia de San Francisco le da tres votos en la Asamblea —si usted consigue tres votos— no sé qué pasaría si formulo una petición de tres votos para Estados Unidos». Y dije, «yo formularía la petición de tres votos e insistiría en ella».

No es realmente de una gran importancia. Es sólo un cuerpo investigador. Le dije a Stettinius que lo olvidara[5]. No estoy muy interesado por tres votos en la Asamblea. Es el tipo pequeño quien los necesita. Este asunto sobre el número de votos en la Asamblea no supone una gran diferencia.

Pregunta: Ellos no decidieron nada, ¿no?

Presidente: No.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Excerpts from the Last Press Conference in Warm Springs», 5 de abril de 1945, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210093

[2] Estados Unidos reconocería la independencia de Filipinas (1898) el 4 de julio de 1946.

[3] La conferencia fundacional de la ONU se celebró en San Francisco entre el 25 de abril y el 26 de junio de 1945, que fue cuando se firmó la Carta de las

Naciones Unidas (https://www.un.org/en/about-us/history-of-the-un/san-francisco-conference).

[4] Bielorrusia.

[5] Edward Stettinius, secretario de Estado, encabezó la delegación norteamericana en la primera Asamblea General de las Naciones Unidas.

24. DISCURSO NO PRONUNCIADO PREPARADO PARA EL DÍA DE JEFFERSON, 13 DE ABRIL DE 1945[1]

Los americanos se reúnen esta tarde en comunidades de todo el país para rendir homenaje a la memoria viva de Thomas Jefferson, uno de los más grandes demócratas; y quiero dejar claro que deletreo la palabra «demócratas» con una «d» minúscula.

Ojalá tuviera la capacidad, al menos para esta tarde, de estar presente en todos esos encuentros.

En este año histórico, más que nunca, haremos bien en considerar el carácter de Thomas Jefferson como un ciudadano americano del mundo.

Como ministro en Francia, después como nuestro primer secretario de estado y como nuestro tercer presidente, Jefferson fue decisivo para establecer a Estados Unidos como un factor vital en los asuntos internacionales.

Fue él el primero en enviar a nuestra armada a aguas lejanas para defender nuestros derechos. Y la promulgación de la doctrina Monroe fue el desarrollo lógico de la política exterior previsora de Jefferson.

Hoy esta nación a la que Jefferson ayudó tanto a construir juega un papel extraordinario en la batalla por los derechos humanos en todo el mundo.

Hoy formamos parte de una gran fuerza aliada —una fuerza compuesta de carne y hueso y de acero y espíritu— que está destruyendo a los responsables de la guerra, a quienes han incitado al odio, en Europa y en Asia.

En la época de Jefferson nuestra armada consistía en un puñado de fragatas encabezadas por el gallardo U.S.S. Constitution —el viejo Ironsides— pero esa pequeña armada enseñó a las naciones a través del Atlántico que la piratería en el Mediterráneo —actos de agresión contra el comercio pacífico y la esclavización de sus tripulaciones— era una de esas cosas que, entre vecinos, simplemente no se hacía.

Hoy hemos aprendido en la agonía de la guerra que [ser] una gran potencia implica [tener] una gran responsabilidad. Hoy no podemos librarnos de las consecuencias de la agresión alemana y japonesa como no pudimos librarnos de las consecuencias de los ataques por corsarios bárbaros hace un siglo y medio.

Como americanos no nos cabe elegir negar nuestra responsabilidad.

Ni tratar de abandonar nuestra decisión de que, por las vidas de nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos, no haya una tercera guerra mundial.

Buscamos la paz, una paz duradera. Más que un final de la guerra, queremos un final para los comienzos de todas las guerras, sí, un final para este método brutal, inhumano y profundamente impráctico para resolver las diferencias entre gobiernos.

El malvado estado nazi, antes poderoso, está tambaleándose. Los señores de la guerra japoneses están recibiendo en su propia patria el escarmiento que pidieron cuando atacaron Pearl Harbor.

Pero la mera conquista de nuestros enemigos no es suficiente.

Debemos seguir para hacer todo lo que esté en nuestras manos para superar las dudas y los miedos, la ignorancia y la codicia, que han hecho posible este horror.

El propio Thomas Jefferson, él mismo un distinguido científico, habló una vez del «espíritu fraternal de la ciencia, que une a todos sus defensores en una misma familia, con independencia de su grado y de lo dispersos que puedan estar por todos los rincones del mundo».

Hoy la ciencia ha acercado tanto a todas las partes del globo que es imposible que puedan aislarse unas de otras.

Hoy hacemos frente al hecho preeminente de que, para que la civilización sobreviva, debemos cultivar la ciencia de las relaciones humanas: la habilidad de todos los pueblos, de todas las clases, para vivir juntos y trabajar juntos, en un mismo mundo, en paz.

Déjenme asegurarles que mi mano es más firme para la obra que hay que hacer, que avanzo con más firmeza en la tarea, sabiendo que ustedes —millones y millones de ustedes— se unen conmigo en la determinación de hacer que esta obra perdure.

La obra, amigos, es la paz. Más que un final de esta guerra, un final para los comienzos de todas las guerras. Sí, un final, por siempre, para esta impráctica y nada realista solución a las diferencias entre gobiernos mediante la matanza masiva de pueblos.

Hoy, mientras nos alejamos del terrible azote de la guerra, mientras avanzamos hacia la mayor contribución que cualquier generación de seres humanos pueda hacer en este mundo —la contribución de una paz duradera— les pido que mantengan su fe. Mido el logro sólido y firme que puede hacerse en este tiempo por la rectitud de su propia confianza y determinación. A ustedes, y a todos los americanos que se dedican con nosotros a hacer una paz duradera, les digo:

El único límite para hacer realidad el mañana serán nuestras dudas de hoy. Avancemos con fe fuerte y activa.

---

[1] Franklin D. Roosevelt: «Undelivered Address Prepared for Jefferson Day», 13 de abril de 1945, ed. *online* de Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, CA, https://www.presidency.ucsb.edu/node/210105

Diseño de cubierta:
Anaí Miguel a partir de un diseño de Juan José Vázquez

Fotografía de cubierta:
Wikimedia Commons

Edición en formato digital: 2024

© de la edición, traducción y estudio introductorio,
JOSÉ MARÍA ROSALES, 2024
© EDITORIAL TECNOS (GRUPO ANAYA, S.A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.tecnos.es

ISBN ebook: 978-84-309-9179-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.